# Moral y Dogma
## del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

ALBERT PIKE

# MORAL Y DOGMA
## del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

---

GRADOS DE APRENDIZ, COMPAÑERO Y MAESTRO

Traducción:
Alberto Moreno Moreno

Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Albert Pike

editorial masonica.es
*SERIE AZUL (Textos históricos y clásicos)*
www.masonica.es



EntreAcacias, S. L.
Apdo. de Correos 32
33010 Oviedo Asturias (España)
Teléfono/fax: (+34) 985 79 28 92
Correo electrónico: info@masonica.es

1ª edición: abril, 2009

Edición digital (PDF)

ISBN (edición papel): 978-84-937078-2-8
ISBN (edición digital): 978-84-937078-3-5

*Esta traducción está dedicada*
*a mis hijas Gema y Sofía*

ALBERTO MORENO MORENO



# Moral y Dogma

del

Rito Escocés Antiguo y Aceptado

de la Francmasonería

Grados de Aprendiz, Compañero y Maestro

Preparado por el

Supremo Consejo del Grado

Treinta y Tres

para la

Jurisdicción Sur de los

Estados Unidos

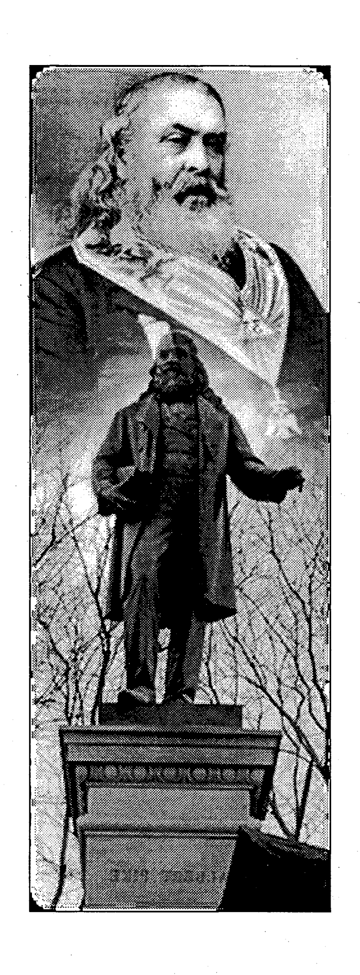
y

publicado bajo su autoridad

---

Charleston

A.·. M.·. 5632



# INDICE

# Prefacio

*(a la primera edición, publicada en 1871)*

El siguiente trabajo ha sido preparado por el Gran Comendador bajo la autoridad del Supremo Consejo del Grado 33 para la Jurisdicción Sur de los Estados Unidos, y es ahora publicado bajo su supervisión. Contiene las lecturas del Rito Escocés Antiguo y Aceptado en esa jurisdicción, y está especialmente concebido para ser leído y estudiado por los hermanos de esa obediencia al mismo tiempo que los rituales de los distintos grados. Se espera y desea que cada uno se proveerá de una copia y se familiarizará con él, y para facilitar este propósito se ofrecerá a un precio tan moderado como sea posible, pues el coste de la obra consistirá únicamente en la impresión y en la encuadernación. Ningún individuo recibirá provecho pecuniario por él, salvo los libreros por su venta.

Estos textos han sido registrados para impedir su reimpresión en cualquier otro lugar, y sus derechos de autor, al igual que los de todos los demás trabajos preparados por el Supremo Consejo, han sido asignados a los miembros de este. Cualquier beneficio que se pueda obtener de este libro se dedicará a obras de caridad.

Se dará la oportunidad de adquirirlo a los hermanos del R.E.A.A. en los Estados Unidos y Canadá. No está prohibido que masones de otros ritos lo obtengan, pero no se les requerirá.

Al preparar este tratado, el Gran Comendador ha sido por igual autor y compilador, dado que ha extraído más de la mitad del contenido de escritos de los mejores autores así como de los más

elocuentes filósofos y pensadores. Quizá hubiera resultado mejor y más aceptable si hubiese extractado más de esos eruditos y escrito él menos.

Aún así, casi la mitad es propio del Gran Comendador, y al incorporar aquí los pensamientos y palabras de otros ha efectuado constantemente cambios en el lenguaje, interponiendo a menudo, en las mismas frases, sus propias palabras con las de ellos. Al no tratarse de un libro concebido para un público mayoritario se ha sentido en la libertad de hacer un compendio, a partir de todas las fuentes posibles, de la Moral y Dogma del Rito, rehaciendo frases, cambiando y añadiendo palabras, combinándolas con las propias y empleándolas como si lo fuesen, usándolas a placer y así utilizándolas de la forma más válida para el propósito perseguido. El autor reclama, por tanto, poca parte del mérito de la autoría, y no se ha cuidado de distinguir su aportación propia de la que ha tomado de otras fuentes, persiguiéndose, a cambio, que cada parte del libro pueda ser contemplada como tomada de algún escritor antiguo de mayor calidad.

Las enseñanzas de estas lecturas no son sacramentales, en tanto en cuanto van más allá del dominio de la Moralidad para entrar en los del Pensamiento y la Verdad. El Rito Escocés Antiguo y Aceptado emplea la palabra dogma en su verdadero sentido, el de doctrina o enseñanza, y no en su odiosa acepción dogmática. Cada uno es enteramente libre de rechazar o disentir de cualquier cosa aquí escrita que pueda parecerle incierta o falta de fundamento. Tan sólo se pide al lector que sopese lo que se enseña, y lo escuche con buena fe y lo juzgue sin prejuicios. Desde luego, las antiguas especulaciones teosóficas y filosóficas no forman parte de las doctrinas del Rito, pero es de interés y provecho conocer lo que el Antiguo Intelecto razonaba sobre estos aspectos; y al fin y al cabo nada demuestra mejor la radical diferencia entra la naturaleza humana y la animal que la capacidad de la mente humana de alimentar tales especulaciones en cuanto al hombre mismo y la Deidad. Pero respecto a estas mismas opiniones, podemos decir, en

palabras del docto canonista Ludovico Gómez, *opiniones secundum varietatem temporum senescant et intermoriantur, aliæque diversæ vel prioribus contrariæ renascantur et deinde pubescant.*[1]

Los títulos de los grados aquí escritos han sido cambiados en algunas instancias. Los títulos correctos son los siguientes:

1° Aprendiz

2° Compañero

3° Maestro

4° Maestro Secreto

5° Maestro Perfecto

6° Secretario Íntimo

7° Preboste y Juez

8° Intendente del Edificio

9° Elegido de los Nueve

10° Elegido de los Quince

11° Elegido de los Doce

12° Maestro Arquitecto

13° Real Arco de Salomón

14° Elegido Perfecto

15° Caballero de Oriente

16° Príncipe de Jerusalén

17° Caballero de Oriente y Occidente

1 Las creencias pueden envejecer, cambiar con el paso del tiempo y perecer; pero así pueden renacer oponiéndose a las originales y alcanzar la madurez.

18° Caballero Rosacruz

19° Pontífice

20° Maestro de la Logia Simbólica

21° Noaquita o Caballero Prusiano

22° Caballero de la Real Hacha o Príncipe de Líbano

23° Jefe del Tabernáculo

24° Príncipe del Tabernáculo

25° Caballero de la Serpiente de Bronce

26° Príncipe de Merced

27° Caballero Comendador del Templo

28° Caballero del Sol o Príncipe Adepto

29° Caballero Escocés de San Andrés

30° Caballero Kadosh

31° Inspector Inquisidor

32° Maestro del Real Secreto



*(ilustración original)*

# I

# APRENDIZ

## LA REGLA DE DOCE PULGADAS Y EL MALLETE

* * * * * *

La Fuerza, no regulada o mal regulada, no solo se desperdicia en el vacío, como la pólvora quemada al aire libre o el vapor no confinado por la ciencia, sino que golpeando sin sentido y no encontrando sus explosiones más que el espacio abierto, provocan un retroceso perjudicial. Es destrucción y ruina. Es el volcán,el terremoto, el ciclón, no crecimiento y progreso. Es Polifemo ofuscado, dando palos de ciego y cayendo de cabeza entre las afiladas rocas por el ímpetu de su propio embate.

La fuerza ciega del pueblo debe ser administrada y gobernada, al igual que la fuerza del vapor, que siendo capaz de mover las pesadas bielas de acero y de hacer girar las grandes ruedas, también puede ser usada para taladrar y estriar el cañón, así como para tejer el encaje más fino. Esa Fuerza debe ser regulada por el Intelecto. El Intelecto es para el pueblo y la Fuerza del pueblo lo que la aguja de la brújula es para el barco: su alma, siempre dirigiendo la gran masa de madera

y acero y siempre señalando el norte. Para atacar las fortalezas construidas por doquier contra el ser humano por supersticiones, despotismos y prejuicios, la fuerza necesita tener un cerebro y una ley. Entonces su esfuerzo y arrojo producen resultados perdurables y es verdadero progreso, produciéndose auténticas conquistas. El Pensamiento es una fuerza, y la Filosofía debería seruna energía, encontrando su objetivo y efecto en el mejoramiento del género humano. Los dos grandes motores son la Verdad y el Amor. Cuando todas estas fuerzas se combinan guiadas por el intelecto y reguladas por la regla del Derecho y la Justicia, la gran revolución preparada desde tiempo inmemorial se pone en marcha. El Poder de la misma Deidad está en equilibrio con su Sabiduría. De aquí surge la Armonía.

Es debido a que la Fuerza está mal gobernada por lo que las revoluciones experimentan fracasos. Por ello sucede tan a menudo que insurrecciones que se originan en las más altas cimas morales tales como la Justicia, Sabiduría, Razón y Derecho, formadas por la más pura nieve del ideal tras una larga caída de roca a roca, habiendo reflejado el cielo en su transparencia y siendo recogidas por un centenar de afluentes en el majestuoso sendero del triunfo, repentinamente se pierden en lodazales, como un río californiano en las arenas.

La marcha adelante del género humano requiere que los altos ideales brillen con nobles y perdurables lecciones de coraje. Las proezas de una historia audaz y brillante constituyen una luz que guía al hombre. Ellas son las estrellas y chispas que surgen del gran mar de electricidad que es la Fuerza inherente al pueblo. Esforzarse, afrontar todos los riesgos, perecer, perseverar, ser fiel a uno mismo, luchar cara a cara con el destino, sorprender a la derrota por el poco terror que inspira, sea para combatir un poder ilegítimo, sea para desafiar un triunfo espurio, estos son los ejemplos que las naciones

necesitan y la luz que las electrifica.

Hay inmensas fuerzas en las grandes cavernas del mal que se hallan en las profundidades de la sociedad. Se encuentran en la más perversa degradación, suciedad, miseria e indigencia, en los vicios y crímenes que hieden en la oscuridad de ese populacho que se encuentra debajo del pueblo en las grandes ciudades. Ahí el altruismo se desvanece y cada uno aúlla, busca y roe su propia fortuna. Este populacho tiene dos madres, ambas madrastras: la Ignorancia y la Miseria. Sus carencias y necesidades son su única guía, y tan solo reclaman satisfacción por sus apetitos animales. Pero incluso ellos pueden ser útiles. La más pobre arena que encontremos, apropiadamente horneada, fundida y purificada por el fuego puede convertirse en cristal resplandeciente. Ellos poseen la fuerza bruta del Mazo, pero sus esfuerzos ayudan a la gran causa cuando siguen las líneas trazadas por la Regla sostenida por la sabiduría y la inteligencia.

Es sobre esta misma Fuerza del pueblo, este poder de gigantes, sobre el que se construye la fortaleza de los tiranos, encarnada en sus ejércitos. De ahí la posibilidad de tiranías como aquellas de las que se dijo «Roma huele peor bajo Vitelio que bajo Sila». Bajo Claudio y bajo Domiciano hay un defecto de base debido a la fealdad de la tiranía. Lo nauseabundo de los esclavos es un resultado directo de la atroz vileza de la tiranía. Una miasma exhala de estas conciencias serviles que reflejan el maestro; las autoridades públicas no son limpias, los corazones se han venido abajo, las conciencias están encogidas, las almas son enclenques. Así era bajo Caracalla, así era bajo Cómodo, así era bajo Heliogábalo, mientras que tan solo desde el Senado romano, bajo el gobierno de César, fueron capaces de percibir el olor nauseabundo del nido del águila.

Es la fuerza del pueblo la que sostiene todos estos despotismos,

tanto el peor como el mejor. Esa fuerza actúa por medio de los ejércitos, y estos más a menudo esclavizan que liberan. El despotismo ahí aplica la Regla. La Fuerza es el Mazo de acero que el caballero lleva con la armadura. La obediencia pasiva ante la fuerza sostiene tronos y oligarquías, reyes españoles y senadores venecianos. El Poder, en cualquier ejército blandido por la tiranía, es una enorme suma de completa debilidad; y de esta forma la Humanidad hace la guerra a la Humanidad, y a pesar de la Humanidad. Así, cuando un pueblo se somete voluntariamente al despotismo, sus obreros se someten para ser menospreciados y sus soldados para ser azotados. Por eso sucede que las batallas perdidas por una nación suponen con frecuencia un progreso añadido. Menos gloria es más libertad. Cuando el tambor calla, a veces la razón habla.

Los tiranos usan la fuerza del pueblo para encadenar, sojuzgar y uncir al pueblo como reses. Entonces el espíritu de la libertad y la innovación se reduce a las bayonetas, y las ideas son acalladas por los cañonazos, mientras los monjes se mezclan con los soldados, y la Iglesia militante y jubilosa, ora católica, ora puritana, entona Te Deums por la victoria sobre la rebelión. El poder militar, cuando no está subordinado al poder civil, es de nuevo el Martillo o la Maza de la Fuerza, pero independiente de la Regla, y se constituye en una tiranía armada que nace ya adulta, como Atenas surgió de la mente de Zeus. Engendra una dinastía, y comienza como César para corromperse hasta llegar a Vitelio y Cómodo. Actualmente tiende a comenzar donde las dinastías anteriores finalizaron.

El pueblo desarrolla constantemente una fuerza inmensa que desemboca en una inmensa debilidad. La fuerza del pueblo se agota al prolongar indefinidamente situaciones muertas hace ya largo tiempo, al gobernar a la humanidad manteniendo embalsamadas viejas tiranías de Fe, restaurando dogmas ruinosos, rehabilitando

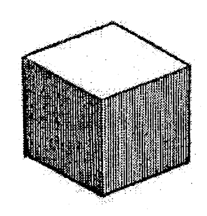
sepulcros ya devorados por los gusanos, blanqueando y dando lustre a antiguas supersticiones estériles, redimiendo a la sociedad a base de multiplicar sus parásitos, perpetuando instituciones obsoletas, estimulando la adoración de símbolos como medio real de salvación, y atando el cadáver muerto del pasado, boca con boca, al Presente vivo. Por ello es una fatalidad para la Humanidad ser condenada a eternas luchas con fantasmas, supersticiones, intolerancias, hipocresías y prejuicios que son formas de error y argumento de la tiranía. Los despotismos del pasado se convierten en respetables, al igual que la montaña erizada de roca volcánica, áspera y horrible, vista a través de la neblina de la distancia es azul, suave y hermosa. La vista de una mazmorra sirve más para disipar ilusiones, crear un odio sagrado al despotismo y dirigir la Fuerza en su sentido correcto que los más elocuentes textos. Los franceses han conservado la Bastilla como lección perpetua. Italia no debería destruir las mazmorras de la Inquisición. La Fuerza del pueblo apuntaló el Poder que construyó esas celdas sombrías y situó a los vivos en esos sepulcros de granito.

La Fuerza del pueblo no puede, por su acción irregular e incontenida, mantener y perpetuar la existencia de un gobierno libre una vez creado. Esta fuerza debe ser limitada, acotada y transmitida a través de diferentes canales, y a través de rodeos, recovecos y puntos de salida es dosificada como ley, acción y decisión del Estado, al igual que los antiguos reyes egipcios distribuyeron en diferentes canales, por subdivisión, las aguas crecientes del Nilo, y las emplearon para fertilizar y no para devastar la tierra. Ahí debe haber jus et norma, la ley y Regla o indicador de constitución y ley, dentro de la cual la fuerza pública debe actuar. Haz una grieta en cualquiera de las dos y el gran martillo de vapor, con sus mazazos rápidos y poderosos destrozará toda la maquinaria en añicos y finalmente, desgarrándose, yacerá inerte en medio de la ruina ocasionada.

La Fuerza del pueblo o la voluntad popular, puesta en acción, simbolizada por el Mazo, regulada y guiada para actuar dentro de los límites de la Ley y el Orden simbolizados por la Regla de Veinticuatro Pulgadas tiene como frutos la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. Libertad regulada por la ley, Igualdad de derechos ante el ojo de la ley y Hermandad con sus deberes y obligaciones así como sus beneficios. Pronto escucharéis hablar de la Piedra Bruta y la Piedra Cúbica como joyas de la logia. La Piedra Bruta se define como «una piedra tal y como sale de la cantera, en su estado basto y natural». La Piedra Cúbica se define como «una piedra preparada por las manos deun obrero y modificada por las herramientas del Compañero». No repetiremos la explicación de estos símbolos aportados por el Rito de York, que pueden leerse en sus manuales impresos. Esos símbolos aluden a la mejora personal del masón, pero también pueden interpretarse de la siguiente manera: la piedra bruta es el Pueblo, como una masa ruda y desorganizada. La piedra cúbica, símbolo de perfección, es el Estado, los gobernantes cuyo poder deriva del consentimiento de los gobernados, la constitución y las leyes expresando la voluntad del pueblo, el gobierno armonioso, simétrico, eficiente, con sus poderes apropiadamente distribuidos y debidamente ajustados en equilibrio.

Si dibujamos un cubo en una superficie plana, tenemos visibles tres caras y nueve líneas externas, trazadas entre siete puntos. El cubo completo tiene tres caras más, haciendo seis, tres líneas más, haciendo doce, y un punto más, haciendo ocho. El número 12 incluye los números sagrados 3, 5, 7, y tres veces tres, ó 9,

y es producido añadiendo el número sagrado 3 al 9. Igualmente posee dos figuras, 1, 2, la unidad o mónada y la dualidad, que sumadas hacen el mismo número sagrado 3. Por todo ello se le denominaba número perfecto, y el cubo se convirtió en símbolo de perfección.



*(ilustración original)*

Producida por la Fuerza, actuando según la Regla, batida según las líneas medidas y calibradas a partir de la piedra bruta, la piedra cúbica es un símbolo apropiado de la Fuerza del pueblo, expresada como constitución y ley del Estado; y las tres caras visibles representan los tres Poderes del mismo estado: el Ejecutivo, que ejecuta las leyes, el Legislativo, que las hace, y el Judicial, que las interpreta, aplica y refuerza, entre hombre y hombre o entre el Estado y los ciudadanos. Las tres caras invisibles son la Libertad, Igualdad y Fraternidad, latriple alma del Estado, su vitalidad, espíritu y razón.

* * * * * *

Aunque la Masonería no pretende usurpar el lugar de la religión ni intenta imitarla, la Oración es una parte esencial de nuestras ceremonias. Es el anhelo del alma hacia la Absoluta e Infinita Inteligencia, que es la Deidad Única y Suprema, a la que nos referimos de forma pobre y confusa como Gran Arquitecto del Universo. Ciertas facultades del hombre se dirigen hacia lo desconocido, tales como el pensamiento, la meditación, o la oración. Lo desconocido es un océano cuya brújula es la conciencia. El Pensamiento, la meditación y la oración son los grandes y misteriosos puntos cardinales a los que señala la brújula. Se trata de

un magnetismo espiritual que conecta el alma humana con la Deidad. Estas irradiaciones mayestáticas del alma atraviesan la sombrabuscando la luz. Es una burla sin fundamento decir que orar es absurdo ya que no podemos, a través de ello, persuadir a Dios de que cambie sus planes. Él causa efectos preconocidos y pre-intencionados a través de ese instrumento que son las fuerzas de la naturaleza, todas las cuales son Sus fuerzas. Nosotros mismos somos parte de ellas. Nuestra propia determinación y voluntad son fuerzas. Nosotros no cesamos absurdamente de hacer esfuerzos para alcanzar la riqueza o la felicidad, para prolongar la vida o continuar sanos tan sólo porque no podemos cambiar con esfuerzos lo que está predestinado. Si el esfuerzo también está predestinado, no por ello es menos nuestro esfuerzo, hecho de nuestra voluntad. Igualmente, rezamos. La Voluntad es una fuerza. El Pensamiento es una fuerza. La Oración es una fuerza. ¿Por qué no debería ser la ley de Dios que la Oración, como la Fe y el Amor, debiera tener sus efectos? El hombre no puede ser entendido como un punto de partida, ni el progreso puede ser entendido como fin, sin esasdos grandes fuerzas: Fe y Amor. La Oración es sublime. Las súplicas que piden y ruegan son piadosas. Negar la eficacia de la oración es negar la de la Fe, el Amor y el Esfuerzo. Incluso los efectos producidos cuando nuestra mano, movida por nuestra voluntad, lanza una piedra hacia el océano, nunca cesan, y cada palabra pronunciada queda guardada para la eternidad sobre el aire invisible.

Una logia es un templo de naturaleza simbólica tanto en conjunto como en sus detalles. El propio Universo proveyó el modelo para los primeros templos elevados a la Divinidad. La misma disposición del Templo de Salomón, los ornamentos simbólicos que formaron su decoración principal, y la vestimenta del Sumo Sacerdote hacían referencia al orden del Universo tal y como era entendido en la época. El Templo contenía muchos emblemas de las estaciones: el Sol, la Luna, los planetas, las constelaciones Osa Mayor y Menor, el

Zodíaco, los elementos y otras partes del mundo. El maestro de esta logia, del Universo, es Hermes, cuyo representante es Hiram, que es una de las luces de la logia. Para ulterior instrucción en el simbolismo de los cuerpos celestiales, así como de los números secretos, y del templo y sus detalles, debéis esperar pacientemente hasta avanzar en Masonería, ejercitando mientras tanto vuestro intelecto estudiándolos por vosotros mismos. Estudiar e intentar interpretar correctamente los símbolos del Universo es la tarea del sabio y del filósofo; es descifrar la escritura de Dios y penetrar en Sus pensamientos. Esto es lo que es preguntado y respondido en nuestro catecismo, en lo concerniente a la Logia.

* * * * * *

Una logia se define como una asamblea de Masones, debidamente congregados y teniendo presentes las Sagradas Escrituras, la Escuadra, el Compás y una Carta Patente de constitución que les autorice a trabajar. La habitación o lugar donde se reúnen, que representa una parte del Templo del Rey Salomón, también es denominada Logia, y es a lo que nos referimos ahora. La logia es sostenida por tres grandes columnas, Sabiduría, Fuerza y Belleza, representadas por el Venerable Maestro, el Primer Vigilante y el Segundo Vigilante, y se dice que son las columnas que soportan la logia «porque la Sabiduría, Fuerza y Belleza son las perfecciones de todo, y nada puede perdurar sin ellas». «Porque —afirma el Rito de York— es necesario que esté la Sabiduría para concebir, la Fuerza para sostener y la Belleza para adornar toda empresa grande e importante». «¿Acaso ignoras, dice San Pablo, que tú eres el templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en ti? Si cualquier hombre

profana el templo de Dios, él mismo será destruido, pues el templo de Dios es santo, y tú eres su templo».

La Sabiduría y el Poder de la Deidad están en equilibrio. Las leyes de la naturaleza y las leyes morales no son meros mandatos despóticos de Su Omnipotente Voluntad, pues entonces podrían ser cambiados por Él, y el orden podría convertirse en desorden, el bien y lo correcto podrían convertirse en el mal y el error, la honestidad y lealtad en vicios, y el fraude, la ingratitud y el extravío se tornarían virtudes. El poder omnipotente e infinito sería constreñido a lo material, y sus decretos y leyes no podrían ser inmutables. Las leyes de Dios no son obligatorias para nosotros porque sean promulgaciones de Su Poder o la expresión de Su Voluntad, sino porque expresan Su Infinita Sabiduría. No son correctas porque sean Sus leyes, sino que son Sus leyes porque son correctas. Del equilibrio de la infinita sabiduría y la infinita fuerza resulta la perfecta armonía, tanto en el universo físico como en el moral. La Sabiduría, el Poder y la Armonía constituyen una tríada masónica. Tienen otros significados profundos, que serán a su debido tiempo desvelados.

A la explicación habitual se puede añadir que la sabiduría del Arquitecto se manifiestacombinando, como solo un habilidoso arquitecto puede hacer, y como Dios ha hecho por todas partes —por ejemplo, en el árbol, el ser humano, el huevo o las celdas del panal— la fuerza con la gracia, belleza, simetría, proporción, ligereza y ornamentación. Eso también es la perfección del orador y el poeta: combinar fuerza y energía con gracia y estilo, cadencia musical, belleza de figuras, el juego de la imaginación y la fantasía. Y así, en un Estado, la fuerza industrial y bélica del pueblo, así como su fuerza titánica, deben ser combinadas con la belleza de las artes, las ciencias y el intelecto para que el Estado alcance las cimas de la excelencia y el pueblo sea realmente libre. La Armonía en esto, como en todo lo

Divino, lo material y lo humano es el resultado del equilibrio, de la compensación y acción opuesta de contrarios, siendo una Sabiduría por encima de ellos la que sostiene el fiel de la balanza. Conciliar la ley moral, la responsabilidad humana, el libre albedrío con la omnipotencia de Dios, y conciliar la existencia del mal con su absolu ta sabiduría, bondad y piedad, estos son los grandes enigmas de la Esfinge.

Entrasteis a la logia entre dos columnas. Representan a las dos que se encontraban en la antesala del templo, a cada lado de la gran entrada oriental. Estos pilares de bronce, de cuatro dedos de grosor, tenían, según se relata en el Primer y Segundo libro de los Reyes, y también en Jeremías, dieciocho codos de alto. El hueco de cada una era de cuatro codos de diámetro. Un codo es 1.707 pies. Esto significa que el hueco de cada columna era de poco más que treinta pies y ocho pulgadas de altura, el capitel de poco más de ocho pies y seis pulgadas de altura y el diámetro del hueco de seis pies y diez pulgadas. Los capiteles estaban ornamentados con granadas de bronce cubiertas de cadenas y coronas de bronce; y parecen haber imitado la forma de las cápsulas de semillas de la flor de loto o de la azucena egipcia, símbolos sagrados para los hindúes y los egipcios.

El pilar o columna de la derecha, o hacia el sur, se llamaba, según la traducción del hebreo a nuestra Biblia, Jakim, y la de la izquierda Boaz. Los traductores afirman que la primera palabra significa «Él establecerá» y la segunda «en su fuerza». Estas columnas eran imitaciones llevadas a cabo por Hiram, el artesano de Tiro, de las dos columnas consagradas al Viento y al Fuego en la entrada del famoso templo de Melkarth, en la ciudad de Tiro. Es costumbre en las logias del Rito de York ver un globo celestial sobre una columna, y un globo terrestre en otra, pero no está garantizado que imiten fielmente a las dos columnas originales del Templo. De momento no entraremos en el contenido simbólico de estas columnas, diciendo

tan solo que los aprendices guardan sus herramientas dentro de la columna Jakim, y dando una explicación etimológica de los dos nombres.

La palabra Jakim, en hebreo es כון , probablemente se pronunciaba yakeyen, y como tiempo verbal significaba «El que fortalece», y consecuentemente firme, estable, enhiesto. La palabra Boaz es בעז , Baaz; עז significa fuerte,fuerza, poder, refugio, fuente de fuerza, una fortaleza. El prefijo ב significa «con» o «en», y da a la palabra el sentido del gerundio latino, roborando, fortaleciendo. La primera palabra, Jakim, también significa «él establecerá, plantará en posición erecta», del verbo כון , Kū n, «él permaneció erecto». Probablemente significada Fuerza o Energía Activa y vivificadora; y Boaz, Estabilidad, Permanencia, en el sentido pasivo.

Las dimensiones de la logia, según dicen nuestros hermanos del Rito de York, «son ilimitadas, y su techo no menor que el dosel del Cielo». A este dosel —afirman— la mente del masón está continuamente dirigida, y a él aspira llegar finalmente con la ayuda de la escalera teológica que Jacob vio en su visión y que ascendía de la tierra al cielo, cuyas tres vueltas principales se denominaban Fe, Esperanza y Caridad, y que nos insta a tener Fe en Dios, Esperanza en la Inmortalidad y Caridad con toda la Humanidad. Igualmente una escalera, a veces con nueve vueltas, es vista sobre el carro, descansando su base en la Tierra y hallándose su final en las nubes, con las estrellas brillando sobre ella, y esto se considera que representa la escalera mística que Jacob vio en su sueño, levantada sobre la Tierra y con la parte más alta alcanzando el cielo, con los ángeles de Dios ascendiendo y descendiendo por ella. El añadido de las tres vueltas principales para el simbolismo es totalmente contemporáneo e innecesario.

Los antiguos contaban siete planetas, a saber: la Luna, Mercurio,

Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno. Había siete cielos y siete esferas correspondientes a estos planetas. En todos los monumentos mitraicos hay siete altares o piras consagrados a los siete planetas, como eran siete los brazos del candelabro dorado en el Templo. Que estos brazos representan a los planetas queda corroborado por Clemente de Alejandría, en su Stromata, así como por Filón de Alejandría. Para volver a la fuente de lo Infinito, el alma humana —sostenían los antiguos— tenía que ascender, como había descendido, a través de las siete esferas. La Escalera por la que se vuelve a ascender tiene, según Marsilio Ficino en su comentario de la Enéada de Plotino, siete grados o escalones; y en los misterios mitraicos llevados a cabo en Roma bajo los césares, la escalera, con sus siete vueltas, era un símbolo que hacía referencia a este ascenso a través de las esferas de los siete planetas. Jacob vio los Espíritus de Dios ascendiendo y descendiendo por ella y sobre la misma Deidad. Los misterios mitraicos se celebraban en cuevas donde las puertas se situaban en los cuatro puntos del zodíaco de los equinoccios y solsticios, y también eran representadas las siete esferas planetarias que las almas necesitaban atravesar al descender desde el cielo de las estrellas fijas a los elementos que envuelven la tierra; y se marcaban siete puertas, una por cada planeta, a través de las cuales pasaban al descender en su retorno. Sabemos esto por Celso, que afirma que las imágenes simbólicas de este paso entre las estrellas, usado en los misterios mitraicos, era unaescalera que se alzaba desde la Tierra al Cielo, dividido en siete pasos o estadios, para cada uno de los cuales había una puerta, y en la cima una octava, la de las estrellas fijas. El símbolo era el mismo que el de las siete etapas de Borsippa, o la pirámide de ladrillo vítreo, cerca de Babilonia, hecha en base a siete pisos, cada uno de distinto color. En las ceremonias mitraicas, el candidato atravesaba siete fases de iniciación, soportando pruebas temibles simbolizadas por la escalera de siete vueltas o peldaños.

Percibimos la logia, sus detalles y ornamentos, a través de sus Luces.

Ya habéis escuchado en el rito de York cuales son estas luces. La Santa Biblia, la Escuadra y el Compás no son solo las Grandes Luces de la Masonería, sino que son también denominados los Muebles de la logia y, como habéis visto, no hay logia si no están ellos presentes. Esto se ha empleado a veces como pretexto para excluir a los judíos de nuestras logias, pues no consideran el Nuevo Testamento como libro sagrado. La Biblia es un elemento indispensable en una logia cristiana tan solo porque es el libro sagrado de la religión cristiana. El Pentateuco hebreo en una logia hebrea y el Corán en una logia mahometana deben estar en el altar, y un ejemplar de ellos, así como la Escuadra y el Compás, debidamente entendidos, son las Grandes Luces que deben guiar el camino y el trabajo del masón. El juramento del candidato debe ser tomado siempre sobre el libro sagrado de su religión, que estará revestida para él de solemnidad y compromiso. Y por eso habéis sido preguntados acerca de qué religión practicabais. Y ahí se detiene nuestro interés por conocer vuestro credo religioso.

La Escuadra es un ángulo recto formado por dos líneas rectas. Se adapta únicamente a una superficie plana y pertenece al campo de la geometría, la medida de la tierra, y de la trigonometría, que trata con planos y con la tierra, que los antiguos concebían plana. El compás describe círculos, y tiene que ver con la trigonometría esférica, la ciencia de las esferas y los cielos. La primera es emblema de lo que concierne a lo físico y terrenal, el segundo de lo que atañe a lo celestial y espiritual. Aún así el Compás se emplea también en trigonometría plana, como por ejemplo para erigir perpendiculares; y por lo tanto se os recuerda que aunque en este grado las dos puntas del Compás se hallan bajo la Escuadra y que ahora estáis tratando únicamente con el significado político y moral de los símbolos, ello no obsta para tener en cuenta que lo divino se confunde con lo humano, y hay algo de espiritual en las tareas más comunes de la vida. Las naciones no son únicamente un cuerpo político, sino

también un alma política, y ¡ay de aquel pueblo que, buscando únicamente lo material, olvide que también tiene un alma! Entonces tendremos una raza petrificada en el dogma de que no existe el alma y acepta la existencia únicamente de la memoria y el instinto, perdiéndose su moral por el afán de lucro. Tal naturaleza no puede guiar nunca la civilización. Arrodillarse ante el ídolo o el dólar atrofia el músculo que camina y la voluntad que mueve. Entregarse a la indiferencia o al el espíritu mercantilista merma el esplendor del pueblo, disminuyendo sus expectativas a base de disminuir su propio nivel, y lo despoja de la comprensión del fin universal, humana al mismo tiempo que divina, que convierte a una nación en misionera.

Un pueblo libre, que olvide que tiene un alma propia por cuidar, dedica todas sus energías al avance material. Si hace la guerra, es para preservar sus intereses comerciales. Los ciudadanos siguen el ejemplo del estado y contemplan la riqueza, la pompa y el lujo como los grandes dones de la vida. Una nación así crea riqueza rápidamente, pero la distribuye mal. Se provocan de esta forma los dos extremos, la monstruosa riqueza y la monstruosa miseria, todo el disfrute en manos de unos pocos y todas las privaciones para el resto, o lo que es lo mismo, para el pueblo. Privilegios, prebendas, monopolios y feudalismo erigidos sobre el mismo Trabajo: una situación peligrosa y engañosa que, haciendo del Trabajo un cíclope ciego y encadenado en la mina, en la forja, en el taller, en el telar, en el campo, sobre humos venenosos en celdas infectas y fábricas insalubres, asienta el poder público sobre la miseria privada, y erige la grandeza del Estado sobre el sufrimiento del individuo. Es una grandeza mal concebida en la que se combinan elementos materiales dejando al margen los elementos morales. Aunque el pueblo, como una estrella, ejerza el derecho a eclipsarse, la luz debe volver a él. El eclipse no debe desvirtuarse y convertirse en noche perpetua.

Las tres Luces Menores o Sublimes, habéis escuchado, son el Sol, la Luna y el Venerable Maestro de la logia, y ya habéis escuchado lo que nuestros hermanos del Rito de York dicen al respecto y por qué sostienen que son las Luces de la logia. Pero el Sol y la Luna en modo alguno iluminan la logia, a no ser que sea simbólicamente, en cuyo caso las luces no son el Sol y la Luna sino aquello que representan. Y el Rito de York no dice qué es lo que representan. Tampoco la Luna en ningún sentido gobierna la noche con regularidad.

El Sol es el antiguo símbolo de la Deidad como poder creador y dador de vida. Para los antiguos la luz era la causa de la vida, y Dios era la fuente de la que manaba toda luz. La esencia de la Luz, el Fuego Invisible, desarrollado como llama, se manifestaba como luz y esplendor. El Sol era su manifestación e imagen visible; y en Saba, adorando la Luz Dios, parecía que adoraban al Sol, porque en él veían la manifestación de la Deidad.

La Luna era el símbolo de la capacidad pasiva de la naturaleza para producir, lo femenino, cuyo poder y energía dadores de vida eran lo masculino. Era el símbolo de Isis, Astarté y Artemisa o Diana. El Dador de Vida era la Deidad Suprema, que se elevaba sobre ambos y se manifestaba a través de ambos. Zeus, el hijo de Saturno, se convirtió en Rey de los Dioses. Horus, hijo de Isis y Osiris, se convirtió en Dador de Vida. Dionisio y Baco, comoMitra, se convirtieron en origen de la Luz, la Vida y la Verdad.

* * * * * *

Los Dadores de la Luz y la Vida, el Sol y la Luna, están simbolizados en cada logia por el Venerable Maestro y los Vigilantes, y por ello es la misión del Venerable Maestro dispensar luz a los hermanos por él

mismo o a través de los Vigilantes, que son sus ministros. «El Sol —dice Isaías a Jerusalén— nunca más se pondrá, ni tampoco se retirará la Luna, pues el Señor será tu luz eterna, y los días de tu lamento terminarán. En tu pueblo todos serán justos, y ellos heredarán la tierra para siempre». Así es un pueblo libre.

Nuestros ancestros del norte adoraban esta deidad trina: Odín, el Padre todopoderoso; Frea, su esposa, símbolo de lo terrenal, y Thor, su hijo, el mediador. Pero sobre todos ellos estaba el Dios Supremo, «el creador de todo lo que existe, el Eterno, el Antiguo, el Ser Vivo y Tremendo para el cual no existe lo oculto, el Ser que nunca cambia». En el Templo de Eleusis (un santuario que representaba el Universo y estaba iluminado únicamente por una ventana en el techo), estaban representadas las imágenes del Sol, la Luna y Mercurio. «El Sol y la Luna —afirma el perspicaz hermano Delaunay— representan los dos grandes principios de todas las generaciones, lo activo y lo pasivo, lo masculino y lo femenino. El Sol representa la verdadera luz. Él esparce sobre la Luna sus rayos fecundadores. Ambos arrojan su luz sobre su vástago, la Estrella Flamígera, u Horus, y los tres forman el gran Triángulo Equilátero, en cuyo centro se haya la omnipotente letra de la Cábala a través de la cual se ha llevado a cabo la Creación».

Los Ornamentos de una logia son el Pavimento Mosaico, la Orla Dentada y la Estrella Flamígera. El Pavimento Mosaico, ajedrezado o con otros motivos, representa el suelo del Templo del Rey Salomón. La Orla Dentadarepresenta «el hermoso borde dentado que lo rodeaba». La Estrella Flamígera en el centro es «un emblema de la Divina Providencia, y rememora la estrella que guió a los Magos del Oriente al lugar de la Natividad de nuestro Salvador». Sin embargo, «no se veía piedra» dentro del Templo. Los muros fueron cubiertos de madera de cedro, y el suelo de madera de abeto. No hay evidencia de que hubiese tal pavimento mosaico en el suelo

del Templo ni tampoco tal borde dentado. En Inglaterra, antiguamente, el Tablero de Trazo estaba rodeado de un borde dentado, y es únicamente en América donde tal orla dentada se coloca alrededor del pavimento mosaico. Las teselas, desde luego, son los cuadrados del pavimento mosaico. En Inglaterra la Orla Dentada también se llama Orla Teselada, pues tiene cuatro teselas que representan la Templanza, la Fuerza, la Prudencia y la Justicia. Fue denominado Teselado Dentado, pero es un mal uso del lenguaje, pues se trata de un pavimento teselado con un borde dentado a su alrededor.

El pavimento, alternativamente blanco y negro, simboliza, se pretenda o no, los principios del Bien y el Mal acordes a los credos egipcio y persa. Es la guerra de Miguel y Satán, de Dioses y Titanes, entre la Luz y la Sombra, que es la oscuridad. Es la guerra entre el Día y la Noche, la libertad y el despotismo, la libertad religiosa y los dogmas arbitrarios de una Iglesia que solo piensa en sus adeptos y cuyo pontífice clama por su infalibilidad, convirtiendo la doctrina de sus concilios en un nuevo evangelio. Los bordes de este pavimento, si está constituido por figuras geométricas que no sean cuadrados, necesariamente estarán dentados como una sierra, y será necesario un borde para ultimar esta figura. Se remata con teselas y motivos decorativos en las esquinas. Si se adjudica a estos últimos algún contenido simbólico será caprichoso y arbitrario.

Ver en la Estrella Flamígera de cinco puntas una alusión a la Divina Providencia es también caprichoso, y relacionarla con la estrella que guió a los Magos es darle un contenido relativamente moderno. Originalmente representaba a Sirius, o la Estrella Perro, precursora de la inundación del Nilo, así como del dios Anubis, compañero de Isis en su búsqueda del cuerpo de Osiris, hermano y esposo de ambos. Entonces se convirtió en la representación de Horus, hijo de Osiris —asimismo representado por el Sol, siendo responsable de las

estaciones y dios del Tiempo— y de Isis, que encarnaba la naturaleza universal, la materia primitiva, la inagotable fuente de vida, chispa de fuego no creada y semilla universal de todos los seres. Era también Hermes, el maestro de sabiduría, cuyo nombre en griego es el del dios Mercurio. Se convirtió en sagrado y potente signo de los Magos, la Pentalfa, y es el emblema de la Libertad, brillando radiante entre la confusión del bien y el mal en las revoluciones, y prometiendo cielos serenos y fértiles temporadas a las naciones una vez que las tormentas del cambio y los tumultos hayan pasado.

En el Oriente de la logia, sobre el Venerable Maestro, inscrita en un triángulo, está la letra hebrea Yod (`). En las logias inglesas y americanas es sustituida por la letra G, con tan poca razón como si las logias francesas empleasen la letra D —inicial de Dieu— en lugar de la propia letra Yod. Yod es, en la Cábala, el símbolo de la Unidad, de la Deidad Suprema, la primera letra del Santo Nombre, y también es símbolo de las grandes tríadas cabalísticas. Para comprender sus significados místicos se deben abrir las páginas del Zohar y el Siphra de Zeniutha, así como otros libros cabalísticos, y meditar profundamente en su significado. Baste decir que es la energía creativa de la Deidad, representada por un punto, y que ese punto está en el centro del Círculo de la inmensidad. En este grado es para nosotros el símbolo de la Deidad no manifestada, lo Absoluto, quien no tiene nombre.

Nuestros hermanos franceses colocan esta letra Yod en el centro de la Estrella Flamígera, y en las viejas lecturas nuestros antiguos hermanos ingleses decían: «la Estrella Flamígera o Gloria en el centro nos orienta hacia esa gran luminaria, el Sol, que ilumina la Tierra y dispensa bendiciones a la humanidad». También lo consideraban en sus lecturas como un emblema de prudencia. La palabra prudencia significa, en su sentido original y más completo,

previsión, y consecuentemente la Estrella Flamígera ha sido percibida como emblema de Omnisciencia, el Ojo que todo lo ve, que para los egipcios era emblema de Osiris, el Creador. Con la letra Yod en el centro, tiene el significado cabalístico de la Divina Energía, manifestada como Luz creadora del Universo.

Las Joyas de la logia son seis en número. Tres de ellas se denominan móviles y las otras tres inmóviles. La Escuadra, el Nivel y la Plomada eran llamadas antiguamente y con propiedad Joyas Móviles, porque pasaban de un hermano a otro. Es una innovación denominarlas también inmóviles por tener que estar siempre presentes en la logia. Las joyas inmóviles son la Piedra Bruta, la Piedra Cúbica —o en algunos rituales el Doble Cubo—, y el Tablero de Trazo o Tablero de Caballete. Sobre estas joyas nuestros hermanos del rito de York afirman: «la Escuadra inculca la Moralidad, el Nivel, la Igualdad, y la Plomada, la Rectitud de Conducta». La explicación referente a las joyas inmóviles puede leerse en sus manuales.

* * * * * *

Nuestros hermanos del Rito de York sostienen que «en toda logia bien gobernada hay representado un punto dentro de un círculo. El punto representa al hermano individual; el círculo, la línea limitadora de su conducta, que nunca estará dispuesto a traspasar permitiendo que sus prejuicios o pasiones le traicionen». Esto no es interpretar los símbolos de la Masonería. Algunos opinan, acercándose a la interpretación, que el punto dentro del círculo representa a Dios en el centro del Universo. Es un signo egipcio habitual para el Sol y Osiris, y aún hoy en día se emplea como signo

astronómico de la gran luminaria. En la Cábala el punto es Yod, la energía creativa de Dios, irradiando con luz el espacio circular que Dios, la Luz Universal, dejó vacío para crear los mundos al retirar su substancia de Luz de todas partes excepto de un punto. Nuestros hermanos añaden que el círculo está flanqueado por dos líneas perpendiculares y paralelas que representan a San Juan Bautista y San Juan Evangelista, y por encima se encuentran las Sagradas Escrituras. «Yendo alrededor de este círculo, dicen, necesariamente tocamos estas dos líneas así como las Sagradas Escrituras, y mientras un masón se mantiene circunscrito dentro de sus preceptos es materialmente imposible que yerre».

Sería una pérdida de tiempo abundar en esto. Algunos escritores han imaginado que las líneas paralelas representan los trópicos de Cáncer y Capricornio, que el Sol roza en los solsticios de verano e invierno. Pero los trópicos no son líneas perpendiculares, y la idea es meramente caprichosa. Si las líneas paralelas pertenecían ya al antiguo símbolo tendrían algún sentido más recóndito y fructífero. Probablemente tenían el mismo significado que las dos columnas Jakim y Boaz, significado que no es para aprendices y, en cualquier caso, puede encontrarse en la Cábala. La Justicia y la Piedad de Dios se encuentran en equilibrio, y el resultado es la Armonía, pues una Sabiduría perfecta y única impera sobre ambas.

Las Sagradas Escrituras son un añadido totalmente moderno al símbolo, como las esferas terrestre y celestial a las columnas del pórtico. De esta forma el antiguo símbolo ha sido desnaturalizado con añadidos innecesarios, como el de Isis llorando sobre la columna partida que contiene los restos de Osiris en Biblos.

* * * * * *

La Masonería tiene su decálogo, que es ley para sus iniciados. Estos son sus Diez Mandamientos:

I. Dios es la Sabiduría eterna, omnipotente, inmutable, así como la Inteligencia suprema y Amor inagotable. Le adorarás, reverenciarás y amarás. Le honrarás practicando las virtudes.

II. Tu religión será hacer el bien por amor al bien, no solo porque es un deber. Si te convirtieses en amigo de un hombre sabio, obedecerás sus preceptos. Tu alma es inmortal. No harás nada para degradarla.

III. Siempre harás la guerra a los vicios. No harás a los demás lo que no quieras que te hagan a ti. Aceptarás tu suerte con humildad y mantendrás viva la luz de la sabiduría.

IV. Honrarás a tus padres. Respetarás a los ancianos, enseñarás a los jóvenes. Protegerás y defenderás a los niños y la inocencia.

V. Amarás a tu esposa y a tus hijos. Amarás a tu patria y obedecerás sus leyes.

VI. Tu amigo será para ti un segundo ser. La desgracia no le alejará de ti, y harás por su memoria lo mismo que harías por él si viviese.

VII. Evitarás y huirás de los falsos amigos. Evitarás cualquier exceso. Temerás causar una mancha en tu memoria.

VIII. No permitirás a las pasiones adueñarse de ti. Harás de las pasiones de otros sabias lecciones para ti mismo. Serás indulgente con el error.

IX. Oirás mucho y hablarás poco. Actuarás correctamente.

Olvidarás las ofensas. Transformarás el mal en bien. No abusarás de tu fuerza o de tu superioridad.

X. Estudiarás para conocer a los hombres, pues de este modo puedes aprender a conocerte a ti mismo. Buscarás la virtud, serás justo y evitarás la holgazanería.

Pero el gran mandamiento de la Masonería es este: «Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros. El que está en la luz, pero odia a su hermano, permanece todavía en la oscuridad».

Estos son los deberes morales del masón. Pero también es el deber de la Masonería ayudar a elevar la moral y el nivel intelectual de la sociedad, acuñando conocimiento, poniendo ideas en circulación y provocando que las mentes jóvenes maduren; y situar gradualmente, a través de la enseñanza de axiomas y la promulgación de leyes positivas, a la raza humana en armonía con su destino.

Para esta misión y trabajo se inicia el Aprendiz. Quizá imagine que no puede llevar nada a cabo y por lo tanto, desesperanzado, podría permanecer inerte. Esto sucede no solo en esta situación sino también en el día a día. Muchos grandes hechos se hacen en las pequeñas batallas de la vida. Hay una valentía verdadera pero oculta que lucha en la oscuridad contra la fatal invasión de necesidad y vileza. Hay triunfos nobles y misteriosos que ningún ojo ve, que no encuentran recompensa ni renombre, que ninguna fanfarria de trompetas saluda. La vida, la desgracia, la soledad, el abandono y la pobreza son campos de batalla que tienen sus héroes, héroes oscuros, pero a veces más grandes que aquellos que se convierten en ilustres. Los masones deberían luchar de la misma manera, y con el mismo valor, contra esas invasiones de miseria y maldad que

acontecen a las naciones igual que a los hombres. Debería hacerles frente incluso en la oscuridad, y protestar contra los errores e insensateces de la nación, contra la usurpación y las primeras incursiones de esa hidra que es la tiranía. No hay elocuencia que supere a la verdad en la indignación. Es más difícil para un pueblo mantener la libertad que ganarla. La defensa de la verdad es siempre necesaria, y el derecho debe protestar contra el hecho. En efecto, hay Eternidad en el Derecho, y el masón debe ser el sacerdote y soldado de ese Derecho. Aunque se asalten las libertades de su país él no debe perder la esperanza. La protesta del Derecho contra el hecho persiste siempre, y el asalto a un pueblo nunca prescribe. La reclamación de sus derechos no expira por mucho que pase el tiempo. Varsovia no puede ser tártara más tiempo que Venecia ser alemana. Un pueblo puede sufrir una usurpación militar, y los estados sojuzgados se arrodillan y soportan el yugo mientras no tienen otra opción, pero cuando las circunstancias lo permiten, y si el pueblo está listo para ser libre, la nación hundida emerge y aparece en la superficie, y la historia juzga a la tiranía por el asesinato de sus víctimas.

Suceda lo que suceda, debemos tener fe en la justicia y sabiduría de Dios que reina por encima de todas las cosas, y debemos tener fe en el futuro y amorosa amabilidad ante aquellos que se hallan en el error. Dios muestra a los hombres su voluntad a través de los acontecimientos. Se trata de un lenguaje oscuro, escrito en un idioma misterioso. Los hombres lo traducen de forma inmediata y precipitada, incorrecta, llena de errores, omisiones y malas interpretaciones. ¡Parece tan corto un camino a lo largo del arco del gran círculo! Pocas mentes comprenden la lengua divina. Los más sagaces, lo más serenos, los más profundos descifran lentamente los jeroglíficos, y quizá cuando lo han logrado hace ya tiempo que no era necesario, pudiendo encontrar ya numerosas traducciones en el dominio público, siendo la más incorrecta, por supuesto, la que

cuenta con más aceptación popular. De cada traducción nace un partido y de cada mala lectura, una facción. Cada partido cree o pretende que el suyo es el único texto, y cada facción cree o pretende que su lectura es la única en posesión de la luz. Más aún, los fanáticos son hombres ciegos que apuntan directamente —los errores son excelentes proyectiles— y aciertan con la habilidad y la violencia que provocan los falsos razonamientos donde quiera que, en aquellos que defienden el derecho, la carencia de lógica, como un defecto en la armadura, les haga vulnerables. Por lo tanto a menudo estaremos en un brete al combatir el error ante el pueblo. Anteo resistió a Hércules mucho tiempo, y las cabezas de la Hidra crecían tan rápido como eran cortadas. Es absurdo decir que el error, herido, se retuerce de dolor y muere en medio de sus adoradores. La verdad se conquista lentamente, y hay una asombrosa vitalidad en el Error. La Verdad, desde luego, discurre sobre las cabezas de las masas, y si un error cae al suelo por un instante, se levanta enseguida tan vigoroso como siempre. No morirá mientras los cerebros estén ausentes y los errores más estúpidos e irracionales sean los de más larga vida. Aun así, la Masonería, que es moralidad y filosofía, no debe cesar en su labor. No sabemos cuando el éxito recompensará nuestros esfuerzos (generalmente en el momento más inesperado) o qué efecto podemos esperar de nuestro afán. Exitosa o no, la Masonería no debe doblegarse ante el error o sucumbir ante el desaliento. Hubo en Roma algunos soldados cartagineses hechos prisioneros pero que se negaron a inclinarse ante Flaminio, y contaron con la magnanimidad de Aníbal. Los masones deberían poseer la misma grandeza de espíritu. La Masonería debería ser una energía, encontrando su objetivo y efecto en la mejora de la humanidad. Sócrates debería entrar en Adán y producir Marco Aurelio, o en otras palabras, extraer del hombre de placeres el hombre de sabiduría. La Masonería no debería ser únicamente una atalaya construida sobre el misterio y sobre la que observar el mundo con el único resultado de ser una curiosidad para inquietos.

Llevar la copa del pensamiento llena a los labios sedientos de los hombres, llevar a todos las verdaderas ideas de la Deidad, armonizar ciencia y conciencia es la misión de la Filosofía. La Moralidad es la fe florecida. La contemplación debería llevar a la acción, y lo abstracto convertirse en práctico; el ideal debería convertirse en aire, comida y bebida para la mente humana. La Sabiduría es una comunión sagrada, y es únicamente bajo esa condición que la Sabiduría deja de ser un amor estéril a la ciencia y se convierte en el único y supremo método por el cual se puede unir a la Humanidad y llevarla a la acción conjunta. Entonces la Filosofía se convierte en Religión. Y la Masonería, como la historia y la filosofía, tiene misiones eternas. Eternas, y al mismo tiempo sencillas: oponerse a Caifás como obispo, a Draco como juez, a Trimalción como legislador y a Tiberio como emperador. Estos son los símbolos de la tiranía que degrada y aplasta, y de la corrupción que profana e infesta. En los trabajos publicados para uso de la Orden se nos dice que los tres grandes principios de la profesión masónica son Amor Fraternal, Ayuda y Verdad. Y es cierto que el afecto fraternal y la amabilidad deberían regir todas nuestras relaciones con nuestros hermanos, y una filantropía generosa y liberal guiarnos con respecto a todos los hombres. Ayudar a los afligidos es particularmente la tarea de los masones. Una labor sagrada que no puede omitirse, descuidarse o llevarse a cabo de forma fría e ineficiente. Es muy cierto que la Verdad es un atributo divino y el cimiento de cualquier virtud. Ser honesto y buscar, encontrar y aprender la Verdad son los grandes objetivos de todo buen masón.

Al igual que los antiguos, la Masonería considera la Templanza, Fortaleza, Prudencia y Justicia como las cuatro virtudes cardinales, y son tan necesarias a las naciones como a los individuos. Para ser libre e independiente, el pueblo debe poseer sagacidad, cautela, previsión y una cuidadosa circunspección, valores todos que están incluidos en la palabra Prudencia. Debe ser mesurado al afirmar sus derechos,

en sus órganos de gobierno y frugal en sus gastos. Debe ser osado, valiente, arrojado, paciente ante la adversidad, firme ante los desastres, poseer esperanza entre las calamidades, como Roma cuando puso en venta el solar sobre el que acampaba Aníbal. Ni Cannas ni Farsalia ni Pavía ni Agincourt ni Waterloo deben descorazonar a la nación. Permitid a su senado que ocupe sus asientos hasta que los galos les agarren de la barba. La nación debe, sobre todas las cosas, ser justa, no inclinándo se hacia los poderosos ni oprimiendo a los débiles. Debe actuar según la escuadra con todas las naciones y las tribus más débiles, siempre manteniendo su fe y la honestidad de sus leyes, y actuando con honradez en todos sus acuerdos. Cuando quiera que tal república exista, será inmortal, pues la imprudencia, la injusticia, la intemperancia y el lujo en la prosperidad, así como el desánimo ante la adversidad, son las causas de la caída y ruina de las naciones.

# 11

# Compañero

*     *     *     *     *     *

En el antiguo Oriente, toda religión era más o menos un misterio y no había separación entre religión y filosofía. La teología popular, que tomaba la multitud de alegorías y símbolos como entidades reales, degeneró en una adoración de deidades imaginarias con sentimientos humanos, pasiones, apetitos y lujurias, y en una adoración de ídolos, piedras, animales y reptiles. La cebolla era sagrada para los egipcios porque sus distintas capas simbolizaban las esferas celestiales concéntricas. Desde luego la religión popular no podía satisfacer los pensamientos y anhelos más profundos ni las aspiraciones más elevadas del alma, ni tampoco la lógica de la razón. Sin embargo, la primera fue enseñada a los iniciados en los Misterios, y asimismo fue enseñada a través de símbolos. La vaguedad del simbolismo, susceptible de muchas interpretaciones, llegaba donde el credo convencional no llegaba. Su falta de definición admitía lo inasequible del tema. Trataba el sujeto misterioso místicamente, e intentaba ilustrar lo que no podía explicar, provocando una vivencia apropiada si no podía desarrollar una idea adecuada, y haciendo de la imagen un mero vehículo subordinado al concepto que por sí mismo no se revelaba como nítido o familiar. De este modo, el conocimiento ahora impartido a través de libros y cartas, estaba antiguamente contenido en símbolos. Los sacerdotes inventaron y perpetuaron un

despliegue de ritos y exhibiciones que no solo eran más atractivos a los ojos que las palabras, sino a veces incluso más sugestivos y más impregnados de contenido. La Masonería, sucesora de los Misterios, todavía mantiene la antigua manera de enseñar.

Sus ceremonias son como los antiguos actos místicos. Desde luego, no la lectura de una plancha, pero sí el planteamiento de los problemas, que requiere investigación y la ayuda de la filosofía como elemento esclarecedor. Las planchas son esfuerzos, muy a menudo incompletos y sesgados, de interpretar estos símbolos. Para convertirse en un verdadero masón no es suficiente con escuchar, o incluso comprender las exposiciones; es preciso, ayudado por ellas y considerando que ellas marcan el propio camino, estudiar, interpretar y desarrollar los símbolos para uno mismo.

* * * * * *

Aunque la Masonería es semejante a los antiguos Misterios, lo es en realidad en este único sentido: no presenta sino una imagen imperfecta de su excelencia, no presenta sino las ruinas de su apogeo y un sistema que ha sufrido continuadas alteraciones fruto de acontecimiento sociales, circunstancias políticas y la necedad ambiciosa de quienes pretendían mejorarla. Tras abandonar Egipto, los Misterios fueron modificados por las costumbres de las distintas naciones en que fueron introducidos, y especialmente por los sistemas religiosos de los países adonde fueron trasplantados. Mantener el gobierno, las leyes y la religión establecidos era la obligación de los Iniciados en cualquier parte, que siempre pertenecían a la casta sacerdotal y nunca deseaban compartir con el pueblo llano la verdad filosófica.

La Masonería no es como el Coliseo en ruinas. Es más bien un palacio romano de la Edad Media, desfigurado por añadidos posteriores en su arquitectura pero aún así construido sobre unos cimientos ciclópeos establecidos por los etruscos, y con muchas de las piedras de su parte superior tomadas de casas y templos de la época de Adriano y Antonino.

El Cristianismo enseñó la doctrina de la Fraternidad, pero repudió la de la Igualdad política inculcando continuamente la obediencia alcésar y a aquellos que la ley establecía como autoridad. La Masonería fue el primer apóstol de la Igualdad. En el monasterio hay fraternidad e igualdad, pero no libertad. La Masonería añadió también la Libertad, y reclamó para el ser humano ese triple patrimonio: Libertad, Igualdad y Fraternidad. No se trataba sino de desarrollar el propósito original de los Misterios, que era enseñar al hombre a conocer y practicar sus deberes hacia ellos mismos y sus semejantes, el gran fin práctico de toda filosofía y todo conocimiento.

Las Verdades son los manantiales de donde surgen los deberes, y no hace sino unos pocos cientos de años que una nueva Verdad empezó a verse nítidamente: que el hombre está por encima, de forma suprema, de las instituciones, y no ellas por encima de él. El hombre posee imperio natural sobre todas las instituciones. Ellas le sirven según su desarrollo, no es el hombre quien sirve a ellas. Esto nos parece una afirmación obvia a la que todo hombre debería asentir, pero hubo un tiempo en que fue una Verdad grande y novedosa, no revelada hasta que los gobiernos habían existido durante por lo menos cinco mil años. Una vez revelada, esta Verdad impuso nuevos deberes a los hombres: el ser humano se debía a sí mismo ser libre; debía a su patria intentar darle la libertad o mantenerla en posesión de ella, e hizo de la tiranía y la usurpación del poder enemigos del

género humano. Esa Verdad dejó fuera de la ley a los déspotas y a las dictaduras, tanto temporales como espirituales. La esfera del Deber creció inmensamente, pues el patriotismo tuvo en lo sucesivo un significado nuevo y más amplio: libertad de gobierno, libertad de pensamiento, libertad de conciencia, libertad de expresión. Estos derechos se convirtieron en inalienables, y aquellos que habían sido privados o desprovistos de ellos tenían el derecho inmediato de recuperarlos. Desafortunadamente, como las Verdades siempre se desvirtúan en falsedades, y son falsedades cuando se aplican erróneamente, esta Verdad se convirtió en el Evangelio de la Anarquía poco después de haber sido predicada por primera vez.

La Masonería pronto comprendió esta Verdad y aceptó que sus propios deberes habían sido ampliados. Sus símbolos adquirieron un significado más amplio, y adoptaron la forma externa de la Masonería operativa, tomando prestadas sus herramientas, de forma que se contó con símbolos nuevos y aptos. La Masonería ayudó al advenimiento de la Revolución Francesa, desapareció con los girondistas, renació con la restauración del orden y apoyó a Napoleón porque, aun siendo emperador, reconoció el derecho del pueblo a elegir sus gobernantes, y era cabeza de una nación que rechazaba retomar sus viejos reyes. Él sostuvo, con la espada, el mosquete y el cañón, la gran causa del Pueblo contra la realeza, el derecho del pueblo francés incluso a hacer emperador a un general corso, si les apetecía.

La Masonería sintió que esta Verdad tenía la omnipotencia de Dios de su lado, y que ni el papa ni ningún poderoso podía vencerla. Erauna verdad entregada al amplio tesoro del mundo y que forma parte del patrimonio que cada generación recibe, amplía y de la que es depositaria, y que necesariamente es legada a toda la humanidad como dominio personal del ser humano y garantizada por la naturaleza hasta el fin de los tiempos. Y la Masonería enseguida

reconoció como verdad que hacer progresar y desarrollar una Verdad, o cualquier virtud o don humanos, es aumentar la gloria espiritual de la especie humana; y que quien quiera que ayuda al avance de una Verdad y hace que el pensamiento se transforme en realidad, escribe en la misma línea que Moisés y que Aquel que murió en la Cruz, y goza de afinidad con la misma Deidad.

El mayor don que se puede atribuir al hombre es su humanidad, y eso es lo que Dios dispone que la Masonería exija a sus adeptos. No sectarismo ni dogmas religiosos, ni una moral rudimentaria basada en los escritos de Confucio, Zaratustra, Séneca y los rabinos, en los Proverbios y el Eclesiastés; ni tampoco un conocimiento banal que cualquiera obtiene de la escuela, sino humanidad, ciencia y filosofía. En modo alguno están esa Ciencia y Filosofía opuestas a la Religión, pues la Filosofía no es sino conocimiento de Dios y el Alma, derivada de la observación de la acción manifestada por Dios y el Alma, y según una sabia analogía. Es la guía del intelecto lo que el sentimiento religioso necesita. La correcta filosofía religiosa de un ser imperfecto no es un sistema de credos sino, como Sócrates pensó, una búsqueda o aproximación infinitas. La Filosofía es el progreso intelectual y moral que el sentimiento religioso inspira y ennoblece. Como ciencia, no puede caminar sola, mientras que la religión es autosuficiente e inmóvil. Como ciencia madura las deducciones de la experiencia y busca otras experiencias para confirmarlas. Tiene en cuenta y unifica todo lo que era verdaderamente válido en ambos sistemas (uno, heroico, o el sistema de acción y esfuerzo, y la teoría mística de la comunión espiritual y contemplativa). «Escúchame —dice Galeno— como la voz del Hierofante Eleusino, y cree que el estudio de la Naturaleza es un misterio no menos importante que los suyos, y no menos válido para poner de relieve la sabiduría y el poder del Gran Creador. Sus lecciones y demostraciones eran oscuras pero las nuestras son claras y nítidas».

Consideramos que el mejor conocimiento que podemos obtener del alma de otro hombre proviene de sus acciones así como de la conducta mostrada a lo largo de su vida. La evidencia de lo contrario proporcionada por lo que otro hombre nos diga según su opinión tiene poco peso respecto a lo primero. Las primeras Escrituras para la raza humana fueron escritas por Dios en la Tierra y en los Cielos, y la lectura de estas escrituras es una ciencia. Estar familiarizados con la hierba y los árboles, los insectos y los infusorios nos enseña lecciones de amor y fe más profundas que las que podemos recoger de las escrituras de Fénelony Agustín. La gran Biblia de Dios está siempre abierta ante la humanidad.

El Conocimiento es susceptible de convertirse en poder, y sus axiomas en reglas de utilidad y deber. Pero el conocimiento por sí mismo no es poder. La Sabiduría es poder, y su Primer Ministro es la Justicia, que es la ley de la Verdad perfeccionada. El propósito de la educación y la ciencia es, por lo tanto, hacer sabio al hombre. Si el conocimiento no le hace sabio, resulta desperdiciado como el agua vertida sobre la arena. Conocer los rituales de la Masonería tiene tan poca utilidad por sí mismo como aprender algunas palabras y frases en algún dialecto bárbaro africano o australiano. Incluso conocer su significado es intrascendente a no ser que éso quede añadido a nuestra sabiduría, y también a nuestra caridad, pues ambos son a la justicia como sus dos hemisferios cerebrales.

No perdáis de vista, pues, el verdadero objetivo de vuestros estudios en Masonería, que es aumentar vuestra sabiduría y no únicamente vuestro conocimiento. Un hombre puede pasar una vida estudiando una única especialidad de conocimiento —botánica, conchología o entomología—, aprendiendo un sinfín de nombres derivados del griego, clasificando ejemplares una y otra vez, y aún así no ser más sabio que al comienzo. Son las grandes Verdades que a todos

conciernen, así como los derechos, intereses y deberes, lo que la Masonería trata de enseñar a sus iniciados.

Cuanto más sabio se vuelve un hombre, menos inclinado está a someter servilmente su conciencia o su persona a las cadenas y al yugo. Pues al aumentar su sabiduría no solo conoce mejor sus derechos, sino que además los tiene en mayor estima, y es más consciente de su valor y dignidad. Su orgullo le urge a afirmar su independencia, y él es asimismo más capaz de sostenerla. Y también más capaz de ayudar al prójimo y a su país cuando estos han puesto en juego todo, incluso su propia existencia, en la defensa de la Libertad. Pero el simple conocimiento no le hace a uno independiente, ni le capacita para ser libre. Más bien le convierten a uno en un esclavo más útil. La Libertad es una maldición para el ignorante y el bruto.

La ciencia política tiene como objeto establecer de qué modo y por medio de qué instituciones puede ser asegurada y perpetuada la libertad personal y política. No únicamente el permiso o el mero derecho de cada hombre a votar, sino la libertad total y absoluta de pensamiento y opinión, libre del despotismo de monarcas, caciques y clero; libertad de acción dentro de los límites de las leyes que obligan a todos; Cortes de Justicia provistas de jueces y jurados imparciales que consideren a todos por igual, encontrándose en esos tribunales el débil y el pobre en igualdad con el rico y el poderoso; los caminos para el servicio público y el honor abiertos de forma ecuánime para los meritorios; el poder militar, así en la guerra como en la paz, estrictamente subordinado al poder civil; los arrestos arbitrarios por hechos no reconocidos como crímenes por la ley, imposibles; la Inquisición romana, la *Camera Estellata*,[2] las comisiones militares, desconocidas; los medios de instrucción al

2 Tribunal creado en el siglo XV en Inglaterra para juzgar asuntos que implicaban a la nobleza y la corona, cuyas vistas discurrían a puerta cerrada y que se ha convertido en símbolo de la desigualdad ante la ley.

alcance de los hijos de todos; el derecho a la libre expresión y la responsabilidad de todos los funcionarios, tanto civiles como militares.

Si fuese necesario justificar a la Masonería por imponer no solo deberes morales sino también políticos a sus iniciados, bastaría con señalar la triste historia del mundo. Apenas se necesitaría hojear hacia atrás las páginas de la historia y llegar a los capítulos escritos por Tácito y su descripción de los increíbles horrores causados bajo el despotismo de Calígula y Domiciano, Caracalla y Cómodo, Vitelio y Maximino. Bastaría con señalar los siglos de calamidad que atravesó la bienaventurada nación francesa bajo la larga opresión feudal de los egoístas borbones, o señalar aquellos tiempos en que los plebeyos eran expoliados y masacrados por sus propios señores y príncipes como ovejas; cuando el señor reclamaba el derecho de *prima nocte*, o cuando la ciudad capturada era abandonada inmisericordemente a las violaciones y al saqueo; cuando las prisiones del estado gemían llenas de víctimas inocentes y la Iglesia bendecía los estandartes de asesinos implacables y entonaba *Te Deums* para celebrar la suprema piedad de la masacre de hugonotes en la víspera de San Bartolomé.

Podríamos volver las páginas hacia un capítulo posterior, el del reinado de Luis XV, cuando jóvenes doncellas, apenas niñas, eran secuestradas para satisfacer su lujuria; cuando las *lettres de cachet* llenaban la Bastilla con personas sobre las que no pesaba acusación de ningún crimen, con maridos que se interponían en el placer de esposas indignas y con villanos investidos de órdenes de nobleza; cuando el pueblo era triturado entre las piedras de molino de los impuestos, tasas y aduanas; y cuando el nuncio papal y el cardenal de la RocheAymn, arrodillándose ambos devotamente, uno a cada

3 Las lettres de cachet eran cartas cerradas firmadas por el rey o por un ministro por las cuales se ejercía el poder absoluto real, cortocircuitando el sistema legal y declarando la prisión o destierro de un súbdito sin juicio previo y de forma inapelable.

lado de Madame de Barry, prostituta abandonada por el rey, le pusieron las zapatillas en sus pies descalzos cuando esta se levantó del lecho adúltero. En esos tiempos, desde luego, el sufrimiento y la explotación era lo único que el hombre podía escoger, y los súbditos no eran sino bestias de carga.

El verdadero masón es el que se esfuerza afanosamente en ayudar a la Orden a llevar a cabo sus grandes propósitos. No es que la Orden no pueda lograrlo por sí misma, sino que el masón debe ayudar. La Orden es uno de los instrumentos de Dios. Es una Fuerza y un Poder, y sería una vergüenza que no los pusiera en práctica y, llegado el caso, sacrificara a sus hijos en la causa de la humanidad, al igual que Abraham estuvo dispuesto a ofrecer a Isaac en el altar del sacrificio. No puede caer en el olvido la noble alegoría de Curtio saltando, embozado en su armadura, hacia la gran brecha que se abrió en el foro para tragarse a Roma entera. La Orden lo intentará, y no será su culpa si no llega el día en que el hombre no deba temer a una conquista, una invasión, una usurpación del poder, una rivalidad entre naciones, un nacimiento en las tiranías hereditarias, una división del pueblo por un Congreso, un desorden por la caída de una dinastía, una guerra entre dos religiones chocando de cabeza como dos cabras de la oscuridad sobre el puente de lo Infinito. Cuando ya no haya que temer el hambre, la explotación, la prostitución como fruto de la desgracia, la miseria por falta de trabajo ni todas las tribulaciones que puedan surgir en el bosque de los acontecimientos, cuando las naciones giren en torno a la Verdad, cada una en su propia órbita sin colisionar, entonces reinará por doquier y de forma suprema la Libertad, con la sabiduría en una mano, la justicia en la otra, adornada con estrellas y coronada con el esplendor celestial.

En vuestros estudios como Compañeros debéis estar guiados por la Razón, el Amor y la Fe. No discutiremos ahora las diferencias entre

Razón y Fe, ni abordaremos la tarea de definir el dominio de cada una. Pero es preciso decir que incluso en los asuntos cotidianos de la vida estamos gobernados bastante más por lo que creemos que por lo que sabemos, más por la Fe y la Analogía que por la Razón. La Edad de la Razón de la Revolución Francesa enseñó, como sabemos, que es una locura entronar a la Razón por sí misma como idea suprema. La Razón falla cuando debe hacer frente a lo Infinito. Entonces debemos creer y reverenciar. A pesar de las desgracias que sufre el virtuoso, las tribulaciones de los justos, la prosperidad de los tiranos y el asesinato de los mártires, debemos creer que hay un Dios sabio, justo, piadoso y lleno de amor, una Inteligencia y una Providencia supremas que reinan sobre todo lo creado y cuidan incluso de las cosas y acontecimientos más pequeños. La Fe es necesaria para el hombre. ¡Ay de aquel que no cree en nada! Creemos que el alma de otro es de cierta naturaleza y posee ciertas cualidades, que es generoso y honesto, o mezquino y vil, que su alma es virtuosa o amigable, o viciosa y áspera, con poco más que echar un breve vistazo al rostro, sin medios para saber realmente. Aventuramos nuestra fortuna haciéndola depender de la firma de un hombre que se haya al otro lado del mundo, al cual nunca vemos, y sobre la creencia de que es honesto y digno de confianza. Creemos que unos hechos han tenido lugar en base a las afirmaciones de otros. Creemos que una voluntad actúa sobre otra, y en la realidad de una multitud de otros fenómenos que la Razón no puede explicar.

Pero no debemos creer lo que la Razón niega de forma autorizada, aquello que repugna al sentido del derecho, lo que es absurdo o contradictorio en sí mismo, o está en discrepancia con la experiencia o con la ciencia, o lo que degrada el carácter de Dios y lo haría vengativo, maligno, cruel o injusto.

La Fe de un hombre es tanto de él mismo como lo es su Razón. Su

Libertad radica tanto en que su fe sea libre como en que su voluntad no esté controlada por ningún poder. Todos los sacerdotes y augures de Roma o Grecia no tenían el derecho de exigir a Cicerón o a Sócrates que creyeran en la absurda mitología del vulgo. Todos los imanes del Islam no tienen el derecho de pedir a un infiel que crea que Gabriel dictó el Corán al Profeta. Todos los brahmanes que hayan vivido, si se juntasen en un cónclave como los cardenales, no podrían reclamar para sí el derecho a obligar a un solo humano a creer en la cosmogonía hindú. Ningún hombre ni institución humana puede ser infalible ni estar autorizada a decidir sobre lo que otros hombres creerán ni sobre ningún principio de fe. Excepto para aquellos que son los primeros en recibirlo, cualquier religión y la verdad de todas las escrituras inspiradas dependen del testimonio humano y de evidencias internas para ser juzgadas por la Razón y las sabias analogías de la Fe. Cada hombre debe necesariamente tener el derecho de juzgar la verdad por sí mismo, pues ningún hombre tiene mejor o más alto derecho a juzgar que otro de igual información e inteligencia.

Domiciano proclamaba ser el Señor Dios, y se encontraron estatuas e imágenes suyas, de oro y plata, a lo largo del orbe conocido. Exigía ser considerado como Dios de todos los hombres y, según Suetonio, comenzaba sus cartas de este modo: «Nuestro Señor y Dios ordena que esto se haga de este modo», y decretó formalmente que nadie se le dirigiera de otro modo, ni oralmente ni por escrito. Palfurio Sura, el filósofo que era su principal delator y acusaba a aquellos que rehusaban reconocer su divinidad, por mucho que él haya creído en esa divinidad no tenía el derecho de pedir a un simple cristiano de Roma o las provincias que compartiese su creencia.

La Razón está lejos de ser la única guía, tanto en ciencia política como en moral. El amor y la suavidad deben acompañarla para prevenir a aquellos que, por poseer una moralidad demasiado

ascética y unos principios políticos extremistas, desembocan invariablemente en el fanatismo, la intolerancia y las persecuciones. Debemos también tener fe en nosotros mismos, en nuestros compañeros y en el pueblo, o nos descorazonaremos fácilmente ante los reveses y nuestro ardor se enfriará ante los obstáculos. No debemos escuchar únicamente a la Razón, pues la Fuerza tiene su origen más en la Fe y en el Amor, y es por la ayuda de estas que el hombre escala las más altas cimas de la moralidad o se convierte en Salvador y Redentor de un pueblo. La Razón debe llevar el timón, pero la Fe y el Amor proveen la fuerza motriz y son las alas del alma. El entusiasmo es generalmente irracional, y sin él, al igual que sin el Amor ni la Fe, no habrían existido ni Rienzi, ni Tell, ni Sidney, ni ningún otro de los grandes patriotas cuyos nombres son inmortales. Si la Deidad hubiese sido únicamente omnisciente y todopoderosa, nunca hubiese creado el Universo.

* * * * * *

Es el Genio lo que otorga el Poder, y sus primeros tenientes son la Fuerza y la Sabiduría. El hombre más ácrata se doblega ante el líder que tiene el sentido de ver y la voluntad de hacer. Es el Genio lo que gobierna con el Poder Divino que desvela los misterios ocultos humanos, deshace con su palabra los grandes nudos y con su misma palabra construye sobre las ruinas desmoronadas. Ante su presencia caen los ídolos sin sentido, cuyos altares han estado encumbrados en todas las cimas y en todos los bosques. La indignidad y la debilidad se avergüenzan ante él, y su simple «Si» o «No» revoca errores ancestrales, y se le escucha entre las generaciones futuras. Su poder es inmenso porque su sabiduría es inmensa. El Genio es el Sol de la esfera política. La Fuerza y la Sabiduría son los ministros que

llevan la luz a la oscuridad, que responde reflejando nítidamente la Verdad.

El Progreso está simbolizado por el uso del Mazo y el Cincel; el progreso de las energías y el intelecto, del individuo y el pueblo. El Genio puede situarse por sí mismo a la cabeza de una nación iletrada, inculta y apática; pero en una nación libre cultivar el intelecto de aquellos que eligen es el único modo de asegurar el intelecto y el genio en aquellos que gobiernan. El mundo rara vez es regido por espíritus realmente notables, tan solo tras la disolución y nacimiento de un nuevo régimen. En períodos de transición y agitación, los Robespierres, Marats y las mediocridades del intelecto ostentan con demasiada frecuencia el poder. Los Cromwells y los Napoleones vienen después. Tras Mario, Sila y el orador Cicerón, llegó César. La gran inteligencia es a menudo demasiado aguda para el granito de esta vida. Los legisladores pueden ser hombres muy ordinarios, pues legislar es un trabajo muy ordinario. No es sino el resultado final de un sinnúmero de cerebros. El poder del dinero y la espada es pobre y despreciable si lo comparamos con el poder del espíritu. Al igual que la tierra puede ordenarse con leyes agrarias basta con hacer una partición equitativa para satisfacerlo. Pero el entendimiento de un hombre es todo su ser, recibido directamente de Dios, y es un dominio inalienable. El entendimiento es la más potente de las armas en manos de un paladín. Si el pueblo comprende la Fuerza en el sentido físico, ¡cuánto más reverenciarán la Fuerza intelectual! Preguntad a Hildebrand, Lutero o Ignacio de Loyola. Caen prosternados ante esa fuerza, como antes ante los ídolos. El señorío de la mente sobre la mente es la única conquista que merece la pena. La conquista por la fuerza hiere a la mente y se disuelve en unsuspiro. Por su misma brusquedad cae y se rompe finalmente. Esto apenas refleja el dominio del Creador, que no necesita personajes como Pedro el Ermitaño. Si la corriente es brillante y fuerte cubrirá como la marea

el corazón del pueblo. La fascinación no se origina únicamente en la oratoria, sino también en el acto intelectual. Es el reconocimiento a lo Invisible. Este poder, anudado al amor, es la cadena dorada arrojada al pozo de la Verdad, la cadena invisible que une a los hombres de toda condición.

La influencia del hombre sobre el hombre es una ley de la naturaleza, sea a través de lo económico o del intelecto. Puede significar esclavitud, una excepción al elevado juicio humano. La sociedad depende de todos los que la componen, como las esferas celestiales en su movimiento. La nación libre, en la que gobiernan el intelecto y el genio, perdura; pero donde estos están sometidos y otras influencias gobiernan, la vida de la nación es corta. Todas las naciones que han intentado gobernarse a sí mismas por los de menor talla, por los incapaces, o sencillamente por los respetables, no han llegado a nada. Las constituciones y las leyes, sin el genio y el intelecto para gobernar, no impedirán el decaimiento; en ese caso, se pudren paulatinamente y la vida de la nación se desvanece poco a poco.

Garantizar a una nación la franquicia del Intelecto es el único modo seguro de perpetuar la libertad. Esto moverá a los más altos responsables al esfuerzo y al cuidado generoso del pueblo, y a los de abajo a una lealtad inteligente y honorable. Entonces la vida política pública protegerá a todos los hombres de degradarse en búsquedas sensuales, actos vulgares e indigna codicia al proporcionar la noble ambición de un gobierno justo que impere sobre todas las cosas. Elevar al pueblo por medio de la enseñanza del Amor y la Sabiduría, potenciando a aquel que mejor lo enseña y desarrollar un estado libre a partir de la piedra bruta, esta es la gran labor en la que la masonería desea cooperar. Todos deberíamos trabajar para construir el gran monumento de una nación, la Sagrada Casa del Templo. Las virtudes cardinales no deben repartirse entre unos

pocos, sino que todos son aprendices del Deber y el Honor.

La Masonería es una marcha y una lucha hacia la Luz. Para el individuo, así como para la nación, la Luz es Virtud, Virilidad, Inteligencia, Libertad. La tiranía sobre el alma o el cuerpo es oscuridad. El pueblo más libre, así como el hombre más libre, siempre está en peligro de involucionar a la esclavitud. Las guerras son casi siempre fatales para las repúblicas, pues crean tiranos y consolidan su poder. Nacen, sobre todo, de malas decisiones. Cuando el poder es confiado a gobernantes de escasa talla y abyectos, la legislación y la administración se convierten en dos caminos paralelos de errores y desaciertos que desembocan en la guerra, la calamidad y la necesidad de un tirano. Cuando la nación siente que sus pies están resbalando hacia a atrás, como si caminasen sobre hielo, entonces ha llegado el momento para un supremo esfuerzo. Los magníficos tiranos del pasado no son sino los modelos del futuro. Los hombres y las naciones se entregarán siempre a la esclavitud para satisfacer sus pasiones y sus venganzas. El argumento que esgrime el tirano para justificarse, la necesidad, siempre está a mano. Y una vez en el poder, la exigencia de garantizar su propia seguridad lo convierte en salvaje. La Religión es un poder que él debe controlar, pues los santuarios podrían rebelarse si se les deja obrar con independencia. Entonces se convierte en ilegal para el pueblo adorar a Dios a su propia manera, y los viejos despotismos espirituales reviven. Los hombres deben creer tal y como el Poder desea, y si no, deben morir; e incluso aunque puedan creer según su voluntad, todos tienen tierra, casa, alma y cuerpo, todos estampados con el sello real. «El estado soy yo —dijo Luis XIV a sus súbditos—; las mismas camisas que lleváis sobre vuestros hombros son mías, y puedo tomarlas si quiero».

Y las dinastías así establecidas perduran, como la de los césares de Roma, los césares de Constantinopla, los califas, los Estuardo, los

españoles, los godos, los Valois, hasta que su curso se agota y finaliza con lunáticos e idiotas que continúan gobernando. No hay acuerdo entre los hombres para acabar con la terrible atadura. El Estado se desploma hacia adentro así como hacia fuera en una tormenta de elementos incoherentes. Las furiosas pasiones humanas, la latente indolencia humana, la impasible ignorancia humana, la rivalidad entre castas humanas son tan útiles a los reyes como las espadas de los paladines. Los adoradores se han inclinado durante tanto tiempo ante el viejo ídolo que no pueden salir a la calle y escoger un nuevo Gran Lama. Y así el estado exhausto flota río abajo sobre la corriente de agua cenagosa del Tiempo, hasta que la tempestad o la marea dejen al descubierto que el gusano se ha consumido y se deshace en el olvido.

* * * * * *

La Libertad civil y la Libertad religiosa deben ir de la mano. La persecución madura a ambas. Un pueblo satisfecho con los pensamientos confeccionados para ellos por los sacerdotes de una iglesia estará satisfecho con una realeza investida de Derecho Divino, pues la Iglesia y el Trono se sostienen mutuamente. Ambos sofocarán cualquier cisma y recogerán los beneficios de la indiferencia y la deslealtad, y mientras la batalla por la Libertad se desarrolla a su alrededor, se encerrarán apáticamente en ellos mismos, siendo este profundo trance interrumpido ocasionalmente por furiosos episodios de locura seguida de extenuación.

Es fácil que reine el despotismo en una tierra que solo ha conocido un señor desde su infancia. Lo difícil es que el pueblo perfeccione y perpetúe un gobierno libre por sí mismo, pues para ello no hace falta solo un rey, sino quetodos deben ser reyes. Es fácil construir como

Masaniello, de forma que en unos días se pueda caer más bajo que al principio. Sin embargo, un gobierno libre se desarrolla lentamente, como las facultades humanas y los bosques, desde dentro del corazón hacia fuera. La Libertad es un derecho de nacimiento común a todos los seres humanos, pero se pierde por no ejercerla o por emplearla mal. Depende del esfuerzo universal mucho más que cualquier otro don humano. No hay un santuario o un manantial bendito para la nación, pues sus aguas deben fluir libremente de todo el suelo.

El poder del pueblo libre y su fuerza solo pueden calibrarse en la hora de la adversidad, a través de pruebas, sacrificios y expectativas. Se le ha entrenado para pensar y actuar por sí mismo. Cuando el pueblo esclavizado se echa a tierra ante el huracán, como bestias asustadas en el campo, el pueblo libre se alza firme ante él con la fuerza de la unidad, con confianza en sí mismo, con confianza mutua, con insolencia ante todo excepto la mano visible de Dios. Ni se desmoraliza ante la calamidad ni se regocija en el éxito. Esta gran capacidad de resistencia, esta templanza, paciencia y capacidad resolutiva solo se adquieren a través del ejercicio de todas las funciones, al igual que el sano vigor físico, al igual que el vigor moral del individuo.

Y esta máxima es tan cierta como antigua: que la vigilancia eterna es el precio de la libertad. Es curioso observar el pretexto universal en que se basan los tiranos de todos los tiempos para arrebatar las libertades a la nación. Está inscrito en las estatuas de Eduardo II: que los justicias y los guardias deben dejar de ser elegidos por el pueblo, habida cuenta de los tumultos y disensiones que han tenido lugar. La misma razón se esgrimió mucho antes para suprimir la elección popular de los obispos, y hay un testimonio de esta falsedad en tiempos aún más remotos, cundo Roma perdió su libertad, y los ciudadanos indignados declararon que la libertad tumultuosa es mejor que la tranquilidad viciada.

*    *    *    *    *    *

Con los compases y una regla podemos trazar todas las figuras empleadas en la matemática de planos, en lo que denominamos Geometría o Trigonometría, dos palabras que en realidad son deficientes en su significado. De la Geometría se afirma en la mayoría de las logias que significa *medida de la tierra*, mientras que la Trigonometría es la medida de los triángulos o figuras con tres lados o ángulos. Este segundo término es, con diferencia, el más adecuado para la ciencia a la que se suele denominar Geometría, pero tampoco tiene un significado suficientemente amplio. Pues aunque la medición de amplios espacios en la superficie de la tierra, y en las costas, por la que se evitan naufragios y calamidades a los marineros, se lleva a cabo por triangulación; y aunque era el mismo método que los astrónomos franceses empleaban para medir la latitud y así establecer una escala de medidas sobre una base absoluta; aunque es por medio del inmenso triángulo que tiene como base una línea trazada en la imaginación entre el lugar de la tierra ahora y su lugar en el espacio de aquí a seis meses, y como vértice un planeta o estrella, que nos es conocida la distancia desde la Tierra hasta Júpiter o Sirius; aunque existe un triángulo aún más vasto, cuya base se extiende desde nosotros hasta el horizonte y se proyecta hacia la inmensidad, y cuyo vértice se encuentra infinitamente distante sobre nosotros, al cual corresponde un triángulo infinito abajo *—lo que es arriba es igual a lo que es abajo, y la inmensidad es igual a la inmensidad—*, ni siquiera la Ciencia de los Números, a la que Pitágoras daba tanta importancia, y cuyos misterios se encuentran por doquier en las antiguas religiones, y principalmente en la Cábala y en la Biblia, ni siquiera ella está suficientemente expresada ni por la palabra «Geometría» ni por la palabra «Trigonometría», pues esa ciencia incluye las ya mencionadas, junto con la Aritmética, y

también el Álgebra, los logaritmos y el Cálculo Integral y Diferencial, y por medio de ellos se resuelven los grandes problemas de la Astronomía o las Leyes de las Estrellas.

* * * * * *

La Virtud exige una valentía heroica: hacer lo que se considera honesto a despecho de todos los enemigos de la carne o del espíritu, a pesar de todas las tentaciones o amenazas. El ser humano es responsable de la honradez de su doctrina, no de que esta sea realmente la más correcta. Es más fácil entusiasmarse devotamente que realizar una sola buena acción. La finalidad del pensamiento es la acción, y el único propósito de la Religión es crear una Ética. La teoría, en la ciencia política, no resulta de ningún valor, salvo por el propósito de ser llevada a la práctica.

En cualquier credo, sea religioso o político, así como en el alma del hombre, hay dos dominios, el Dialéctico y el Ético, y es únicamente cuando ambos están armoniosamente mezclados que se desarrolla una perfecta disciplina. Hay hombres que son dialécticamente cristianos, al igual que hay multitud que son dialécticamente masones, y sin embargo son éticamente infieles, pues su comportamiento ético es profano en el sentido más estricto: son creyentes intelectuales pero en la práctica son como ateos. Hay hombres que te escribirán «evidencias» en perfecta fe y en su lógica, pero no podrán llevar a cabo la doctrina cristiana o masónica, debido a la fuerza —o debilidad— de la carne. Por el contrario, hay muchos escépticos dialécticos pero éticamente creyentes, al igual que hay muchos masones que nunca han experimentado la ceremonia de iniciación; y como la ética es el fin y el propósito de la religión, resulta que esos creyentes éticos son los más valiosos. El

que obra bien es mejor que el que piensa bien.

Pero no hay que actuar sobre la hipótesis de que todos los hombres son hipócritas cuya conducta no cuadra con sus sentimientos. Ningún vicio es más raro que la hipocresía sistemática. Si el demagogo se convirtiese en usurpador, de ello no se deduciría que fuese un hipócrita todo el tiempo. Solo los hombres superficiales juzgan así a los otros.

La realidad es que el credo tiene en general muy poca influencia en la conducta del individuo, si se trata de religión, o en política si se trata de un partido. Por lo general el musulmán es bastante más honesto y digno de confianza que el cristiano, que acompaña el evangelio de amor en su boca con el ansia de persecución en su corazón. Hombres que creen en la condenación eterna y, literalmente, en un mar de fuego y azufre, se ganan la certeza de su condena, según su credo, en cuanto surge la más mínima tentación para sus apetitos o pasiones. La Predestinación insiste en la necesidad de las buenas obras. En Masonería, al más mínimo brote de pasión, uno critica al otro a sus espaldas, y obrando de forma tan lejana a lo que debería ser la hermandad de la Masonería Azul y a los solemnes compromisos contenidos en la palabra hermano, se llevan a cabo extraordinarios esfuerzos para mostrar que la masonería es una especie de abstracción que evita interferir en lo mundano. Puede considerarse como una regla universal que, en caso de poder elegir, un masón dará su voto e influencia, tanto en política como en los negocios, al profano menos cualificado en detrimento de un masón más cualificado. Uno prestará juramento para oponerse a cualquier usurpación ilegal de poder, tras lo cual se convertirá en diligente y deseoso instrumento del usurpador. Otro llamará al uno «Hermano» y después se comportará como Judas Iscariote, o le dará un golpe bajo con una falsa murmuración cuyo autor será imposible de conocer. La Masonería no cambia la naturaleza humana, y no

puede convertir a un bribón de nacimiento en un hombre honesto.

Mientras que todavía estáis ocupados en la preparación y acumulando principios para uso futuro, no olvidéis las palabras del apóstol Jaime: «Pues si uno escucha la palabra pero no la practica, es como un hombre que mira su rostro en un espejo, y se va, y al instante olvida qué clase de hombre era; pero aquel que mira en la perfecta ley de la libertad y no es un oyente olvidadizo sino que practica las obras, ese hombre será bendito en su trabajo». Si uno de entre vosotros aparenta ser religioso pero no pone freno a su boca y engaña a su propio corazón, la religión de este hombre es en vano. La Fe, sin hechos, está muerta, no siendo sino una abstracción. Un hombre se justifica por sus obras, y no sólo por la fe. Los demonios creen, y tiemblan, pues al igual que el cuerpo sin corazón está muerto, así es la fe sin obras.

* * * * * *

También en la ciencia política los gobiernos libres se erigen y se elaboran constituciones sobre una teoría sencilla e inteligible. Sea la que sea la teoría sobre la que se basen, no se puede alcanzar ninguna conclusión sólida salvo que esa teoría se lleve a cabo sin dudar y sin acobardarse, tanto en los razonamientos constitucionales como en la práctica. Achicarse ante la teoría verdadera por timidez, o distraerse de ella a través de las trampas de la lógica, o transgredirla por las pasiones o ante la necesidad o la conveniencia desemboca en la negación del derecho o en la invasión de normas que atacan a los principios básicos, en usurpación del poder legal y en renuncia y abdicación del poder legítimo.

No olvidéis tampoco que el superficial, aparente, impertinente y

pagado de sí mismo será siempre preferido, incluso en la mayor desgracia, peligro y calamidad del Estado, al hombre de sólida formación, gran intelecto y católicas amistades, pues el primero está más cerca del nivel popular y legislativo de los comunes, mientras que la verdad más elevada no es aceptable para la masa de los hombres.

Cuando preguntaron a Solón si había dado a sus paisanos las mejores leyes, él contestó: «les he dado las mejores que son capaces de recibir». Esta es una de las afirmaciones más profundas que han quedado registradas, y como todas las grandes verdades, tan sencilla que es rara vez comprendida. Contiene toda la filosofía de la Historia. Afirma una verdad que, de haber sido reconocida, habría ahorrado a los hombres una inmensidad de disputas vanas y estériles y les habría guiado por senderos de conocimiento más claros en el pasado. Esa frase significa que todas las verdades son verdades temporales y no verdades para la Eternidad, que cualquier gran hecho que haya tenido fuerza y vitalidad suficiente para suceder, sea de religión, moral, gobierno o de cualquier otra naturaleza, y que haya tenido un lugar en este mundo, ha sido una verdad para su tiempo, y tan buena como los hombres eran capaces de recibirla.

Igualmente sucede con los grandes hombres. El intelecto y capacidad de un pueblo se mide por el de los grandes hombres que la Providencia les otorga, y de quien lo reciben. Siempre ha habido hombres demasiado grandes para su tiempo o su pueblo. Los pueblos sólo convierten a esos hombres en ídolos, tal y como son capaces de entenderlos.

Imponer la ley o verdad ideal sobre un hombre incapaz y únicamente mundano es siempre un esfuerzo vano y vacío. Las leyes de la simpatía rigen en esto al igual que con los hombres que se

ponen al frente del gobierno. No sabemos, por el momento, qué cualidades exige la oveja a su líder. La masa tiene tan poca estima a aquellos que son demasiado elevados intelectualmente como poca estima tiene a las estrellas. Cuando Burke, el más sabio estadista que jamás ha tenido Inglaterra, subía al estrado para hablar, la Casa de los Comunes se vaciaba como respondiendo a una señal. Hay poca simpatía entre la masa y las más altas verdades. La más alta verdad, por ser incomprensible para el hombre mundano, igual que le resulta incomprensible el hombre más elevado, y por estar muy por encima de él, parecerá una falsedad irreal a un hombre vulgar. Las más profundas doctrinas del Cristianismo y la Filosofía no serían sino jerga y jerigonza para un indio potawatomi. Las explicaciones populares de los símbolos de la Masonería sirven para la multitud que acude en masa a los templos, pero exceden por completo su capacidad. El Catolicismo fue una verdad vital en su comienzo, pero se convirtió en obsoleto, y surgió el Protestantismo, que floreció e igualmente se deterioró. Las doctrinas de Zaratustra eran las mejores que los antiguos persas estaban preparados para recibir; las de Confucio estaban hechas a medida de los chinos; las de Mahoma a la medida de los árabes idólatras de su tiempo. Cada una era una verdad para su tiempo. Cada una era un evangelio proclamado por un reformista, y si cualquier hombre es tan poco afortunado como para contentarse solo con ello, cuando otros han alcanzado una más alta verdad, es su desgracia y no su error. Deben ser compadecidos por ello, y no perseguidos.

No esperéis convencer fácilmente a los hombres de la verdad, o conducirlos a pensar de forma correcta. El sutil intelecto humano puede arrojar sus brumas incluso sobre la visión más clara. Recordad que es si es difícil pedir unanimidad a un jurado, pedirla a un gran número de hombres de distintas fes políticas es increíble. A duras penas puedes conseguir que dos hombres concuerden en un congreso o en una convención. Más aún, rara vez llega uno a

concordar consigo mismo. La ideología política con más probabilidades de ser suprema en todas partes tiene un indefinido número de lenguas. ¿Cómo podemos esperar que los hombres coincidan en asuntos que van más allá de lo percibido por los sentidos? ¿Cómo podemos cuadrar lo Infinito y lo Invisible con una cadena de evidencia? ¡Preguntad a las pequeñas olas del mar qué es lo que murmuran entre los guijarros! ¿Cuántas de esas palabras que vienen de la costa invisible se pierden, como los pájaros, en la larga travesía? Debemos estar contentos, como lo están los niños, con los guijarros que quedan en la arena, pues nos está vedado explorar las profundidades ocultas.

Esto enseña especialmente a la Masonería Amarilla a no creerse demasiado sabios en su soberbia. Ser presuntuoso en estos asuntos es peor que ser ignorante. La humildad hace al masón. Toma un momento tranquilo y sereno de la vida, y junta las ideas de Orgullo y Hombre, y observa el resultado: una criatura de un palmo de tamaño que atisba el espacio infinito en toda la grandeza de la pequeñez. Sentado sobre una mota del Universo, cada viento del Cielo le golpea en la sangre con la frialdad de la muerte, y su alma abandona su cuerpo como una melodía. Día y noche, como el polvo en la rueda, él es transportado a lo largo de los cielos, a través de un laberinto de mundos, y todas las creaciones de Dios arden a ambos lados, más allá de lo que su imaginación es capaz de alcanzar. ¿Es esta criatura digna de hacer para sí misma una corona de gloria, es digna de negar su propia carne, de burlarse del hermano que ha salido con él del mismo polvo al que pronto volverán? ¿Acaso no yerra el orgulloso? ¿No sufre? ¿No muere? Cuando razona, ¿no le detienen las dificultades? Cuando actúa, ¿no sucumbe a las tentaciones del placer? Cuando vive, ¿no sufre? ¿Acaso no es presa de las enfermedades? Cuando muere ¿puede escapar de la tumba común? El orgullo no es el patrimonio del hombre. La Humildad debería acompañar a la fragilidad y expiar por la ignorancia, el error

y la imperfección.

Tampoco debería estar el masón demasiado ansioso de cargos y pompas, por mucho que se sepa capaz de servir al Estado. No debería ni buscar ni desdeñar los honores. Es bueno disfrutar de las bendiciones de la fortuna, pero es mejor someterse sin inmutarse a sus pérdidas. Los más grandes hechos no se hacen en el resplandor de la luz y ante los ojos del populacho. Aquel al que Dios ha dado el don de querer retirarse posee un sentido adicional, y entre las vastas y nobles escenas de la naturaleza encontramos el bálsamo para las heridas recibidas entre los impíos cambios de la política, pues elamor a la soledad es el más seguro resguardo ante los males de la vida.

Pero la Resignación es más noble en comparación, pues es la menos pasiva. El Retiro es solamente un egoísmo enfermizo si perjudica al esfuerzo de otros, y solo es digno y noble cuando es el resguardo desde donde los oráculos instruyen a la humanidad. El retiro de esta clase es la única reclusión que un hombre bueno y sabio ambicionará u ordenará. La misma filosofía que hace a tal hombre desear la quietud le hará evitar la inutilidad del ermitaño. Muy poco digno de alabanza habría parecido Lord Bolingbroke entre sus campesinos y jornaleros si entre campesinos y jornaleros hubiese contemplado con ojo indiferente a un ministro derrochador y un Parlamento corrupto. Muy poco interés habría concedido a sus alubias y algarrobas si las alubias y algarrobas le hubiesen hecho olvidar que, aun siendo más feliz en la granja, podía ser más útil en un Senado, y hubo de dejar al margen sus reticencias para ocuparse de la tarea legislativa y denunciar la corrupción.

Recordemos también que hay una educación que madura el Intelecto y deja el corazón más hueco o más compacto que antes. Hay lecciones éticas en las leyes de los cuerpos celestiales, en las

propiedades de los elementos terrestres, en la geografía, química, geología y todas las ciencias materiales. Las cosas son símbolos de verdades. Las propiedades son símbolos de verdades. La ciencia, cuando no enseña verdades morales y espirituales, está muerta y seca, y es de poco más valor que el que tenga dedicarse a aprender una larga fila de datos inconexos o los nombres de insectos y mariposas. Se dice que el Cristianismo comienza con la quema de los falsos dioses por parte del mismo pueblo. La educación comienza con la quema de nuestros ídolos intelectuales y morales: nuestros prejuicios, orgullos, nuestros propósitos vanos o innobles. Es especialmente necesario desprenderse del amor a las ganancias materiales. Con la Libertad llega el anhelo de progreso. En esa carrera los hombres están siempre cayendo, levantándose, corriendo y volviendo a caer. El ansia de riqueza y el abyecto terror de la pobreza ahondan los surcos de muchas mentes nobles. El jugador se hace viejo mientras observa las leyes del azar. El juego, por legal que sea, consume la juventud antes de tiempo. Los hombres viven, como los motores, a alta presión, cien años en cien meses. El libro de cuentas se convierte en su biblia y su agenda en su oficio religioso matutino.

De la codicia nacen prácticas agresivas y excesivas, tráfico deshumanizado donde el capitalista obtiene beneficio a costa de las vidas de los trabajadores, especulación que acuña la miseria de una nación en riqueza e ingeniería diabólica de Mamón. Esto, y la avaricia como profesión, son las dos columnas que flanquean la entrada al templo de Moloch. Es difícil saber si la segunda, que florece en falsedades, trampas y fraude, no es más perniciosa que la primera. En todo suceso discurren juntas e íntimamente unidas, y conforme van poseyendo al desafortunado individuo, su alma se marchita y decae hasta que finalmente muere. Las almas de la mitad de la raza humana abandonan a los hombres mucho antes de que mueran. Las dos miserias son lepras gemelas que ensucian al

hombre, y cuando quiera que surgen se extienden hasta que cubren toda la piel de aquel que contrajo la plaga, desde su cabeza a sus pies. Incluso la carne fresca del corazón se ensucia con ella.

* * * * * *

Alejandro de Macedonia ha dejado un proverbio que ha sobrevivido a sus conquistas: «Nada es más noble que el trabajo». Solo el trabajo puede hacer que incluso los reyes se mantengan respetables. Y cuando un rey es realmente un rey, es un honorable oficio estimular las formas y moral de una nación, proporcionar un patrón de conducta virtuosa y restaurar en el espíritu los viejos hábitos caballerescos en los que la humanidad se encamina hacia la verdadera grandeza. El trabajo y el salario irán juntos en la mente de los hombres en las más nobles instituciones. Siempre debemos ser fieles a la idea del verdadero trabajo. El descanso que sigue a la labor es más dulce que el descanso que sigue al ocio.

No dejemos a ningún Compañero imaginar que el trabajo en los asuntos menores y sin influencia no vale la pena de ser realizado. No hay límite legal a las posibles influencias de una buena obra, una palabra sabia o un esfuerzo generoso. Nada es realmente pequeño, y quien quiera que esté abierto a la profunda penetración de la naturaleza lo sabe. Aunque, desde luego, la filosofía no puede garantizar ninguna satisfacción absoluta, menos aún explicando las causas que los efectos, el hombre de pensamiento y contemplación cae en enigmáticos éxtasis al percibir la descomposición de fuerzas que fructifican en la Unidad. Todas trabajan para todas, y la destrucción no es aniquilación, sino regeneración. El álgebra se aplica a las nubes; la luz de las estrellas beneficia a la rosa; ningún

pensador osaría decir que el perfume del espino no tiene utilidad para las constelaciones, pues ¿quién es capaz de calcular el sendero de una molécula? ¿Cómo sabemos que las creaciones del mundo no están determinadas por la caída de los granos de arena? ¿Quién comprende el flujo y reflujo recíprocos entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, el eco de las causas primeras en los abismos del origen y las avalanchas de la Creación? Un gusano es digno de ser tenido en cuenta, lo pequeño es grande, lo grande es pequeño, todo está necesariamente en equilibrio. Hay maravillosas relaciones entre los seres y las cosas. En este Todo inabarcable, desde el sol hasta una larva, nada hay que sea despreciable: todo necesita a lo demás. La luz no lleva aromas terrestres a las profundidades azules sin saber qué sucede con ellas; la noche distribuye la esencia de las estrellas a los planetas durmientes. Cada pájaro que vuela lleva en sus garras el hilo de lo Infinito. La germinación incluye la incubación de un meteorito y el martilleo que anuncia a una golondrina rompiendo el cascarón, y nos lleva adelante, al nacimiento de una lombriz de tierra y al advenimiento de Sócrates. Donde el telescopio termina el microscopio comienza. ¿Cuál de ellos nos proporciona la mayor visión? Un poco de moho es una pléyade de flores, una nebulosa es un hormiguero de estrellas.

Hay la misma, incluso una más hermosa imbricación entre las cosas concernientes al intelecto y las cosas de la materia. Los elementos y principios están mezclados, combinados, fusionados, multiplicados unos por otros hasta tal punto que el mundo material y el mundo moral se contemplan desde la misma luz. Los sucesos vuelven sobre ellos mismos de forma perpetua. En las vastas dimensiones cósmicas la vida universal viene y va en cantidades desconocidas, embolsando todo en el misterio invisible de las emanaciones, sin perder ni un sueño al dormir, sembrando una ameba aquí, desmoronando una estrella allá, oscilando y ondeando en curvas, haciendo una fuerza de la Luz y un elemento del Pensamiento. Diseminada e indivisible,

lo disuelve todo excepto ese punto sin longitud, anchura o grosor. El Ser, que reduce todo al almaátomo, hace florecer todo hacia Dios, enreda todas las actividades, de la más alta a la más baja, en la oscuridad de un mecanismo vertiginoso, haciendo depender el vuelo de un insecto del movimiento de la Tierra; subordinando, quizá, aunque solo sea por las puras leyes, las excéntricas evoluciones de un cometa en el firmamento con los remolinos de un infusorio en una gota de agua. Se trata de un mecanismo hecho de mente, cuyo primer motor es el mosquito y cuya última rueda es el zodíaco.

Un niño campesino, guiando a Blücher por la carretera correcta entre las dos que había, y siendo la otra infranqueable por la artillería, le permite alcanzar Waterloo a tiempo de salvar a Wellington de una derrota que habría sido una descalabro aplastante, y así permitió a los reyes encarcelar a Napoleón en un islote pelado en medio del océano. Un herrero desleal, herrando de forma negligente su caballo, origina su cojera y, al tropezar, la carrera de su jinete conquistador finaliza y los destinos del imperio cambian. Un oficial generoso permite a un monarca prisionero finalizar su partida de ajedrez antes de conducirlo al cadalso, y mientras tanto el usurpador muere y el prisionero vuelve a ser coronado. Un artesano inhábil repara la brújula, o la malicia y la estupidez la desarreglan, la nave pierde su curso, las olas devoran a un emperador y se escribe un nuevo capítulo de la historia del mundo. Lo que llamamos accidente no es sino la cadena de diamante que une indisolublemente todas las cosas creadas. La langosta incubada en las arenas árabes y el pequeño gusano que se come el algodón, la una provocando la hambruna en el Oriente, la otra dejando los molinos parados y en la miseria a los trabajadores y sus hijos en Occidente y empujándoles a tumultos y revueltas, ambas son tan ministras de Dios como elterremoto; y el destino de las naciones depende más de ellas que de la inteligencia de sus reyes y legisladores. Una guerra civil en América terminará agitando el

mundo, y esa guerra puede ser causada por el voto de algún buscador de medallas o algún fanático enloquecido de una ciudad o del Congreso, o de un bárbaro de alguna oscura parroquia del campo. La electricidad de la simpatía universal, de la acción y reacción, lo domina todo, los planetas y el grano bajo la luz del sol. Fausto con sus escritos o Lutero con sus sermones lograron mayores resultados que Alejandro o Aníbal. Un simple pensamiento a veces basta para derrocar una dinastía. Una canción popular hizo más para deponer a Jaime II que no la connivencia de los obispos. Voltaire, Condorcet y Rousseau pronunciaron palabras que resonarán en los cambios y revoluciones a través de todos los tiempos.

Recordad que aunque la vida es breve, el Pensamiento y la influencia de lo que hacemos o decimos es inmortal, y que ningún cálculo pretende dar a conocer la ley de la proporción entre la causa y el efecto. El martillo de un herrero británico, al golpear a un funcionario insolente, comenzó una revuelta que a punto estuvo de convertirse en revolución. La palabra bien dicha, el hecho correctamente ejecutado, incluso por el más débil o el más humilde, no puede eludir tener su efecto, que es, en distinta medida, inevitable y eterno. Los ecos de las grandes hazañas pueden languidecer como los ecos de un grito entre los acantilados, y lo hecho parecer al juicio humano que no ha tenido resultado, mientras que el hombre más pobre puede encender, de forma inatendida, la mecha que llega hasta una mina subterránea y desgarrará un imperio con la explosión.

El poder de un pueblo libre está con frecuencia a disposición de un único individuo aparentemente irrelevante. Se trata de un poder terrible pero verídico, pues ese pueblo siente con un solo corazón, y por lo tanto puede levantar una miríada de brazos de un solo golpe. Y, de nuevo, no hay una escala para medir la influencia de los distintos intelectos sobre la mente popular. Pedro el Ermitaño era un desoficiado, pero ¡qué labor llevó a cabo!

* * * * * *

Desde el punto de vista político no hay más que un principio elemental: la soberanía del hombre sobre sí mismo. Esta soberanía de uno mismo sobre uno mismo se llama Libertad. Donde dos o más de estas soberanías se asocian comienza el Estado. Pero en esta asociación no hay abdicación, y cada una participa con una porción de la propia para formar el derecho común, siendo cada porción la misma para todos. Hay una contribución equitativa de todos para la soberanía conjunta. Esta identidad de cesión que cada uno hace para todos es la Igualdad. El derecho común no es ni más ni menos que la protección de todos, y arroja sus rayos sobre todos y cada uno. Esta protección de cada uno por parte de todos es la Fraternidad. La Libertad es la cima, la Igualdad es la base. La Igualdad no es únicamente vegetación en un mismo nivel, una sociedad de hierba verde y robles raquíticos, una vecindad de envidias castrándose unas a otras. Consiste, civilmente, en que todos tenga igualdad de oportunidades, políticamente, en que todos los votos tengan igual peso, y en lo religioso, que todas las conciencias tengan los mismos derechos.

La Igualdad tiene un instrumento básico: la enseñanza gratuita y obligatoria. Debemos comenzar con el derecho a la alfabetización, la enseñanza primaria obligatoria para todos, y la escuela secundaria disponible para todos. Así es la Ley. De una escuela igual para todos surge una sociedad igualitaria. ¡Instrucción! ¡Luz! Todo viene de la Luz y vuelve a ella.

Debemos conocer los pensamientos de la gente común si queremos ser sabios y hacer un buen trabajo. Debemos mirar a los hombres no por lo que la fortuna, con sus ojos ciegos, les ha dado, sino por los

dones que la Naturaleza les ha dado y por el uso que han hecho de ellos. Creemos que somos iguales en la Iglesia y en la Logia: seremos iguales ante los ojos de Dios cuando Él juzgue la Tierra. Bien debemos sentarnos todos juntos sobre el suelo aquí, en comunión y conferencia, durante los breves instantes que dura la vida.

Un gobierno democrático tiene indudablemente sus defectos porque está hecho y administrado por hombres, y no por dioses sabios. Tampoco puede ser conciso y tajante, como el gobierno despótico. Cuando su ira se despierta desarrolla su fuerza latente, y el rebelde más enconado tiembla. Pero su gobernar doméstico habitual es tolerante, paciente y contemporizador. Los hombres se juntan primero para diferir, y después para concordar. Afirmación, negación, discusión, solución: estos son los medios para alcanzar la verdad. A menudo la situación será crítica antes de que la charlatanería de los agitadores sea ahogada en el coro del consenso. En el despacho legislativo la deliberación se impondrá a menudo sobre la decisión. La Libertad puede hacer el tonto al igual que los tiranos.

Una sociedad refinada requiere una mayor minuciosidad en las normativas, y los escalones de los estados que avanzan se toman o bien de la vieja basura o bien de los nuevos materiales. La dificultad radica en descubrir el camino correcto entre el caos y la confusión. El ajuste de mutuos aciertos y errores es también más difícil en las democracias. No vemos ni evaluamos la importancia relativa de los objetos tan fácil y claramente desde el mismo nivel o la superficie ondulada como desde un alto o un pico solitario que domine la llanura, pues cada uno ve a través de su propia niebla.

La dependencia nociva del favor de los políticos es también demasiado común. Es tan miserable como abyecto depender del ministro o del favorito de un tirano. Es raro encontrar un hombre

que diga la pura verdad que hay en él, de forma honesta y franca, sin temor o favoritismo, sea hacia el emperador o hacia el pueblo. Más aún, en las asambleas de hombres, la fe en el otro esconde casi siempre un interés oculto, a no ser que la terrible presión de una calamidad o peligro produzca cohesión. Esta es la causa de que el poder constructivo de tales asambleas sea generalmente deficiente. Los mayores logros de la Europa moderna han sido derribando y derrocando, no construyendo. Pero revocar no es reformar. El tiempo traerá la reforma con hombres capaces de restaurar y reconstruir.

Se abusa abundantemente del discurso en las repúblicas; y si el uso del discurso es glorioso, su abuso es el más vil de los vicios. La Retórica, afirma Platón, es el arte de gobernar las mentes de los hombres. Pero en las democracias es demasiado común esconder los pensamientos en las palabras, revestirlas, parlotear sinsentidos. El oropel y destellos de vacías burbujas con aspecto intelectual son errores para los genios. La pirita sin valor es confundida constantemente con el oro. Incluso el intelecto es condescendiente con los malabares intelectuales, balanceando pensamientos como un equilibrista balancea pipas en su barbilla. En todos los congresos tenemos el inagotable flujo de parloteo, y las facciones se enredan clamorosamente en discusiones hasta que el divino poder del discurso, ese privilegio del hombre y gran regalo de Dios, no es mejor que el graznido de los loros o la mímica de los monos. El mejor orador, por muy fluido que sea, estará desnudo de hechos en el día de Juicio.

Hay hombres volubles como mujeres, y también hábiles para trepar con la lengua: prodigiosos en sus discursos, miserables en sus hechos. Demasiado hablar, como demasiado pensar, destruye la capacidad de actuar. En la naturaleza humana, el pensamiento solo se hace perfecto por el hecho, y el silencio es la madre de ambos. El

corneta no es el más valiente de los valientes. El acero, y no el latón, da la victoria. El gran factor de grandes hechos es generalmente lento y desaliñado en sus palabras. Hay algunos hombres nacidos y criados para traicionar. El patriotismo es su negocio, y su capital es el discurso. Pero ningún espíritu noble puede alegar como Pablo y ser falso en su contenido como Judas. La impostura gobierna las repúblicas muy a menudo: parecen estar siempre en minoría; sus guardianes se han nombrado a sí mismos, y el impío prospera mejor que el justo. El déspota, como el león rugiendo en la noche, ahoga todos los clamores de una vez, y el discurso, el derecho de nacimiento del hombre libre, se convierte en el adorno del esclavizado.

Es muy cierto que las repúblicas sólo ocasionalmente, como si fuese accidentalmente, eligen a sus más sabios, o al menos los menos incapaces entre los incapaces, para gobernar y legislar. Si el genio, armado con la sabiduría y el conocimiento, asume las riendas, el pueblo lo reverenciará. Si tan solo se ofrece modestamente para un cargo será golpeado en la cara aunque en las dificultades y en las tribulaciones de la agonía y la calamidad sea indispensable para la salvación del Estado. Ponle sobre la pista de carreras con el estrafalario y el superficial, el pagado de sí mismo, el ignorante, el indecente, el embaucador y el charlatán, y no habrá duda del resultado. Los veredictos de las asambleas y de pueblo son veredictos como los de los jurados: a veces correctos por accidente.
Los cargos, es cierto, caen como la lluvia del cielo sobre justos e injustos. Los augures romanos que solían reírse en la cara de los demás por la simplicidad del vulgo también eran timados en su propia astucia. Pero no hace falta ningún augur para llevar al pueblo por el camino descarriado, pues el pueblo con presteza se engaña a sí mismo. Permitid a una república comenzar como pueda e inmediatamente la imbecilidad será elevada a altos cargos; y el superficial y fingido, henchido por la noticia, invadirá todos los

santuarios. El partidismo menos escrupuloso prevalecerá incluso en lo concerniente a lo judicial, y se harán constantemente los acuerdos más injustos; aunque cada ascenso no adecuado no implica meramente un favor no merecido, puede escocer a más de cien personas honestas por la injusticia.

La nación es apuñalada en el pecho cuando aquellos elegidos para los asientos principales se escabullen en las galerías oscuras. Cada sello de Honor indebidamente tomado es robado del tesoro del mérito.

De hecho la entrada en el servicio público, así como la promoción en él, afecta tanto a los derechos de los individuos como a los de la nación. La injusticia al adjudicar o mantener cargos debería ser tan intolerable en las comunidades democráticas que el menor rastro de ella debería ser como el olor de la traición. No es universalmente cierto que todos los ciudadanos de igual carácter tienen un mismo deseo de llamar a la puerta de cada puesto público y pedir ser admitidos. Cuando cualquier hombre se presenta por sí mismo para el servicio tiene el derecho de aspirar al más alto cuerpo si puede mostrar su adecuación para tal comienzo y que es más apto que el resto de hombres que se ofrecen para el mismo puesto. La entrada al cargo solo puede hacerse en justicia a través de la puerta del mérito. Y cuando quiera que uno aspira y alcanza tan alto puesto, especialmente si lo consigue por medios indecentes e injustos, y después se demuestra que no es apto, debería ser decapitado inmediatamente, pues es el peor de los enemigos públicos.

Cuando un hombre se muestra como especialmente capaz, todos los demás deberían estar orgullosos de darle la debida precedencia. Cuando se emplea mal el poder de la promoción en los grandes asuntos, sea por el Pueblo, el Legislativo o el Ejecutivo, la decisión injusta se vuelve contra el juez. Esto no es tan solo una gran y

premeditada falta de visión que no pueden descubrir los que lo merecen. Si uno observa con calma y detenimiento, y honestamente, no fallará al discernir el mérito, el genio y la cualificación; y los ojos y voz de la prensa y el público deberían condenar y denunciar la injusticia donde quiera que asome su horrible cabeza.

«¡Las herramientas a los obreros!» Ningún otro principio salvará a la República de la destrucción, sea por guerra civil o por putrefacción. Las repúblicas tienden a decaer, hagamos todo lo que podamos para impedirlo, como si fuesen cuerpos humanos. Si se lleva a cabo el experimento de gobernarse por los más pequeños, las repúblicas resbalan cuesta abajo hacia el abismo inevitable a toda velocidad, y nunca ha habido una república que no haya seguido ese fatal desenlace.

Pero por muy palpables y gruesos que puedan ser los defectos de los gobiernos democráticos, y por fatales que los resultados finales e inevitables sean, solo necesitamos echar un vistazo a los reinados de Tiberio, Nerón, Calígula, Heliogábalo, Domiciano y Cómodo para reconocer que la diferencia entre la libertad y el despotismo es tan amplia como la que hay entre cielo e infierno. La crueldad, la maldad y la locura de los tiranos son increíbles. Permitid a aquel que se queja de los veleidosos humores e inconstancia de un pueblo libre leer la descripción del carácter de Domiciano que hace Plinio. Si el gran hombre en una república no puede acceder a la función pública sin emplear malas artes ni suplicar gimoteante ni emplear sutiles mentiras, permitidle permanecer retirado y empleando la pluma. Tácito y Juvenal no desempeñaban oficio, Dejad a la historia y a la sátira castigar al impostor y crucificar al déspota. Las venganzas del intelecto son terribles y justas. Dejemos a la masonería usar la pluma y la imprenta en el Estado libre contra el demagogo y en el despotismo contra el tirano. La historia ofrece ejemplos a seguir.

Toda la historia, durante cuatro mil años, ha estado llena de derechos violados y sufrimientos del pueblo, y cada período trae con él la protesta consiguiente. Bajo los césares no hubo insurrección, pero hubo Juvenal. Los estallidos de indignación reemplazaron a los gracos. Bajo los césares se produce el exilio de Siena. También está el autor de los Anales. Mientras los nerones reinan oscuramente deberían ser descritos así. El trabajo con el buril solo debería ser pálido; en las muescas debería verterse una prosa concentrada que muerda.

Los déspotas son una ayuda para los pensadores, pues el discurso encadenado es un discurso terrible. El escritor dobla o triplica su estilo cuando un señor impone el silencio al pueblo. De ese silencio surge una misteriosa plenitud que, partiendo de los pensamientos, se filtra y congela en bronce. La compresión en la historia produce concisión en el historiador. La solidez granítica de alguna celebrada prosa es solo condensación producida por el tirano. La tiranía obliga al escritor a acortar el diámetro, lo que aumenta la fuerza. El verso de Cicerón, apenas suficiente con Verres, resultó aún más conciso bajo Calígula.

El demagogo es el predecesor del déspota. Uno surge de las entrañas del otro. Aquel que adula taimadamente al que tiene un cargo que ofrecerle, traicionará como Judas Iscariote, y se revelará como un fracaso miserable y patético. Permitid a aquellos con limpia conciencia política fustigar a esos hombres como se merecen y que la historia los haga inmortales en la infamia, pues su influencia desemboca en la ruina. La república que emplea y enaltece al incapaz, al superficial, al abyecto, a quien se agacha a recoger los despojos de un cargo prometido, finalmente llora lágrimas de sangre por su fatal error.

De este error fatal, el fruto seguro es la condenación. ¡Permitamos a

la nobleza de cada corazón grande, condensada en justicia y verdad, golpear a tales criaturas como un trueno! Si no podéis hacer más, al menos podéis condenarlos con vuestro voto, y denunciarlos para que caigan en el ostracismo.

Realmente, como los zares son absolutos, tienen el poder de seleccionar a los mejores para el servicio público. Es cierto que el que inicia una dinastía generalmente obra así, y que cuando las monarquías están en su apogeo, el fraude y la incapacidad no prosperan y se hacen con el poder como sucede en las repúblicas. No todos parlotean en el Parlamento de un Reino, tal y como sucede en el Congreso de una democracia. Los incapaces no pasan desapercibidos durante toda su vida.

Pero las dinastías rápidamente decaen y se agotan. Al final menguan hacia la imbecilidad y los miembros del congreso apagados y frívolos se convierten en los acompañantes de la gran mayoría de reyes. El gran hombre, el Julio César, el Carlomagno, el Cromwell, el Napoleón, reina por derecho propio, pues es el más sabio y el más fuerte. Los incapaces y los débiles tienen éxito y son usurpadores, y el miedo los vuelve crueles. Tras César vinieron Caracalla y Galba; tras Carlomagno, el lunático Carlos VI. La dinastía sarracena se extinguió; los capetos, los estuardos, los borbones, el último de estos propiciando a Bomba, imitador de Domiciano.

* * * * * *

El hombre es cruel por naturaleza, como los tigres. El bárbaro, el que sirve a un tirano, y el civilizado fanático disfrutan con los sufrimientos del prójimo, igual que un niño disfruta con las

contorsiones de una mosca mutilada. El Poder Absoluto, una vez que teme por su seguridad, solo puede ser cruel.

Por lo general las dinastías cesan invariablemente en su poder tras unas pocas vidas. Se convierten en farsas gobernadas por ministros, favoritos o cortesanos, al igual que aquellos reyes etruscos que, durmiendo largo tiempo en sus ropajes reales dorados, desaparecieron con el primer rayo de sol. Permitid a aquel que se queja de los inconvenientes de la democracia preguntarse a sí mismo si preferiría a Du Barry o a Pompadour gobernar en nombre de Luis XV, o a Calígula nombrando cónsul a su caballo, o a Domiciano, «el monstruo más salvaje», que unas veces se bebía la sangre sus parientes y otras se dedicaba a despedazar a los más ilustres ciudadanos, que temblaban aterrorizados y temerosos, incapaces de dormir; un tirano de aspecto temible, de frente orgullosa, ojo ardiente, siempre deseoso de oscuridad y secretismo, y saliendo de su soledad únicamente para provocar más soledad. Después de todo, en un gobierno libre, las Leyes y la Constitución están por encima de los incapaces, los tribunales corrigen la legislación, y la posteridad es el Gran Inquisidor que lo juzga. ¿Qué es la exclusión de la valía, la inteligencia y el conocimiento de la función pública comparado con los juicios amañados, las torturas en oscuras mazmorras de la Inquisición, las matanzas del Duque de Alba en los Países bajos, la masacre de hugonotes en San Bartolomé o las vísperas sicilianas?

* * * * * *

El Abate Barruel declara, en sus Memorias para la Historia del Jacobismo, que la Masonería en Francia dio, como secreto propio,

las palabras Igualdad y Libertad, dejando a cada masón honesto y religioso interpretarlas según se ajustase a sus principios; pero se reservó el privilegio de desvelar en los más altos grados el significado de esas palabras, tal y como fueron interpretadas por la Revolución Francesa. Él salva a los masones ingleses de sus anatemas, pues en Inglaterra un masón es un individuo pacífico sometido a las autoridades civiles sin importar donde resida, y sin implicarse en complots o conspiraciones contra el que pudiera ser incluso el peor gobierno. Inglaterra, afirma, disgustada con una Igualdad y una Libertad cuyas consecuencias pudo sufrir en las luchas de sus lolardos, anabaptistas y presbiterianos, había «purgado su masonería» de toda doctrina encaminada a derrocar imperios; pero todavía quedan allí adeptos cuyos principios ácratas la ligan a los Antiguos Misterios.

Porque la verdadera masonería, sin castrar, enarbolaba las banderas de la Libertad y la Igualdad de Derechos, y estaba en rebelión contra cualquier tiranía temporal y espiritual, y por eso sus logias fueron proscritas en 1735 por un edicto de los Estados de Holanda; en 1737, Luis XIV las prohibió en Francia; en 1738, el Papa Clemente XII publicó contra los masones su famosa Bula de Excomunión, que fue renovada por Benedicto XIV; y en 1743 el Consejo de Berna también las proscribió. El título de la bula de Clemente es La condenación de las sociedades de conventículos de canteros libres o francmasones, bajo pena de excomunión ipso facto, quedando la absolución reservada exclusivamente al Papa salvo en caso de muerte. Y por ella todos los obispos, ordinarios e inquisidores quedaban autorizados para castigar a los francmasones «como vehementes sospechosos de herejía» y apelar a la ayuda, si fuese preciso, del brazo secular. O lo que es lo mismo, exigir a la autoridad civil que los condenase a muerte.

* * * * * *

Asimismo, las teorías políticas falsas y serviles embrutecen el Estado. Por ejemplo, adoptar la teoría de que los cargos y empleos públicos están para darse como recompensa por los servicios prestados al partido, de forma que pronto se convierten en la presa y el capricho de una facción, en el botín de la victoria de la facción, con lo que la lepra infecta la carne del Estado. El cuerpo de la Comunidad se convierte en una masa de corrupción, como una carroña viviente podrida con sífilis. Todas estas teorías inconsistentes condenan el cuerpo político a una enfermedad nauseabunda y aborrecible. El Estado, como el hombre, debe esforzarse constantemente para permanecer en el sendero de la virtud y la virilidad. El hábito electoralista y de mendigar cargos culmina en el soborno para los cargos y la corrupción en el desarrollo de sus funciones.

Un hombre elegido tiene la confianza visible de Dios tan claramente como si el encargo fuese hecho de forma notarial. Una nación no puede renunciar a ejecutar los decretos de la Divinidad. Ni tampoco puede la Masonería. Debe trabajar para cumplir su deber de forma sabia y consciente. Debemos recordar que, en los estados libres, así como en los despotismos, la injusticia, que es esposa de la opresión, es madre del engaño, desconfianza, odio, conspiración, traición y deslealtad. Incluso en el asedio de la tiranía debemos tener la Verdad y la Razón como nuestras principales armas. Debemos marchar a esa batalla como los antiguos puritanos, batallando también contra los abusos que igualmente afloran en un gobierno libre, con la espada flamígera en una mano y los oráculos de Dios en la otra.

El ciudadano que no puede cumplir con los pequeños propósitos de la vida pública, tampoco podrá dirigir los más grandes. El vasto

poder de resistencia, resignación, paciencia y acción de un pueblo libre es adquirido únicamente por el ejercicio continuado de todas sus funciones, como el vigor de un cuerpo humano saludable. Si los ciudadanos individuales no tienen esas virtudes, el estado estará igualmente desprovisto de ellas. Esta es la esencia de un gobierno libre: que el pueblo no se preocupe únicamente de hacer las leyes, sino también de que se ejecuten. Ningún hombre debería estar más deseoso de obedecer y administrar la ley que aquel que ha colaborado a hacerla. El ejercicio del gobierno se lleva a cabo para beneficio de todos, y todos y cada uno deben opinar y cooperar.

Recordad también, como otro escollo donde los estados encallan, que los estados libres siempre tienden a organizar a los ciudadanos en estratos, a crear castas, a perpetuar el jus divinum de ciertas ocupaciones para ciertas familias. Cuanto más democrático es el Estado, más cierto resulta este efecto, pues mientras los estados libres avanzan en su poder hay una fuerte tendencia hacia la centralización, no debida a intenciones perversas sino impuesta por los acontecimientos y por la indolencia de la naturaleza humana. Los poderes ejecutivos se hinchan y crecen de forma desmedida, siendo el Poder Ejecutivo además siempre agresivo con respecto a la nación. Los cargos funcionariales de todas clases se multiplican para recompensar a los partidarios, la fuerza bruta de la chusma y los estratos más bajos del vulgo obtiene amplia representación, primero en los departamentos inferiores y finalmente en los senados, y la burocracia eleva su cabeza calva, erizada de plumas y tinta, ceñida de gafas y adornada por cinta roja de archivar. La maestría para gobernar se convierte en un gremio, y sus guildas intentan monopolizarlo en exclusiva, tal y como sucedió en la Edad Media.

La ciencia política puede ser mejorada como materia especulativa, pero nunca debe separarse de las verdaderas necesidades nacionales. La ciencia del gobierno debe ser siempre práctica más que filosófica,

pues en el arte del gobierno no hay la misma cantidad de verdad universal positiva que hay en las ciencias abstractas, y lo que es verdad en un país puede ser muy falso en otro, y lo que es falso hoy puede ser verdadero en otra generación, y la verdad de hoy puede ser desautorizada por el juicio de mañana. Distinguir lo accidental de lo permanente, separar lo apropiado de lo inapropiado y progresar siempre que sea posible son los fines de la política. Pero sin verdadero conocimiento y experiencia aunada al trabajo, los sueños de los doctores políticos pueden no ser mejores que los de los doctores de la divinidad. El reinado de tal casta, con sus misterios, sus mirmidones y su influencia corruptora puede ser tan fatal como el de los déspotas. Treinta tiranos son treinta veces peor que uno.

Más aún, hay una fuerte tentación para los gobernantes de volverse tan perezosos y haraganes como el más débil de los reyes absolutos. Tan solo dales el poder de liberarse de los hombres grandes y sabios y les vendrá rápido el capricho de elegir a los poca talla, y todos se entregarán a la indolencia y a la indiferencia. El poder central, creado por el pueblo, organizado y taimado si no está iluminado, es el tribunal perpetuo erigido por el mismo pueblo para deshacer los errores y administrar justicia, pero pronto se provee de la maquinaria necesaria y está dispuesto para efectuar toda clase de injerencias, permaneciendo el pueblo como un niño toda la vida. El poder central debe adelantarse como un árbitro para prevenir esto. El pueblo puede ser también adverso a los cambios, demasiado vago para sus propios asuntos, injusto con una minoría o una mayoría. El poder central debe tomar las riendas cuando el pueblo las suelta. Francia se volvió centralista en su gobierno más por la apatía e ignorancia de su pueblo que por la tiranía de sus reyes. Cuando la vida de la más remota parroquia de pueblo se entrega a la custodia del Estado y la reparación del campanario requiere una orden escrita del poder central, el pueblo está senil y debilitado. De este modo los hombres son criados en la imbecilidad desde el amanecer de la vida

social. Cuando el gobierno central alimenta a parte del pueblo les está preparando a todos para ser esclavos, y cuando dirige asuntos de la parroquia y el condado ya están encadenados. El siguiente paso es regular el trabajo y sus salarios.

No obstante, a pesar de cualquier disparate que el pueblo libre pueda cometer, incluso el de poner el poder legislativo en las manos del poco competente y menos honesto, no hay que tener desesperanza del resultado final. El profesor terrible, la Experiencia, que escribe sus lecciones en los corazones desolados por la calamidad y retorcidos por la agonía, hará sabios a los hombres a tiempo. La pretensión indebida, la necedad y el mendigar votos algún día cesará de ser útil. ¡Tened Fe, y seguid luchando contra todas las influencias del mal y el desaliento! La Fe es la Salvadora y la Redentora de las naciones. Cuando la Cristiandad se había vuelto débil, sin provecho y sin poder, el restaurador árabe e iconoclasta llegó como un huracán limpiador. Cuando la batalla de Damasco estaba a punto de ser librada, el obispo cristiano, al amanecer, en sus ropajes, a la cabeza de su clero, con la Cruz antaño triunfante elevada en el aire, bajó a las puertas de la ciudad y dejó abierto ante el ejército el Testamento de Cristo. El general cristiano, Tomás, puso su mano sobre el libro y dijo: «¡Oh, Señor! ¡Si nuestra fe es verdadera ayúdanos y no nos en tregues a las manos de tus enemigos!». Pero Khaled, «la Espada de Dios», que había marchado de victoria en victoria, exclamó a sus soldados agotados: «¡Qué nadie duerma! ¡Habrá suficiente descanso en los viñedos del Paraíso! ¡Dulce será el descanso que ya nunca será seguido del trabajo!». La fe del árabe se había vuelto más fuerte que la del cristiano, y conquistó la ciudad.

La Espada es también, en la Biblia, emblema del Discurso o del sonido hablado del Pensamiento. De este modo, en esa visión o apocalipsis del sublime exilio de Patmos, que es una protesta en el nombre de lo ideal que abruma el mundo real y una sátira tremenda

pronunciada en nombre de la Religión y la Libertad y con su eco abrasador golpeando los tronos de los césares, una espada de dos filos sale de la boca del rostro del Hijo del Hombre, rodeada de siete candelabros y sosteniendo siete estrellas en su mano derecha. «El Señor —dice Isaías— ha convertido mi boca en espada afilada». «Les he dado muerte — dice Oseas— con las palabras de mi boca». «La Palabra de Dios —afirma el escritor de la carta a los hebreos— es rápida y poderosa, y más aguda que cualquier espada de doble filo, y penetra hasta partir en dos el alma y el espíritu». «La espada del espíritu es la Palabra de Dios», dice Pablo escribiendo a los cristianos de Éfeso. «Lucharé contra ellos con la espada de mi palabra», dice el ángel de la iglesia de Pérgamo en el Apocalipsis.

* * * * * *

El discurso hablado puede extenderse con tanta fuerza como una gran ola; pero, al igual que la ola, muere por fin débilmente en las arenas. Es escuchado por pocos, recordado aún por menos, y languidece como un eco en las montañas sin dejar un vestigio de poder. No es nada para los vivos ni para las generaciones venideras. Ha sido el discurso humano escrito el que ha dado poder y permanencia al pensamiento humano, y el que ha hecho que toda la historia humana sea como una sola vida individual.

Escribir en roca es escribir en un pergamino sólido, pero requiere un peregrinaje para verlo. No hay más que una copia, y el tiempo lo desgasta. Escribir en pieles o papiro no proporciona sino una copia tardía y solo al alcance de los ricos. Los chinos dejaron constancia no solo de la sabiduríá imperecedera de los antiguos sabios sino

también de los acontecimientos pasajeros. El proceso tendía a sofocar el pensamiento y a posponer el progreso, ya que hay un constante vagar en las mentes más sabias, y la Verdad escribe sus últimas palabras, no en tablillas limpias, sino en el garabato que el Error ha provocado y a menudo corregido.

La imprenta convirtió a las letras movibles en prolíficas. Desde entonces el orador hablaba visiblemente para las naciones que le escuchasen; y el autor escribió, como el Papa, sus decretos ecuménicos, urbi et orbi, y ordenó que fuesen expuestos en todos los mercados, permaneciendo, si lo deseaba, impenetrable a la vista humana. La perdición de las tiranías estaba desde entonces sellada. La sátira y la catilinaria se hicieron tan potentes como los ejércitos. Las manos invisibles de aquellos que escriben con pseudónimo pueden lanzar los truenos y hacer que los ministros tiemblen. Un susurro puede llenar la Tierra tan fácilmente como Demóstenes llenaba el ágora, y puede ser escuchado en las antípodas tan fácilmente como en la calle de al lado, pues viaja con el rayo bajo los océanos. Hace de la masa un solo hombre, le habla en su mismo lenguaje común y provoca una respuesta segura y sencilla. El discurso pasa al pensamiento, y de ahí con prontitud al acto. Una nación se convierte verdaderamente en un hombre, con un único corazón y pulso. Los hombres son invisibles para los demás, como si fuesen ya seres espirituales, y el pensador que se sienta en la soledad alpina, desconocido u olvidado por todo el mundo, entre los rebaños y colinas silenciosas,puede irradiar sus palabras a todas las ciudades y por todos los mares.

Escoge a los pensadores para que se conviertan en legisladores, y evita los charlatanes, pues la sabiduría rara vez es locuaz. La solidez y profundidad de pensamiento no favorecen la volubilidad. El superficial e insustancial es generalmente voluble y a menudo pasa por elocuente. A más palabras, menos pensamiento, esta es la regla

general. El hombre que intenta decir algo memorable a cada frase acaba siendo enojoso y condensa su discurso como Tácito. El vulgo desea un discurso más difuso. La ornamentación que no adorna la fuerza es una bagatela balbuceada.

Tampoco es de provecho a los hombres públicos la sutileza dialéctica. La fe cristiana tenía, más al principio que ahora, una sutileza que hubiese confundido a Platón y que ha rivalizado sin fruto contra la tradición mística de los rabinos judíos y los sabios indios. No es esto lo que convierte al pagano. Es una tarea vana emplear los grandes pensamientos de la tierra, como paja hueca, en los finos razonamientos de las disputas. No es esta clase de batalla la que vuelve la Cruz triunfante en los corazones de los no creyentes, sino el poder real que vive en la Fe.

Así, hay una escolástica política que es totalmente inútil. El ingenio de la sutil lógica rara vez mueve los corazones del pueblo o le convence. El verdadero apóstol de la Libertad, Igualdad y Fraternidad las convierte en un asunto de vida o muerte, y sus combates son como eran los de Bossuet: combates a muerte. El verdadero fuego apostólico es como el rayo: irradia destelleante convicción hacia el alma. La palabra verdadera es realmente una espada de dos filos. Los asuntos de gobierno y ciencia política solo pueden ser adecuadamente resueltos por una sólida razón y la lógica del sentido común, pero no el sentido común del ignorante, sino el del sabio. Los más agudos pensadores rara vez se convierten en líderes de los hombres. Una contraseña o un lema es más potente con el pueblo que la lógica, y más potente cuanto menos metafísico es. Cuando un profeta político surge para agitar los sueños de una nación estancada y apartarla del ocaso irremediable, para empujar la tierra como un terremoto y derribar los ídolos incoherentes de sus pedestales, entonces sus palabras vendrán directamente de la propia boca de Dios y atronarán las conciencias. Razonará, enseñará,

vigilará y gobernará. La auténtica Espada del Espíritu es más afilada que la más brillante hoja de Damasco. Tales hombres gobiernan un país en la fuerza de la justicia, con sabiduría y poder. Incluso los hombres de sutileza dialéctica a menudo administran bien, pues en la práctica olvidan sus finas teorías y usan la mordaz lógica del sentido común. Pero cuando el gran corazón y capaz intelecto se dejan oxidar en la vida privada y los pequeños abogados, los escandalosos políticos y aquellos que en sus ciudades solo serían ayudantes de notarios o abogados en tribunales de poca monta son elevados a legisladores nacionales, la nación está senil aunque la barba no haya surgido en su perilla.

En un país libre, el discurso humano necesita ser libre, y el Estado debe escuchar incoherencias del vulgo, graznidos de sus gansos y rebuznos de sus burros así como los oráculos de oro de sus hombres sabios y grandes. Incluso los antiguos reyes despóticos permitían a sus sabios locos decir lo que desearan. El verdadero alquimista extraerá lecciones de sabiduría del parloteo de la muchedumbre. Escuchará lo que cualquier hombre tenga que decir sobre cualquier tema a tratar, aunque el hablante demuestre ser el príncipe de los tontos, pues incluso el tonto a veces acierta. Hay algo de verdad en todos los hombres que no están obligados a reprimir sus espíritus y decir los pensamientos de otros. Incluso el dedo de un idiota puede señalar el gran camino.

Un pueblo, así como los sabios, debe aprender a olvidar. En caso de no aprender lo nuevo ni olvidar lo viejo, está condenado, incluso si ha sido excelente durante treinta generaciones.

Desaprender es aprender, y a veces es incluso necesario aprender de nuevo lo olvidado. Las payasadas de los locos ponen de relieve las actuales locuras, al igual que las caricaturas muestran lo ridículo de las modas y así ayudan a que caigan en el olvido. El bufón y el

chiflado son útiles en sus puestos. El artífice ingenioso y artesano, como Salomón, busca la tierra por sus materiales brutos, y transforma la materia deforme en magnífica factura.

El mundo se conquista por la cabeza aún más que por las manos, y ninguna asamblea hablará para siempre. Pasado el tiempo, cuando ha escuchado suficiente tiempo, pausadamente coloca a los tontos, los superficiales y los banales a un lado —o eso cree— y se pone a trabajar. El pensamiento humano, especialmente en las asambleas populares, discurre por los canales más enrevesados, siendo más difíciles de seguir que las corrientes del océano. Ninguna idea es tan absurda como para no encontrar eco aquí, y el maestro de obra debe manejar estas ideas y caprichos con su martillo a dos manos, pues se escurren del camino de las estocadas y son invulnerables a toda lógica. La maza o martillo, el hacha de batalla, la espada a dos manos deben dar cuenta de los disparates. El estoque no es más eficaz contra ellos que el garrote, a no ser que sea el estoque del ridículo.

La espada es también símbolo de la guerra y del soldado. Las guerras, como las tormentas, son a menudo necesarias para purificar la atmósfera estancada. La guerra no es un demonio sin remordimiento o recompensa, sino que restituye la hermandad en letras de fuego. Cuando los hombres están sentados en sus agradables hogares, sumidos es la comodidad y la indolencia, con las apariencias, la incapacidad y la pequeñez usurpando los altos puestos del Estado, la guerra es el bautismo de sangre y fuego, único camino por el que puede renovarse. Es el huracán que trae el equilibrio elemental, la concordia de Poder y Sabiduría. Mientras ambos continúen obstinadamente divorciados, la guerra seguirá dando escarmiento.

En la mutua llamada de las naciones a Dios hay un reconocimiento de su poder. Enciende los faros de la Fe y la Libertad, y calienta el

fuego por el que los más honestos y leales pasan a la gloria inmortal. Existe en la guerra la condena de la derrota, el inextinguible sentido del Deber, el conmovedor sentido del Honor, el sacrificio solemne y sin medida de los fieles y el incienso del éxito. Incluso en el humo y fuego de la batalla el masón descubre a su hermano y cumple las sagradas obligaciones de la Fraternidad.

El Dos, o la Dualidad, es el símbolo del antagonismo, del Bien y el Mal, de la Luz y la Oscuridad. Es Caín y Abel, Eva y Lilit, Jakim y Boaz, Ormuz y Ahriman, Osiris y Tifón.

El Tres, o tríada, está expresado principalmente por el triángulo equilátero y los triángulos rectángulos. Hay tres colores básicos en el arco iris, que entremezclados hacen siete. Estos tres colores son el azul, el amarillo y el rojo. La Trinidad de la Deidad, de un modo u otro, ha sido una constante en todos los credos. Ella crea, preserva y destruye. Es el poder generativo, la capacidad productiva y el resultado. El hombre inmaterial, según la Cábala, está compuesto de vitalidad o aliento de la vida, de alma o mente y de espíritu. La sal, el azufre y el mercurio son los grandes símbolos de los alquimistas. Para ellos el hombre era cuerpo, alma y espíritu.

El Cuatro está representado por el cuadrado o por un polígono de cuatro ángulos. Del simbólico Jardín del Edén fluía un río, dividido en cuatro arroyos: Pisón, que discurría en torno a la tierra del oro, o la luz; Gihón, que fluye alrededor de la tierra de Etiopía u Oscuridad; Hiddekel, que va en dirección al Este hacia Asiria; y el Eúfrates. Zacarías vio cuatro carros saliendo de entre dos montañas de bronce, del primero de los cuales tiraban caballos rojos, del segundo negros, del tercero blancos y del cuarto manchados: «y estos eranlos cuatro vientos de los cielos, que salen de donde están delante del Señor de toda la tierra». Ezequiel vio las cuatro criaturas vivientes, cada una con cuatro rostros y cuatro alas, los semblantes

de un hombre y un león, un buey y un águila, y las cuatro ruedas subiendo por sus cuatro lados; y San Juan contemplaba a las cuatro bestias llenas de ojos por delante y por detrás, el león, el joven buey, el hombre y el águila volando. El cuatro es el signo de la Tierra. Por ello, el salmo 148, de aquellos que deben ensalzar al Señor en la tierra, menciona cuatro veces cuatro, y en concreto cuatro criaturas vivientes. La naturaleza visible es descrita como las cuatro partes del mundo y las cuatro esquinas de la tierra. «Hay cuatro —sostiene un viejo proverbio judío— que ocupan el primer lugar en este mundo: el hombre entre las criaturas, el águila entre las aves, el buey entre el ganado y el león entre las bestias salvajes». Daniel vio cuatro grandes bestias salir del mar.

El Cinco es la dualidad añadida a la tríada. Es representada por la estrella de cinco puntas o Estrella Flamígera, la misteriosa Pentalfa de Pitágoras. Está conectada indisolublemente con el número Siete. Cristo alimentó a sus discípulos y a la multitud con cinco panes y dos peces, y sobraron doce, o lo que es lo mismo, cinco y siete, cestos llenos. Los cinco planetas aparentemente menores, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, junto con los dos mayores, el Sol y la Luna, constituyen las siete esferas celestes.

El Siete era el número particularmente sagrado. Había siete planetas y esferas presididas por siete ángeles. Había siete colores en el arco iris, y la deidad fenicia se llamaba Heptakis o Dios de los Siete Rayos; siete son los días de la semana y siete y cinco hacen los doce meses del año, las doce tribus y los doce apóstoles. Zacarías vio un candelabro dorado con siete llamas y siete brazos, y un olivo a cada lado, y dijo «los siete ojos del Señor se regocijarán y verán la plomada en la mano de Zerubabel». Juan, en el Apocalipsis, escribe siete epístolas a las siete iglesias. En las siete epístolas hay doce promesas. Lo que se dice a las iglesias alabándolas o culpándolas queda completo en el número tres. El dicho «el que tenga oídos para

oír», etc. Tiene diez palabras, divididas en tres y siete, y el siete en tres y cuatro, y las siete epístolas están también divididas así. También en los sellos, trompetas, y caminos de esta visión simbólica, los siete son divididos por cuatro y por tres. El que envía su mensaje a Éfeso «sostiene las siete estrellas en su mano derecha y camina entre las siete lámparas».

En seis días, o períodos, Dios creó el Universo, y descansó al séptimo día. De las bestias puras, Noé fue ordenado llevarlas de siete en siete al arca y en rebaños de siete, porque en siete días comenzaría el diluvio. En el decimoséptimo día del mes comenzó la lluvia y en el decimoséptimo día del séptimo mes el arca reposó en el monte Ararat. Cuando la paloma volvió, Noé esperó siete días antes de enviarla de nuevo. Y de nuevo siete días tardó en volver con la rama de olivo. Enoch fue el séptimo patriarca, Adán incluido, y Lamech vivió 777 años.

Había siete brazos en el gran candelabro del Templo y el Tabernáculo, representando los siete planetas. Moisés roció el altar con el óleo siete veces. Los días de consagración de Aarón y sus hijos fueron siete en número. Una mujer permanecía impura siete días después de dar a luz; un infectado de lepra era recluido siete días; siete veces el leproso era rociado con la sangre de un pájaro sacrificado, y siete días debe permanecer en el exterior, fuera de su tienda. Siete veces, al purificar al leproso, debía el sacerdote rociarle con óleo consagrado, y también debía asperjar siete veces la casa con sangre del pájaro sacrificado para que fuese purificada. La sangre del buey sacrificado era rociada siete veces sobre el cofre del Arca y siete veces sobre el altar. El séptimo año era un Sabbath de descanso, y al final de siete veces siete años vino el gran año de jubileo. Siete días comió el pueblo pan ázimo en el monte de Abib. Siete semanas se contaron desde el tiempo en que se segó el trigo. La Fiesta de los

Tabernáculos duraba siete días. Israel estaba en la mano de Medián siete años antes de que Gedeón lo entregase. El buey sacrificado por él tenía siete años. Sansón pidió a Dalila que le bendase los ojos con siete nudos, y ella ondeó los siete mechones de su pelo y después se los cortó. Balaam pidió a Barak que le construyese siete altares. Jacob sirvió siete años por Lea y siete por Raquel. Job tuvo siete hijos y tres hijas, lo que hace el número perfecto de diez. Asimismo tenía siete mil ovejas y tres mil camellos. Sus amigos se sentaron con él siete días y siete noches, y se les ordenó sacrificar siete bueyes y siete carneros; y de nuevo, al final, tuvo siete hijos y tres hijas, y dos veces siete mil ovejas, y vivió ciento cuarenta años, o dos veces siete veces diez años. El faraón vio en su sueño siete vacas gordas y siete vacas flacas, siete espigas de trigo sanas y siete espigas malditas, y hubo siete años de abundancia y siete de escasez. Jericó cayó cuando siete sacerdotes con siete trompetas caminaron alrededor de la ciudad durante siete días sucesivos, una vez cada día durante seis días y siete veces en el séptimo. «Los siete ojos del Señor —dice Zacarías— recorren toda la Tierra». A Salomón le llevó siete años construir el Templo. Siete ángeles, en el Apocalipsis, desencadenaron siete plagas de siete caminos de ira. La bestia de color escarlata sobre la que la mujer se sienta en la tierra salvaje tiene siete cabezas y diez cuernos, igual que la bestia que emerge del mar. Siete truenos elevan sus voces. Siete ángeles tocan siete trompetas. Siete lámparas de fuego, los siete espíritus de Dios, ardían ante el trono; y el Cordero que iba a ser sacrificado tenía siete cuernos y siete ojos.

Ocho es el primer cubo, el de dos. Nueve es el cuadrado de tres, representado por el triple triángulo.

El Diez incluye todos los otros números. Es especialmente siete y tres, y se le denomina número de la perfección. Pitágoras lo

representaba por el tetractys, que tenía muchos significados místicos. Este símbolo está compuesto a veces de puntos, a veces por comas o yods, y en la Cábala, de las letras del nombre de la Deidad, así dispuestos:

,

, ,

, , ,

, , , ,

*(ilustración original)*

Los patriarcas de Adán a Noé inclusive fueron diez en número, y el mismo número es el de los mandamientos.

Doce es el número de las líneas de igual longitud que forman un cubo. Es el número de los meses, las tribus, y los apóstoles. Es el número de los bueyes bajo el Mar de Bronce y de las piedras en el peto del sumo sacerdote.

* * * * * *

## III

# Maestro

* * * * * *

Interpretar literalmente los símbolos y alegorías de los textos orientales, así como considerarlos un asunto meramente prehistórico, es cerrar voluntariamente nuestros ojos a la Luz. Considerar los símbolos como algo trivial y banal es un error tremendo solo propio de los mediocres.

Toda expresión religiosa es simbolismo, dado que solo podemos describir lo que vemos, y el verdadero objeto de la religión es lo Visible. Los primeros instrumentos de educación fueron los símbolos; y tanto ellos como el resto de formas religiosas diferían, y todavía difieren, según las circunstancias externas y la imaginería, y según las diferencias de conocimiento y de cultura mental. Todo lenguaje es simbólico en tanto en cuanto se aplica a fenómenos y acciones mentales y espirituales. Todas las palabras tienen, en primer lugar, un sentido material, aunque sin embargo pueden adquirir posteriormente, para el ignorante, un sin sentido espiritual. «Retractar», por ejemplo, es tirar para atrás, y cuando se aplica a una frase es simbólico, tanto como lo sería una imagen de un brazo echado para atrás para explicar la misma cosa. La misma palabra «espíritu» significa «respirar», del verbo latín spiro, respirar.

Presentar un símbolo visible ante el ojo de otro no implica

necesariamente informarle del significado que ese símbolo tiene para ti. Por ello el filósofo pronto añadió a los símbolos explicaciones destinadas al oído y susceptibles de mayor precisión, pero menos efectivas e impactantes que las formas pintadas o esculpidas que él intentaba explicar. De estas explicaciones surgió gradualmente una variedad de narraciones cuyo objetivo y significado fueron paulatinamente olvidados o perdidos en contradicciones e incongruencias. Y cuando estas fueron abandonadas y la Filosofía recurrió a definiciones y fórmulas, su lenguaje no era sino un simbolismo más complicado que intentaba, a oscuras, describir y forcejear con ideas imposibles de ser expresadas. Pues sucede con el símbolo visible lo mismo que con la palabra: pronunciarla no te informa del significado exacto que tiene para mí; y por ello la religión y la filosofía se abocaron a grandes disputas sobre el significado de las palabras. La expresión más abstracta para la Deidad que el lenguaje puede ofrecer no es sino un signo o símbolo de algo más allá de nuestra comprensión, no más veraz y adecuado que las imágenes de Osiris y Vishnú, o sus nombres, salvo por ser menos explícito y perceptible por los sentidos. Evitamos nuestra dependencia de los sentidos recurriendo únicamente a la simple negación, y finalizamos por definir espíritu afirmando que no es materia. Espíritu es espíritu.

Un sencillo ejemplo del simbolismo de las palabras lo encontramos en un habitual texto de estudio masónico. Encontramos en el Rito Inglés esta frase: «Siempre cubriré, siempre ocultaré y nunca revelaré» *(I will ever hail, ever conceal and never reveal)*; y en el Catecismo, éstas:

Pregunta: Yo cubro *(I hail)*.
Respuesta: Yo oculto *(I conceal)*.

Y la ignorancia, malinterpretando la palabra *hail*,[4] ha interpolado la

4 Pike hace referencia al error debido a la polisemia de la palabra hail en inglés, pues significa tanto saludar como, en una acepción un tanto arcaica, cubrir.

frase «¿Desde dónde saludas?» *(From whence do you hail?).*

Pero la palabra es realmente hele, del verbo anglosajón *helan*, cubrir, esconder u ocultar, y esta palabra es traducida por el verbo latino tegere, cubrir o retejar. «No me ocultarás cosa alguna» *(That ye fro me no thynge woll hele)*, dice Gower. «No me cubren nada oculto» *(They hele fro me no priuyte)*, relata el Romance de la Rosa. «Cubrir una casa» es una frase habitual en Sussex, y en el oeste de Inglaterra, el que cubre una casa con pizarra se denomina cubridor, de lo que se deduce que cubrir significa lo mismo que retejar. Con esto se aprecia que el lenguaje es igualmente simbolismo, y las palabras son mal interpretadas y mal empleadas como lo son otros muchos materiales simbólicos.

El simbolismo tendía continuamente a hacerse más complicado, y todas las potencias del Cielo se reprodujeron en la tierra hasta que se tejió, en parte de forma elaborada y en parte por la ignorancia de los errores, una red de ficción y alegoría que el ingenio del hombre, con sus limitados medios de explicación, nunca deshará. Incluso el teísmo hebreo se involucró en el simbolismo y la adoración de imágenes, prestadas seguramente de algún credo anterior y de las remotas regiones de Asia. La adoración de la Gran DiosaNaturaleza semítica AL o ELS y las representaciones simbólicas del Mismo Jehová no se reducían al lenguaje poético o ilustrativo. Los sacerdotes eran monoteístas, el pueblo era idólatra.

Hay peligros inherentes al simbolismo y que nos ayudan a comprender los riesgos similares que conciernen al uso del lenguaje. La imaginación, a la que se apela para ayudar a la razón, usurpa su lugar o abandona a su aliado indefenso y enmarañado en su red. Los nombres que representaban a cosas son tomados por ellas, los medios se confunden con los fines y los instrumentos de interpretación por el objeto, y de esta manera los símbolos llegan a

usurpar un carácter independiente como verdades o como personas. Aunque quizá eran un sendero necesario, también eran un camino peligroso a través del cual aproximarse a la Deidad, camino en el que muchos, dice Plutarco, «confundiendo el signo por la cosa significada, cayeron en la ridícula superstición, mientras que otros, intentando evitar ese extremo, cayeron en el no menos horrendo mar de la irreligiosidad y la impiedad». Es a través de los misterios —sostiene Cicerón— como hemos aprendido los primeros principios de la vida; por ello el término iniciación está bien empleado; y los misterios no solo nos enseñan a vivir más feliz y agradablemente, sino que demás alivian el dolor de la muerte con la esperanza de una vida mejor en el más allá.

Los Misterios eran un drama sagrado que exponía alguna leyenda relativa a los cambios de la naturaleza, al universo visible en el que se revela la Divinidad, y cuyo significado en muchos aspectos era tan abierto a los paganos como a los cristianos. La Naturaleza es la gran maestra del hombre, pues es la Revelación de Dios. La Naturaleza ni dogmatiza ni intenta tiranizar obligando a creer en un credo particular o en una especial interpretación. Nos presenta sus símbolos, y no añade nada a través de una explicación. Es el texto sin el comentario; y como sabemos, es principalmente el comentario y la glosa lo que lleva al error, a la herejía y a la persecución. Los primeros maestros de la Humanidad no solo adoptaron las lecciones de la Naturaleza, sino también en todo cuanto les fue posible su método de impartirlas. En los misterios, más allá de las tradiciones de su época y los rituales sagrados y enigmáticos de los templos, pocas explicaciones se daba a los espectadores, a los que se dejaba, como en la escuela de la naturaleza, hacer inferencias por ellos mismos. Ningún otro método podría haber venido mejor a cada grado de cultura y capacidad. Emplear el simbolismo de la naturaleza en lugar de los tecnicismos del lenguaje es fructífero para el más humilde buscador de sabiduría y revela los secretos a cada

uno en proporción a su preparación previa y su capacidad de comprensión. Si su significado filosófico estaba por encima de la comprensión de algunos, su contenido político y moral sí estaban dentro del alcance de todos.

Estas representaciones místicas no consistían en la lectura de un texto, sino en el planteamiento de un problema. Al necesitar investigación, estaban calculadas para poner en marcha el intelecto dormido, e implicaba no tener reticencias hacia la Filosofía, pues la Filosofía es el gran difusor del simbolismo, aunque sus interpretaciones antiguas estaban a menudo mal fundadas y eran incorrectas. La alteración del símbolo en dogma es fatal para la belleza de la expresión, y conduce a la intolerancia y a la pretensión de infalibilidad.

* * * * * *

Si al enseñar la gran doctrina de la naturaleza divina del Alma, y al intentar explicar los anhelos para la vida más allá de la muerte, y al demostrar la superioridad del alma humana sobre la de los animales, que no tienen aspiraciones celestiales, los antiguos lucharon en vano por expresar la naturaleza del alma comparándola con el Fuego o la Luz, no nos vendría mal plantearnos si, en nuestro presuntuoso conocimiento, tenemos alguna idea mejor o más nítida de su esencia, o si hemos asumido, desesperanzados, que nunca sabremos nada. Si bien los antiguos erraron en la ubicación original del alma e interpretaron literalmente la forma y manera de su descenso a este mundo, estos aspectos no eran más que accesorios a la gran Verdad, y probablemente para los iniciados meras alegorías diseñadas para

hacer la idea más palpable y causar mayor impresión en la mente. No son más merecedores de ser observados con la sonrisa del ignorante engreído, o con la condescendencia de aquellos cuyo conocimiento consiste solamente en palabrería, que el Seno de Abraham como hogar para las almas de los que acaban de morir; o el mar de fuego real para la tortura eterna de las almas; o la Ciudad de la Nueva Jerusalén, con sus muros de jaspe y sus edificios de oro puro como cristal transparente, sus cimientos de piedras preciosas y sus puertas hechas cada una por una única perla. «Conocí a un hombre —dice Pablo— que estuvo en el Tercer Cielo... que fue y volvió del Paraíso, y escuchó palabras inefables que un hombre no puede pronunciar». Y en ninguna parte aparece el antagonismo y el conflicto entre el cuerpo y el espíritu más frecuente e insistentemente que en los escritos del apóstol, y en ninguna parte se afirma más la naturaleza divina del alma. «Con la mente —dice Pablo— sirvo a la ley de Dios, pero con la carne sirvo a la ley del pecado... Porque los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios... Porque el continuo anhelar de las criaturas espera la manifestación de los hijos de Dios... Que también las mismas criaturas serán liberadas de la servidumbre de la corrupción de la carne en la libertad gloriosa de los hijos de Dios».

* * * * * *

Dos formas de gobierno favorecen la primacía de la falsedad y la mentira. Bajo el Despotismo, los hombres son falsos, traicioneros y mentirosos por efecto del miedo, como esclavos temerosos del látigo. Bajo una Democracia lo son igualmente, pero como medio de alcanzar popularidad y cargos, así como por la codicia de riqueza. La experiencia probablemente demostrará que estos vicios odiosos y

detestables crecen más ampliamente y se extienden más rápidamente en una república. Cuando los cargos y las riquezas se convierten en los dioses de un pueblo, y los menos valiosos e ineptos aspiran a los primeros, y el fraude se convierte en camino para la segunda, la nación apestará a falsedad y sudará mentiras y estafas. Si los cargos son accesibles a todos, el mérito, la integridad minuciosa y el honor inmaculado los alcanzará solo rara vez y por accidente. Ser capaz del servir bien al país dejará de ser una razón por la que los grandes, sabios y preparados sean elegidos para prestar ese servicio, y se fomentarán otras habilidades menos honorables: adaptar las opiniones propias al humor popular; sostener, excusar y justificar las locuras populares; defender únicamente el interés propio y aquello que nos granjea el aplauso; mimar, embaucar y halagar al elector, mendigar su voto como un perrito faldero aunque sea de un negro sacado de la barbarie; profesar amistad a un competidor y apuñalarle por la espalda con murmuraciones; poner en circulación maledicencias que al pasar de mano en mano se convertirán en mentiras que se irán deformando al ir de boca en boca. ¿Quién de entre nosotros no ha visto estas malas artes y perversas maquinaciones puestas en práctica y convirtiéndose en algo general, de forma que el éxito no se podía conseguir, seguramente, por medios más honorables? El resultado es un Estado regido por los ignorantes y mediocres, por presuntuosos engreídos y por la inexperiencia del intelecto inmaduro y vano de colegiales de palabras aparentemente sabias pero sin fundamento.

La deslealtad y la falsedad en la vida pública y política se tornará deslealtad y falsedad en lo privado. El timador en la política, como el timador en las apuestas, está podrido desde la piel al corazón. En cualquier lugar él mirará primero por sus intereses, y quien quiera que se apoya en él será atravesado con una caña rota. Su ambición es innoble, como él mismo, y por lo tanto pretenderá obtener el cargo

por medios innobles, igual que intentará obtener cualquier objeto codiciado: tierras, dinero o reputación.

A la larga, el cargo y el honor están divorciados. El lugar que se considera digno de ser ocupado por el inepto e incapaz, el truhán y el embaucador, cesa de tener valor y alentar la ambición del grande y capaz; o si no, se echan atrás ante un concurso en el que las armas a usar no son dignas de ser manejadas por un caballero. Entonces los hábitos de abogados sin escrúpulos echan raíces en los senados, y los politicastros se enzarzan en riñas sobre pequeñeces cuando el destino de la nación y la vida de millones de ciudadanos está en la picota. Los estados son engendrados por la villanía y crecen en el fraude, y los truhanes son exaltados por legisladores que claman por su honorabilidad. Las elecciones acaban siendo decididas por votos perjuros o intereses partidistas, y las prácticas de los peores tiempos de corrupción se reviven, exageradas, en las repúblicas.

¡Es extraño que el amor reverencial a la verdad, la hombría y la auténtica lealtad, la abominación de la pequeñez y de la ventaja desleal, así como la genuina fe, la piedad y la grandeza de espíritu tengan que disminuir entre los hombres de estado y el pueblo a medida que la civilización avanza, la libertad se generaliza y el sufragio universal implica valía y aptitud universal! En los tiempos de la reina Isabel, sin sufragio universal y sin Sociedades para la Difusión del Conocimiento Útil, o lecturas públicas, o Liceos, el estadista, el mercader, el burgués y el marinero eran todos igual de heroicos y temían únicamente a Dios y no a los hombres. Permitid que no pasen más de cien o doscientos años, y tanto en una monarquía como en una república de la misma especie no habrá nada menos heroico que el mercader, el astuto especulador, el arribista, temiendo todos únicamente a los hombres, y nunca a Dios. La admiración por la grandeza se extingue y es sustituida por

una pérfida envidia de la grandeza. Todos los hombres se encuentran o bien en el sendero de la riqueza o bien en el de la popularidad. Hay un sentimiento general de satisfacción cuando un gran estadista es desplazado o, en general, cuando el que ha disfrutado de su momento de gloria, convirtiéndose en ídolo popular, cae en desgracia y se hunde desde su alta posición. Se convierte en un infortunio, si no en un crimen, estar por encima del nivel popular.

Deberíamos suponer, naturalmente, que la nación que se encuentra en tribulaciones buscaría el consejo del más sabio de sus hijos. Pero, por el contrario, los grandes hombres nunca parecen tan escasos como cuando más se les necesita, y los personajes de escasa talla nunca son tan osados para infestar el Estado como cuando la mediocridad, la ambición incapaz, la inmadurez engreída y la incompetencia animada y ostentosa resultan más peligrosas. Cuando Francia se encontraba al final de su agonía revolucionaria, era regida por una asamblea de petimetres de provincias, y Robespierre, Marat y Couthon gobernaban en lugar de Mirabeau, Vergniaud y Carnot. Inglaterra fue gobernada por el Parlamento Purgado tras haber decapitado a su rey. Cromwell acabó con esta asamblea, y Napoleón con la anterior.

El fraude, la falsedad, las artimañas y la mentira en los asuntos de la nación son síntomas de decadencia en los Estados y precede a la convulsión y la parálisis. Intimidar al débil y agacharse ante el fuerte es la política de las naciones gobernadas por las pequeñas mediocridades. Las artimañas de las elecciones vuelven a representarse en los senados y el Ejecutivo se convierte en dispensador de cargos y patrocinador, principalmente, de los más incapaces, de forma que los hombres son sobornados con cargos en lugar de dinero, para mayor ruina de la comunidad. Lo Divino

desaparece de la naturaleza humana, y el interés, la avaricia y el egoísmo toman su lugar. Es una triste pero ilustrativa alegoría la que nos muestra a los compañeros de Ulises tornados en cerdos por los encantamientos de Circe.

* * * * * *

«No puedes —dice el Gran Maestro— servir a Dios y a Mamón». Cuando la sed de riquezas se generaliza, estas serán buscadas tanto honesta como deshonestamente, por fraudes y sin importar los medios, por las bribonadas del comercio y la frialdad de la especulación avariciosa, por el juego azaroso de acciones y valores que pronto desmoraliza a toda la comunidad. Los hombres especularán sobre las necesidades de sus vecinos y los sufrimientos de su nación. Burbujas que, de explotar, empobrecerían a las multitudes, serán reventadas por taimados truhanes, con la estupidez y la credulidad como sus ayudantes e instrumentos. Las grandes bancarrotas que sobresaltan a un país como terremotos, y peor aún, los nombramientos fraudulentos, la apropiación indebida de los ahorros de los pobres, la acuñación excesiva y hundimiento de la moneda, las quiebras bancarias y la depreciación de los títulos del estado hacen presa en los ahorros de los que se han esforzado y turban con su expolio el primer alimento de la infancia y las últimas arenas de la vida, y llenan de difuntos los cementerios y de enloquecidos los manicomios. Pero el estafador y el especulador prospera y engorda. Si su país declara una leva general porque está luchando por su propia existencia, él ayuda depreciando su papel moneda, de forma que pueda acumular cantidades fabulosas con

una inversión ínfima. Si su vecino está en apuros, compra su terreno por una miseria. Si administra un estado, este se vuelve insolvente, y los huérfanos quedan reducidos a la miseria. Si su banco explota, resulta que él ha tomado a tiempo medidas para protegerse. La sociedad adora a sus reyes de papel y crédito como los antiguos hindúes y egipcios adoraban a sus ídolos sin valor, y tanto más obsequiosamente cuanto más resultan ser los verdaderos pobres de una sociedad rica. No es preciso preguntarse por qué los hombres piensan que debe haber otro mundo en el que se pague por las injusticias de este, cuando ven a sus amigos de familias arruinadas mendigando a los acaudalados estafadores una limosna para que los huérfanos no mueran de hambre hasta que encuentren medios de valerse por sí mismos.

* * * * * *

Los estados están principalmente ávidos de comercio y territorio. Este ansia de territorio lleva a la violación de tratados, la invasión de los vecinos débiles y la rapacidad hacia los protectorados cuyas tierras codician. Las repúblicas son en esto tan rapaces y faltas de principios como los déspotas, y nunca aprenden de la historia que la expansión desmesurada por rapiña y fraude tiene como consecuencias inevitables el desmembramiento y la derrota. Cuando una república comienza a expoliar a sus vecinos, el epitafio de su propia condenación está escrito en las paredes. Hay un juicio ya pronunciado por Dios sobre cualquier conducta nacional que no se ajuste a derecho. Cuando la guerra civil rompe los órganos vitales de una república, échese la vista atrás y observad si no ha sido

culpable de injusticias; y si lo ha sido, ¡dejadla humillarse en el polvo! Cuando una nación es poseída por un espíritu de ansia mercantil más allá de los justos límites impuestos por la razonable prosperidad tanto individual como general, se trata de una nación poseída por el demonio de la avaricia comercial, una pasión tan innoble y vil como es la avaricia en el individuo; y como esta sórdida pasión es más perversa y exenta de escrúpulos que la ambición, resulta más deleznable, y finalmente provoca que la nación infectada sea contemplada como enemiga de la raza humana. Querer obtener la parte del león ha resultado siempre en la ruina de los estados, pues conduce invariablemente a injusticias que lo hacen parecer detestable, y a una política egoísta y torcida que impide a otras naciones ser amigas del estado que solo mira por sí mismo.

La avidez comercial en la India ha sido madre de más atrocidades y mayor rapacidad, y ha costado más vidas humanas, que la más noble ambición de extender el Imperio por parte de la Roma de los cónsules. La nación que se aferra al comercio no puede sino volverse egoísta, calculadora e inerte ante los más nobles impulsos que deberían mover a los estados. Aceptará insultos que agredan su honor antes que poner en peligro sus intereses mercantiles, mientras que para servir a estos intereses emprenderá guerras injustas bajo pretextos falsos y frívolos, y su pueblo libre se aliará despreocupadamente con déspotas para aplastar a un rival comercial que se ha atrevido a exiliar a sus reyes y elegir a sus propios gobernantes. De esta forma, en las naciones comercialmente avariciosas, el frío cálculo de un sórdido interés propio siempre termina desplazando los nobles impulsos del Honor y la Generosidad que les elevó a la grandeza. Honor y generosidad que llevó a Isabel y a Cromwell a proteger conjuntamente a los protestantes, más allá de los cuatro mares de Inglaterra, contra la

tiranía coronada y la persecución mitrada; y si hubiesen perdurado, habrían prohibido las alianzas con los zares, autócratas y Borbones para reinstaurar la tiranía de la incapacidad y armar a la Inquisición de nuevo con sus instrumentos de tortura. El alma de las naciones avariciosas se petrifica igual que el alma del individuo que hace del oro su dios. El déspota actuará ocasionalmente movido por impulsos nobles y generosos, y ayudará al débil contra el fuerte y al derecho contra la injusticia. Pero la codicia comercial es esencialmente egoísta, acaparadora, impía, desmedida, astuta, fría, ambiciosa y calculadora, únicamente guiada por consideraciones del propio interés. Sin corazón y sin compasión, no conoce sentimientos de piedad, comprensión u honor que puedan entorpecer su avance sin remordimientos, y aplasta todo estorbo en su camino a medida que su quilla de especulación va hundiendo bajo ella las olas inadvertidas.

Una guerra por un gran principio ennoblece a una nación, pero una guerra por la supremacía comercial, basada en cualquier pretexto falaz, es despreciable, y demuestra mejor que nada hasta qué inconcebibles profundidades de maldad los hombres y las naciones pueden descender. La avidez comercial no tiene la vida de los hombres en más valor que la vida de las hormigas. El comercio de esclavos es tan aceptable para un pueblo cautivado por esa ansia como el mercado de marfil o especias si el beneficio es amplio. Ya se esforzará más adelante por justificarse ante Dios y tranquilizar su propia conciencia obligando a aquellos a quienes vendieron los esclavos, previamente robados o comprados, a ponerlos en libertad, castigándolos con masacres y hecatombes si rehúsan obedecer los mandatos de la filantropía.

Ningún sabio concibe la Justicia únicamente como dar a cada uno la exacta medida de recompensa o castigo que creemos que merece su

mérito, o lo que denominamos su crimen, que es más a menudo su error. La justicia del padre no es incompatible con el perdón de los errores y ofensas de sus hijos. La Infinita Justicia de Dios no consiste en adjudicar exactas medidas de castigo a las debilidades y pecados humanos. Estamos demasiado dispuestos a erigir nuestra propia y mínima concepción de lo que está bien y mal dentro de la ley de la justicia, y sostener que Dios la adoptaría como su ley; dispuestos a medir algo según nuestro criterio y llamarlo a eso amor divino por la justicia. Continuamente intentamos ennoblecer nuestra innoble sed de venganza y represalia llamándolo erróneamente justicia.

Tampoco consiste la justicia en regir nuestra conducta hacia otros hombres por las inflexibles normas del derecho legal. Si hubiese en cualquier parte una comunidad donde todo se atuviese a la estricta ley, debería estar escrito sobre sus puertas, como aviso a los desafortunados que deseasen entrar en tan inhóspito dominio, las palabras que según Dante están escritas sobre la gran puerta del infierno: «Dejad atrás toda esperanza los que aquí entráis». No se trata únicamente de pagar al obrero, sea en el campo o en la fábrica, su salario sin más, ateniéndose al valor de mercado más económico para su trabajo y tan solo mientras necesitemos su trabajo o sea capaz de trabajar; pues cuando la enfermedad o la edad le venza, les dejará a él y a su familia en la más extrema pobreza. Y Dios maldecirá con calamidades al pueblo en que los hijos de los obreros sin trabajo se vean obligados a comer hierbas y las madres deban estrangular a sus hijos para, con el dinero dado en caridad para el entierro, poder comer algo ellas mismas. Las reglas de lo que habitualmente se denomina «justicia» pueden ser observadas minuciosamente por los espíritus caídos que son la aristocracia del Infierno.

*   *   *   *   *   *

La Justicia, desligada de la compasión y la comprensión, es indiferencia egoísta, no mucho más encomiable que la soledad misántropa. Hay comprensión entre las algas, una tribu de simples organismos de los que aún quedan miríadas por descubrir, con la ayuda del microscopio, en el más pequeño trozo de escoria de una balsa estancada. Pues se sitúan, como si fuese por acuerdo, en colonias separadas en la pared del recipiente que las contiene, y parecen desplazarse hacia arriba en filas; y cuando una colonia se cansa de su lugar y pretende cambiar su ubicación, cada agrupación man tiene su itinerario sin confusión y sin mezclarse, procediendo con gran regularidad y orden, como si estuviesen dirigidos por sabios cabecillas. Las hormigas y las abejas se ofrecen asistencia mutua más allá de lo requerido por lo que las criaturas humanas somos capaces de percibir como estricto sentido de la justicia.

Seguramente necesitamos reflexionar un poco para convencernos de que el individuo no es más que una parte de la unidad que es la sociedad, y de que él está indisolublemente conectado con el resto de su raza. No sólo las acciones, sino también la voluntad y los pensamientos de otros hombres hacen o estropean su fortuna, controlan sus destinos y determinan su vida o su muerte, su honor o su deshonor. Las epidemias, físicas y morales, contagiosas e infecciosas, la opinión y las vanas ilusiones del pueblo, los entusiasmos y otras corrientes y fenómenos eléctricos, morales e intelectuales, prueban la afinidad y empatía universales. El voto de un hombre aislado y oscuro, la manifestación de la propia voluntad, ignorancia, presunción o rencor, al decidir unas elecciones y situar la

irresponsabilidad, la incapacidad o la maldad en un senado, llega a involucrar a la nación en una guerra, barre nuestra fortuna, masacra a nuestros hijos, echa a perder todo el trabajo de una vida y nos empuja irremediablemente, oponiéndonos con la única ayuda de nuestro intelecto, a la tumba.

Estas consideraciones deberían enseñarnos que la justicia hacia los otros y hacia nosotros mismos es la misma; que no podemos definir nuestros deberes por líneas matemáticamente establecidas con una escuadra, sino que debemos llenar con ellos el gran círculo trazado por el compás; que el círculo de la humanidad es el límite y no somos más que el punto en el centro, la gota en el océano, el átomo o partícula unida por una misteriosa ley de atracción, que denominamos simpatía, a todos y cada uno de los átomos de la masa; que el bienestar físico y moral de los otros no nos puede ser indiferente; que tenemos un interés directo e inmediato en la moralidad pública y en la inteligencia del pueblo, así como en el bienestar y comodidad del pueblo en general. La ignorancia del pueblo, su pobreza e indigencia y la consecuente degradación, su embrutecimiento y abandono moral son enfermedades; y no podemos elevarnos lo suficiente sobre el pueblo, ni aislarnos de él lo preciso, para escapar del contagio de esas miasmas ni de las grandes corrientes magnéticas.

La Justicia es particularmente indispensable para las naciones. El estado injusto está condenado por Dios a la calamidad y a la ruina. Esta es la enseñanza de la Sabiduría Eterna y de la historia. «La rectitud exalta a un pueblo, pero la vileza es una lacra para las naciones. El trono está establecido por la rectitud. ¡Dejad a los labios del gobernante pronunciar la sentencia que es divina, y que su boca no yerre en el juicio!». La nación que se añade provincia tras provincia por medio del fraude y la violencia, que invade al débil y

expolia al sometido, que viola sus tratados y las obligaciones de sus contratos y que sustituye la ley del honor y el trato honesto por las exigencias de la avaricia, por viles artimañas políticas y los innobles mandatos de la conveniencia, está predestinada a la destrucción, pues en esto, al igual que en el individuo, las consecuencias del mal son inevitables y eternas.

Hay una sentencia contra todo lo que es injusto, escrita por Dios en la naturaleza del hombre y en la naturaleza del Universo, pues está en la naturaleza del Dios Infinito. Ningún mal realmente triunfa. La ganancia de una injusticia es una pérdida; su placer, sufrimiento. La iniquidad con frecuencia parece prosperar, pero su éxito es su derrota y vergüenza. Si sus consecuencias no alcanzan al hacedor, caerán sobre sus hijos y los aplastarán. Es una verdad filosófica, física y moral, en forma de amenaza, que Dios hace caer la iniquidad de los padres que violan sus leyes sobre los hijos hasta la tercera o cuarta generación. Pasado el tiempo siempre llega el día de reflexión, tanto para la nación como para el individuo; y siempre el truhán se engaña a sí mismo y acaba fracasando.

La hipocresía es el homenaje que el vicio y el mal rinden a la virtud y a la justicia. Es Satán intentando envolverse en la angélica vestidura de la Luz. Es igualmente detestable en la moral, en la política y en la religión; es detestable tanto en el hombre como en la nación. Cometer una injusticia bajo la apariencia de integridad y ecuanimidad, condenar el vicio en público y practicarlo en privado, simular caridad pero condenar inexorablemente, profesar los principios de la beneficencia masónica y cerrar los oídos al gemido de dolor y al llanto de sufrimiento, elogiar la inteligencia del pueblo y conspirar para engañar y traicionarle por medio de su ignorancia y simpleza, alardear de puritanismo y malversar fondos, presumir de honor y abandonar mezquinamente una causa que se pierde,

jactarse de ser altruista y vender el propio voto por cargos y poderes, son hipocresías tan comunes como infames y desgraciadas. Aparentar servir a Dios pero servir al Diablo, simular creer en un Dios de piedad y Redentor de amor al tiempo que se persigue a aquellos que profesan una fe diferente, especular con las casas de las viudas y rezar largamente para simular piedad, predicar la continencia pero revolcarse en la lujuria, inculcar humildad pero superar a Lucifer en soberbia, pagar el diezmo pero omitir las mayores obligaciones prescritas por la ley, el juicio, la piedad y la fe, poner el grito en el cielo por un mosquito pero tragarse un camello, mantener limpio el exterior de la copa y el plato pero manteniéndolos llenos de extorsión y excesos, aparentar de cara a los hombres ser justo y piadoso pero por dentro estar lleno de hipocresía e iniquidad, es de hecho como ser un sepulcro blanqueado, que parece hermoso por fuera pero por dentro está lleno de huesos, muerte y suciedad.

La república camufla su ambición bajo la pretensión de deseo y deber de «extender el mandato de la Libertad» y proclama como «manifiesto destino» anexionar otras repúblicas o los estados y provincias de otras para sí misma, sea empleando abiertamente la violencia o bajo títulos obsoletos, vacíos y fraudulentos. El Imperio fundado por un soldado exitoso reclama sus fronteras antiguas o naturales, y hace de la necesidad y la seguridad los pretextos para saquear abiertamente. La gran Nación Mercante, una vez obtenido un punto de apoyo en Oriente, descubre su continua necesidad de extender su dominio por las armas, y sojuzga a la India. Las grandes realezas y despotismos, sin una excusa, se reparten entre ellos un reino, desmembran Polonia y se preparan para disputarse los territorios de la Media Luna. Mantener la balanza de poder es una excusa para destruir estados. Cartago, Génova y Venecia, ciudades únicamente comerciales, deben obtener territorio por la fuerza o el

fraude para convertirse en estados. Alejandro marcha hacia la India. Tamerlán persigue un imperio universal, los sarracenos conquistan España y atemorizan a Viena.

La sed de poder nunca se satisface. Es insaciable. Ni los hombres ni las naciones tienen nunca suficiente. Cuando Roma era señora del mundo, los emperadores exigieron ser adorados como Dioses. La Iglesia de Roma reclamó el despotismo sobre el alma y sobre toda la vida, desde la cuna a la tumba. Dio y vendió absoluciones para los pecados pasados y futuros. Proclamó ser infalible en materia de fe, y diezmó Europa para purgarla de herejes, y diezmó América para convertir a los mejicanos y peruanos. Entregó y arrebató tronos, y por excomunión y entredicho cerró las puertas del Paraíso a las naciones. España, altiva por su dominación sobre las Indias, intentó aplastar el protestantismo en los Países Bajos mientras Felipe II se casaba con la Reina de Inglaterra y la pareja intentaba devolver ese reino a la lealtad del trono papal. Después España intentaba conquistar Inglaterra con su Armada Invencible. Napoleón situó a sus familiares y capitanes en los tronos, repartiéndose entre ellos media Europa. El Zar reina sobre un imperio más gigantesco que Roma. La historia de todos es o será la misma: adquisición, desmembramiento, ruina. Hay un juicio de Dios sobre todo lo que es injusto.

Intentar sojuzgar la voluntad de los demás y tomar el alma cautiva, por representar el ejercicio del más alto poder, parece ser el más alto objetivo de la ambición humana. Está en la base de todo proselitismo y propaganda, desde el de Mesmer hasta el de la Iglesia de Roma y la República Francesa. Esa era la tarea de ambos, Jesús y Mahoma. La Masonería únicamente predica la Tolerancia, el derecho del hombre a acatar su propia fe, el derecho de las naciones a gobernarse por sí mismas. Condena por igual al monarca que

busca extender sus dominios por conquista, a la iglesia que proclama el derecho a reprimir la herejía por medio del fuego y el acero y la confederación de estados que insiste en mantener una unión por la fuerza restaurando la hermandad a través de la masacre y la opresión.

Es natural, cuando se está contrariado, desear venganza; y persuadirnos a nosotros mismos de que lo deseamos menos por nuestra propia satisfacción que para impedir la repetición de un mal, pues el autor se sentiría animado por la impunidad unida al beneficio del mal. Rendirse ante el estafador es alentarle a continuar, y estamos bastante dispuestos a considerarnos a nosotros mismos como los instrumentos escogidos de Dios para infligir Su venganza, y por Él y en Su lugar desalentar al mal haciéndolo estéril y asegurando su castigo. Se dice que la venganza es «una especie de justicia salvaje», pero siempre se lleva a cabo inflamada por el odio, y por lo tanto es indigna de una gran alma, que no debería ver turbada su ecuanimidad por la ingratitud o la villanía. Las heridas infligidas a nosotros por los perversos no son mucho más dignas de nuestra ira que aquellas causadas por los insectos y los animales; y cuando aplastamos a la víbora o damos muerte al lobo o a la hiena deberíamos hacerlo sin ser movidos por la ira, y con un sentimiento de venganza no mayor que si arrancásemos una mala hierba. Y si bien no está en la naturaleza humana no vengarse por medio del castigo, dejad al masón considerar sinceramente que al hacerlo así él es el agente de Dios, y dejemos así que su venganza sea mesurada por la justicia y atemperada por la piedad. La ley de Dios es que las consecuencias del mal, la crueldad y el crimen sean su propio castigo; y que el ofendido, el perjudicado y el indignado son sus instrumentos para reforzar la ley tanto como lo son la reprobación pública, el veredicto de la historia y la execración de la posteridad. Nadie dirá que el inquisidor que ha torturado y quemado al

inocente, el español que despedazó a niños indios con su espada y arrojó los miembros a sus perros, el militar tirano que ha ejecutado a hombres sin celebrar juicio, el truhán que ha robado o traicionado al estado, el banquero fraudulento y corrupto que ha dejado a huérfanos en la indigencia, el funcionario público que ha quebrantado su juramento, el juez que ha prevaricado o el legislador cuya incapacidad ha arruinado el estado no deberían ser castigados. Que así sea, y dejemos a los ofendidos o a los que los compadecen ser los instrumentos de la justa venganza de Dios, pero siempre por un sentimiento más noble que no la mera venganza personal.

Recordad que cada característica moral del hombre encuentra su prototipo entre las criaturas de menor inteligencia; que la cruel hediondez de la hiena, la salvaje rapacidad del lobo, la furia del tigre, la taimada astucia de la pantera, se encuentran en la especie humana, y cuando se encuentran en el hombre no deberían despertar otra emoción distinta a cuando las descubrimos en las bestias. ¿Por qué debería estar el verdadero hombre irritado con los gansos que graznan, los pavos que se pavonean, los burros que rebuznan y los monos que imitan y parlotean, aunque por fuera ostenten forma humana? Además, siempre es cierto, es mucho más noble perdonar que vengarse, y en general más bien deberíamos despreciar a los que nos hacen daño que no sentir la emoción de la ira o el deseo de venganza.

* * * * * *

En la esfera del Sol se está en la región de la Luz. La palabra hebrea para oro, zahab, también significa Luz, de la que el Sol es la gran

fuente para la Tierra. Así, en la gran alegoría oriental de los hebreos, el río Pisón limita la tierra del Oro o de la Luz, y el río Gihon la tierra de Etiopía o de la Oscuridad. No sabemos de la luz mucho más de lo que sabían los antiguos. Según las últimas teorías, la luz no está compuesta de partículas luminosas disparadas desde el Sol a velocidad inmensa, sino que ese cuerpo únicamente imprime, en el éter que llena todo el espacio, un poderoso movimiento vibratorio que se extiende, en forma de ondas luminosas, más allá de los más distantes planetas, proporcionándoles luz y calor. Para los antiguos la luz era una emanación de la Deidad.

Para nosotros, al igual que para ellos, es el signo válido de verdad y conocimiento. Para nosotros, también, el viaje ascendente del alma a través de las Esferas es simbólico; pero tenemos tan poca información como ellos acerca de dónde viene el alma, de si tiene un origen y adónde va tras la muerte. Intentaron tener alguna creencia y fe, algún credo sobre estos aspectos, pero actualmente los hombres están satisfechos con no considerar nada al respecto, pensando únicamente que el alma es algo separado del cuerpo y que le sobrevive; pero respecto a si existía antes de él, ni se plantea ni importa. Nadie se pregunta si emana de la Deidad o si es creada de la nada, o si es generada como el cuerpo y proviene de las almas del padre y de la madre. No nos sonriamos, por lo tanto, de las ideas de los antiguos hasta que tengamos una creencia mejor; pero aceptemos sus símbolos como significado de que el alma es de naturaleza divina, y se origina en una esfera cercana a la Deidad, y vuelve a ella cuando es liberada de la esclavitud del cuerpo; y que solo puede volver allí cuando es purificada de toda la sordidez y pecado que, figuradamente, se ha convertido en parte de su substancia por su contacto con el cuerpo. No es extraño que, hace miles de años, los hombres adorasen al Sol, y que hoy ese culto continúe entre los parsis. Originalmente miraban más allá de la

esfera, hacia el Dios invisible, de quien la luz del Sol, aparentemente idéntica en generación y vida, era manifestación y emanación. Mucho antes los pastores caldeos observaron en sus llanuras que el Sol salía regularmente, como ahora sucede, por la mañana, como un dios, y se ponía, como un rey retirándose, por el oeste, para volver de nuevo a su debido tiempo en la misma cadena de majestad. Adoramos la inmutabilidad. Era ese carácter firme e inmutable del Sol lo que los hombres de Baalbec adoraban. Su poder como dador de luz y dador de vida son atributos secundarios. La gran idea que empujaba al culto era la característica de Dios que veían reflejada en su luz, y fascinados vieron en su originalidad la inmutabilidad de la Deidad. El Sol había visto desmoronarse tronos, terremotos agitar el mundo y hundir montañas. Más allá del Olimpo, más allá de las Columnas de Hércules, él había descendido diariamente a su morada y había salido de nuevo por la mañana para contemplar los templos que construían para adorarlo. Le personificaron como Brahma, Amón, Osiris, Bel, Adonis, Melkarth, Mitra y Apolo; y las naciones que así obraron se hicieron ancianas y murieron. El musgo creció en los capiteles de las grandes columnas de sus templos, y él brillo en el musgo. Grano a grano sus templos se desmenuzaron y el polvo cayó, y fue llevado por el viento, y todavía él brilla en la columna que se desmorona y en el arquitrabe. El tejado cayó estrellándose en el pavimento, y él lo siguió iluminando, Santo de los Santos, con rayos inmutables. No es extraño que los hombres adorasen al Sol.

Hay una planta acuática en cuyas anchas hojas las gotas de agua ruedan sin unirse, como gotas de mercurio. Igualmente sucede con los argumentos en materia de fe, política o religión, que ruedan sobre la superficie de la mente. Un argumento que convence a una mente puede no tener ningún efecto en otra. Pocos intelectos tienen algún poder o capacidad lógicos. Hay una singular desviación en la

mente humana que convierte la falsa lógica en más eficaz que la verdadera, y ello afecta a nueve décimas partes de aquellos que son considerados como hombres de intelecto. Incluso entre los jueces, ni uno de cada diez puede argumentar lógicamente. Cada mente ve la verdad distorsionada través de su propio medio. La verdad, para la mayoría de los hombres, es como materia en el estado esferoidal. Como una gota de agua fría en la superficie de una plancha de metal al rojo vivo, baila, tiembla y gira sin entrar nunca en contacto con ella; y la mente puede ser arrojada a la verdad, como una mano humedecida en ácido sulfúrico puede entrar en el metal fundido, y ni siquiera calentarse por la inmersión.

* * * * * *

La palabra Khairūm, Khūrūm o Hiram es una palabra compuesta. Gesenio traduce Khūrūm como noble o nacido libre. Khūr significa blanco, noble. También hace referencia a la acción de abrir una ventana y a la cuenca del ojo. Khri también significa blanco, o abertura, y Khris, el orbe del Sol en Job VII.13 y X.7. Krishna es el DiosSol hindú. Khur, la palabra persa, es literalmente el nombre del Sol.

De Kur o Khur, el Sol, proviene Khora, topónimo del Bajo Egipto. El Sol, afirma Bryant en su Mitología, era llamado Kur; y Plutarco dice que los persas llamaban al Sol Kūros. Kurios, señor en griego, como Adonai, señor en fenicio y en hebreo, se aplicaba al Sol. Muchos lugares eran consagrados al sol y llamados Kura, Kuria, Kuropolis, Kurene, Kureschata, Kuresta, y Corusia en Escitia.

La deidad egipcia llamada por los griegos Horus era HerRa, o

Haroeris, Hor o Har, el Sol. Hari es una denominación hindú para el Sol. Arial, Ares, Ar, Aryaman, Areimonios, significando la raíz AR fuego o llama, son igualmente similares. Hermes o Harmes, (Aram, Remus, Haram, Harameias), era Kadmos, la Luz Divina o Sabiduría. Markuri, dice Movers, es Mar, el Sol.

En hebreo, AOOR, es Luz, Fuego, o el Sol. Cyrus, dice Ctesias, fue llamado así por Kuros, el Sol. Kuris, afirma Hesychius, era Adonis. Apolo, el DiosSol, era llamado Kurraios, de Kurra, una ciudad en Focia. El pueblo de Kurene, originalmente etíopes o cutitas, adoraba al Sol bajo la advocación de Achoor y Achōr.

Sabemos, a través de un preciso testimonio en los antiguos anales de Tsūr (o Tiro), que la festividad principal de Malkarth, la encarnación del Sol en el solsticio de invierno celebrada en Tsūr, era llamada su renacimiento o su despertar, y se celebraba con una pira en la cual se suponía que el dios obtenía, a través de la ayuda del fuego, una nueva vida. Este festival se celebraba en el mes de Peritius o Barith, cuyo segundo día correspondía al actual 25 de Diciembre. Khurum, Rey de Tiro —afirma Movers— fue el primero que celebró esta ceremonia. Sabemos de estos hechos por Josefo, por los comentarios de Servio sobre la Eneida y por las Dionisíacas de Nono; y a través de una coincidencia que no puede ser fortuita: en el mismo día se celebraba en Roma el Dies Natalis Solis Invicti, el día festivo del Sol invencible. Bajo este mismo título, Hércules, Haracles, era adorado en Tiro. De esta forma, mientras se erigía el templo, la muerte y resurrección de un DiosSol, el Haracles tiriano, era representada anualmente en Tiro por el aliado de Salomón cada solsticio de invierno en la pira de MalKarth.

Aroeris o Haroeris, el antiguo Horus, proviene de la misma vieja raíz que en hebreo adopta la forma Aūr, o, con el artículo prefijado, Haūr,

Luz o la Luz, esplendor, llama, el Sol o sus rayos. El hieroglifo del joven Horus era el punto en un círculo, mientras que el del último Horus es un par de ojos. Y el festival del trigésimo día del mes Epiphi, cuando el Sol y la Luna estaban supuestamente alineados con la Tierra, recibía el nombre de el cumpleaños de los ojos de Horus.

En un papiro publicado por Champollion, este dios recibe la advocación de «Haroeri, Señor de los Espíritus Solares, el ojo benefactor del Sol». Plutarco le llamó Harpocrates, pero no hay rastro de la última parte del nombre en las leyendas de jeroglíficos. Él es el hijo de Osiris e Isis, y se le representa sentado en un trono soportado por leones, dándose la coincidencia de que, en antiguo egipcio, la misma palabra significa León y Sol. De esta forma Salomón hizo un gran trono de marfil, recubierto de oro, con seis peldaños, sendos leones en los brazos y un león a cada lado de los peldaños, de forma que resultaban siete leones a cada lado.

De nuevo, la palabra hebrea חי , Khi, que significa viviente; y ראם , râm, que se traduce por fue, o será elevado. Esto último es lo mismo que חרם , ארום , רום , rūm, arūm, harūm, de donde proviene Aram, referente a Siria, o Aramæa, Tierras Altas. Khairūm, por lo tanto, significaría el que fue elevado a la vida.

De esta forma, en antiguo arábigo, hrm, una raíz poco habitual, significaba era alto, hecho grande, exaltado, e Hîrm significa buey, el símbolo del Sol en Tauro, el equinoccio vernal o de primavera.

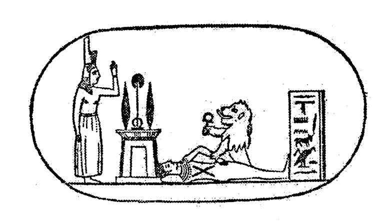
Por lo tanto, Khurum, impropiamente llamado Hiram, es Khurom, lo mismo que Herra, Hermes y Heracles, el Heracles Tyrius Invictus, la personificación de la Luz e Hijo, Mediador, Redentor y Salvador. De la palabra egipcia Ra proviene la copta Oūro, y la hebrea Aūr, luz.

Haroeri, es Hor o Har, el jefe o maestro. Hor igualmente significa calor; y hora, temporada u hora, y aquí tienen su origen diferentes nombres del Sol en diversos dialectos africanos: Airo, Ayero, Eer, Uiro, Ghurrah y otros. El nombre real traducido como Faraón era Phra, es decir, Paira, el Sol.

La leyenda de la competición entre Horra y Set, o Setunbi, —asimilado al dios cananeo Bar o Baal— es más antigua que la lucha entre Osiris y Tifón; tan vieja, al menos, como la decimonovena dinastía. En el Libro de los Muertos es llamada «El día de la batalla entre Horus y Set», y el mito tardío conecta ya con Fenicia y Siria. El cuerpo de Osiris desembarcó en Gebal o Biblos, sesenta millas al norte de Tiro. No se le pasará por alto a nadie que en el nombre de cada asesino de Hiram se encuentra el del dios del mal Baal.

* * * * * *

Haroeri era el dios del Tiempo, así como de la Vida. La leyenda egipcia narra que el Rey de Biblos cortó el tamarisco que contenía el cuerpo de Osiris, e hizo con él una columna para su palacio. Isis, empleada en el palacio, se apoderó de la columna, sacó el cuerpo y se lo llevó. Apuleyo la describe como «una hermosa mujer, sobre cuyo divino cuello su largo y poblado cabello colgaba en graciosos rizos»; y en la procesión, las mujeres asistentes, con peines de marfil, simulaban vestir y ornamentar el regio pelo de la diosa. La palmera y la lámpara con forma de barca aparecían en la procesión. Si el símbolo del que estamos hablando no es una mera invención moderna, es a estos elementos a los que alude.



*(ilustración original)*

La identidad de las leyendas está también confirmada por este dibujo jeroglífico copiado de un antiguo monumento egipcio, que puede ilustraros en lo concerniente a la garra del león y al mallete del maestro.

אב , en la antigua grafía fenicia, y en la samaritana, (las dos letras que representan los números 1, 2, o Unidad y Dualidad), significa «Padre», y es un sustantivo primitivo, común a todas las lenguas semíticas. También significa Ancestro, Originador, Inventor, Cabeza, Jefe o Director, Supervisor, Maestro, Sacerdote, Profeta.

אבי es simplemente «Padre», cuando está en construcción, es decir, cuando precede a otra palabra, y en castellano se interpone la preposición «de», como אבי אל , AbiAl, «el padre de Al». Igualmente, la yod final significa «mi», de forma que אבי por sí solo significa «mi padre». אבי דויד , «David mi padre», 2 Cron., II.3.[5]

La ו )Vav) final es el pronombre posesivo «su» (de él), y אביו , Abiv (que nosotros leemos Abif) significa «de mi padre». Su significado completo, conectado con el nombre de Khūrūm, es sin duda «anteriormente uno de los sirvientes —o esclavos— de mi padre».

El nombre del artesano fenicio es, tanto en Samuel como en Reyes, חירם y חירום (2 Sam. XI.1, Reyes XV.1 y Reyes VIII.40). En Crónicas es

5 Las citas de la Biblia que proporciona Albert Pike hacen referencia a los versículos de la versión King James, de uso en el entorno anglosajón a partir del siglo XVII.

חורם, con la adición de אבי (2 Cron. II.12) y de אביו (2 Cron.IV.16).

Es completamente absurdo añadir la palabra «Abif» o «Abiff» como parte del nombre del artesano, y es igualmente absurdo añadir la palabra «Abi», que era un título y no parte del nombre. José dice (Gen. XIV.8) «Dios me ha nombrado 'Ab l'Paraah —como Padre de Paraah — Visir o Primer Ministro». Igualmente Haman fue llamado Segundo Padre de Artajerjes; y cuando el Rey Khūrūm o Hiram empleó la expresión «Khūrūm Abi» quería decir que el artesano que envió a Salomón era el obrero principal o jefe de su oficio en Tiro.

Una medalla copiada por Montfaucon muestra a una mujer amamantando a un niño con espigas de trigo en una mano y la leyenda iao.

Ella está sentada en las nubes, con una estrella en su cabeza y tres espigas de trigo surgiendo de un altar frente a ella.

Horus era el mediador, que fue enterrado durante tres días, fue regenerado y triunfó sobre el principio del mal.

La palabra Heri, en sánscrito, significa «pastor», así como «salvador». Krishna es llamado «Heri», como Jesús se llamaba a sí mismo «el Buen Pastor».

חור, Khūr, significa la abertura de una ventana, o cueva o el ojo. En siríaco es ܚܘܪܐ

חר igualmente significa una abertura, y también noble, nacido libre, de alta cuna. חרם, Khurm, significa consagrado, devoto. En antigua lengua etíope, ሖሬም, es el nombre de una ciudad (Jos. xix. 38) y de un hombre (Esdr. ii. 32, x. 31; Neh. iii. 11). חירה, Khirah, significa nobleza, una raza noble.Se afirma de Buda que comprendía en su

sola persona la esencia del Trimurti hindú, y de aquí que el monosílabo de tres letras Om o Aum se le aplica como siendo esencialmente el mismo que BrahmaVishnuSiva. Él es el mismo que Hermes, Thoth, Taut y Tutatis. Uno de sus nombres es Herimaya o Hermaya, que es evidentemente el mismo nombre Hermes, Khirm o Khūrm. Heri, en sánscrito, significa Señor.

Un hermano docto coloca sobre los dos pilares simbólicos, de derecha a izquierda, las dos palabras [illegible] y [illegible] , יהו y Baal seguidas del jeroglífico equivalente del DiosSol, AmónRa. ¿Es una coincidencia accidental que en el nombre de cada uno de los asesinos estén ambos nombres, los de la deidad de Bien y la del Mal de los hebreos, pues Yubel no es sino YehuBal o YehoBal? ¿Es coincidencia que las tres sílabas finales de los nombres, a, o, um, formen A.·. O.·. M.·., la palabra sagrada de los hindúes que significa el Dios Trino, dador de vida, preservador y destructor de vida representado por el carácter místico ?

La genuina Acacia, también, es el tamarisco espinoso, el mismo árbol que creció alrededor del cuerpo de Osiris. Era un árbol sagrado entre los árabes, que hicieron con su madera el ídolo AlUzza, destruido por Mahoma. Es un arbusto abundante en el Desierto de Tiro, y de tamarisco se hizo la corona de espinas que se puso en la cabeza de Jesús de Nazareth. Es un digno representante de la inmortalidad por su tenacidad para la vida, pues ha sido conocido, cuando era colocado como marco de la puerta, por el hecho de echar raíces e incipientes ramas sobre el umbral.

* * * * * *

Toda comunidad debe tener sus períodos de prueba y transición,

especialmente si entra en guerra. Es cierto que en un momento dado la nación estará totalmente gobernada por agitadores que apelen a los peores instintos de la naturaleza popular, por corporaciones dinerarias, por aquellos que se han enriquecido por la depreciación de los valores y fondos del estado o del papel moneda, por abogados de poca monta, intrigantes, especuladores y aventureros: una innoble oligarquía, enriquecida por las penurias del Estado y engordada por la miseria del pueblo. Entonces terminan todas las visiones de igualdad y los derechos del hombre expiran; y el Estado deteriorado y saqueado solo puede recuperar la libertad real atravesando una gran tribulación y purificándose en su transmigración por fuego y sangre.

En una república, pronto acontece que los partidos se reúnen alrededor de los polos positivo y negativo de alguna opinión o noción, y que el espíritu intolerante de una mayoría triunfante no permitirá ninguna desviación de la ortodoxia que él mismo ha impuesto. La libertad de opinión será enaltecida, pero cada uno la ejercerá corriendo el peligro de ser proscrito de la comunión política por aquellos que tienen las riendas y dictan la política a seguir. La esclavitud al partido y el servilismo a los caprichos populares van de la mano. La independencia política sólo sucede en un estado fósil, y las opiniones de los hombres emanan de los actos que se han visto obligados a hacer o sancionar. La adulación, tanto al individuo como al pueblo, corrompe tanto al adulador como al adulado, y no sirve mejor al pueblo que a los reyes. Un césar, cuyo poder es más seguro, no se preocupa de ello tanto como una democracia libre, ni tampoco su deseo de halagos crecerá de forma exorbitante, como crece el del pueblo, hasta que se vuelve insaciable. El efecto de la libertad en los individuos es creer que pueden hacer lo que les plazca; en el pueblo, es en buena medida igual. Cuando se es sensible a la adulación, dado que esta responde siempre a algún interés y es movida por razones

perversas y propósitos malvados, es seguro que tanto el individuo como el pueblo, al hacer lo que les plazca, estará haciendo lo que en honor y en conciencia debería haber permanecido sin hacerse. No se deberían hacer felicitaciones que bien pronto puedan tornarse en reproches; y como tanto los individuos como los pueblos son propensos a hacer un mal uso del poder, alabarlos, que es una forma segura de llevarlos a error, debería considerarse un crimen.

El primer principio de una república debería ser «que ningún hombre u organización de hombres está legitimado para emplear fondos o privilegios de la comunidad salvo para el servicio público, y los cargos de magistrado, legislador o juez nunca deben ser hereditarios». Se trata de toda una enciclopedia de Verdad y Sabiduría comprendida en una sencilla frase y expresada en un lenguaje que todo hombre puede entender. Si un diluvio de despotismo fuese a anegar el mundo y destruir todas las instituciones bajo las que se cobija la libertad hasta tal punto que no fuese recordada por los hombres, esta única frase preservada sería suficiente para encender los fuegos de la libertad y revivir la raza de los hombres libres.

Pero para preservar la libertad otra frase debe ser añadida: «que un estado libre no otorgue el cargo como recompensa, y menos aún por servicios discutibles, salvo que busque su propia ruina; sino que todos los funcionarios sean empleados por el estado teniendo en cuenta únicamente su voluntad y capacidad para rendir un servicio en el futuro, y por lo tanto que los mejores y más competentes sean siempre preferidos».

Pues si da lo mismo la regla que sigamos, la de la sucesión hereditaria es quizá tan buena como cualquier otra. Pero en realidad por ninguna otra es posible preservar las libertades del estado y confiar

el poder de hacer las leyes solo a aquellos que poseen ese agudo sentido de la justicia y la injusticia que les habilita para detectar la maldad y la corrupción por muy escondidas que estén, y que poseen ese coraje moral, hombría generosa e independencia galante que les convierten en temibles a la hora de sacar criminales a la luz del día y hacer caer sobre ellos el desdén y el desprecio del mundo. Los aduladores del pueblo nunca son tales hombres. Al contrario, siempre llega un momento a la república en que esta no está contenta, como Tiberio, con un único Sejano, sino que debe tener un sinnúmero de estos; y entonces aquellos más prominentes en el negociado de los asuntos son hombres sin reputación, capacidad de estado, habilidad o formación; son simples cortesanos de partido, que deben sus puestos a artimañas y al ansia de medrar sin poseer ni el corazón ni el intelecto que hace grandes y sabios a los hombres, padeciendo al mismo tiempo la visión estrecha y amargo sectarismo de la intolerancia política. Estos mueren; y el mundo no resulta más sabio por nada de lo que hayan dicho o hecho. Sus nombres se hunden en el fondo del pozo del olvido, pero sus actos de locura o bellaquería maldicen al cuerpo político y finalmente provocan su ruina.

Los políticos, en un estado libre, son generalmente falsos, insensibles y egoístas. El fin de su patriotismo es su propia elevación, y siempre contemplan con oculta satisfacción la desgracia o caída de cualquiera cuyo eminente genio y superior talento ensombrezca su propia importancia, o cuya integridad e incorruptible honor se crucen en el camino de sus fines egoístas. La influencia de los pequeños aspirantes es siempre contraria a los grandes hombres, pues cuando estos acceden al poder puede ser para toda la vida, mientras que uno de ellos es más fácilmente depuesto, y todos esperan sucederle. Y sucede que a la larga los hombres impúdicamente aspiran con éxito, a los más altos puestos,

pese a no servir más que para un bajo cometido de oficinista.

La consecuencia es que aquellos que se sienten competentes y cualificados para servir al pueblo rehúsan con disgusto entrar en la lucha por el cargo, donde la doctrina perversa y jesuítica de que todo vale en política es una excusa para toda especie de villanías infames; y aquellos que persiguen los más altos puestos del Estado no gozan del espíritu magnánimo o los impulsos piadosos de una gran alma para llevar al pueblo a resoluciones generosas, nobles y heroicas, y a una acción varonil y sabia; sino que, como perritos falderos puestos de pie sobre sus patas traseras y con las delanteras servilmente suplicantes, adulan, lisonjean y mendigan votos. Más que rebajarse a esto, permanecen altaneramente distantes, rehusando desdeñosamente agasajar al pueblo y siguiendo la máxima «la humanidad no posee ningún título que le permita exigir que la sirvamos en vez de servirse ellos mismos».

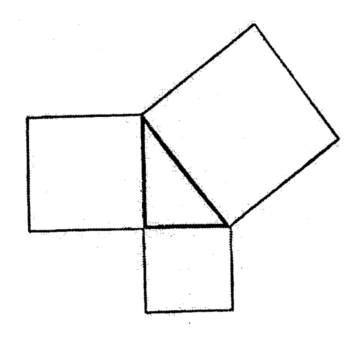
* * * * * *

Es lamentable ver a una nación dividida en facciones, cada una siguiendo a este o aquel líder grande o cínico con una adoración ciega, irracional e incondicional; es deplorable verla dividida en clanes cuyo único propósito es el botín de la victoria y cuyos cabecillas son malvados, corruptos, de escasa talla y viles. Tal nación se encuentra en los últimos estadios de decadencia y, estando próximo su fin, no importa cuán próspera pueda parecer, pues al tiempo que discute se encuentra sobre el volcán y el terremoto. Pero es cierto que ningún gobierno puede ser dirigido por hombres del pueblo, y para el pueblo, sin una rígida fidelidad a aquellos principios que nuestra razón establece como sólidos e inamovibles.

Estos deben ser el baremo para valorar a los partidos, los hombres y las medidas adoptadas. Una vez decididas, el gobierno debe ser inexorable en su aplicación, y todos deben respaldarlas o bien declararse en contra. Los hombres pueden traicionar, pero los principios no. La opresión es una consecuencia invariable de la confianza puesta equivocadamente en un hombre traicionero, nunca es el resultado del trabajo y la aplicación de un principio sólido, justo y bien probado. Los pactos que ponen los principios fundamentales en duda para unir en un solo partido a hombres de credos antagonistas no son sino fraudes que desembocan en la ruina, justa y natural consecuencia del fraude. Una vez que hayáis decidido vuestra teoría y credo, no permitáis desviaciones de él en la práctica por ninguna conveniencia. Es la palabra del Maestro. ¡No la rindáis al halago ni a la fuerza! ¡No permitáis que ninguna derrota o persecución os despoje de ella! Creed que el que ha errado una vez en su sentido de estado volverá a errar, y que esos yerros son fatales como crímenes; y que la cortedad de miras no se corrige por la edad. Hay siempre más impostores que visionarios entre los hombres públicos, más falsos profetas que verdaderos, más profetas de Baal que de Jehová; y Jerusalén siempre está en peligro ante los asirios.

Salustio afirmó que, una vez que un estado ha sido corrompido por el lujo y la molicie, puede por su mera grandeza sobrellevar la carga de sus vicios. Pero incluso mientras escribía, Roma, de la que hablaba, había agotado ya su parodia de libertad. Otras causas aparte del lujo y la holganza destruyen las repúblicas. Si es pequeña, sus vecinos más grandes la extinguen por absorción. Si es de gran extensión, la fuerza de cohesión es demasiado débil para mantenerla unida y se deshace por su propio peso. La irrisoria ambición de los hombres de escasa talla también las desintegra. El deseo de sabiduría en sus consejos crea discrepancias exasperantes. La usurpación de poder juega su parte, la incapacidad secunda a la

corrupción, las tormentas se levantan y los fragmentos de la incoherente balsa se esparcen por las playas arenosas, enseñando al género humano otra lección para que este la desprecie.



*(ilustración original)*

La cuadragésimo séptima proposición es anterior a Pitágoras. Es la siguiente: «en cualquier triángulo rectángulo, la suma de los cuadrados de la base y la altura es igual al cuadrado de la hipotenusa».

El cuadrado de un número es el producto de ese número multiplicado por sí mismo. De esta forma, 4 es el cuadrado de 2, y 9 el cuadrado de 3.

Los diez primeros números son:
1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10
Sus cuadrados son:
1, 4, 9, 16, 25, 36, 49, 64, 81, 100
Y:
3, 5, 7, 9, 11, 13, 15, 17, 19

son las diferencias entre cada cuadrado y el que le precede, dándonos los números sagrados 3, 5, 7 y 9.

De estos números, los cuadrados de 3 y 4, sumados, dan el cuadrado

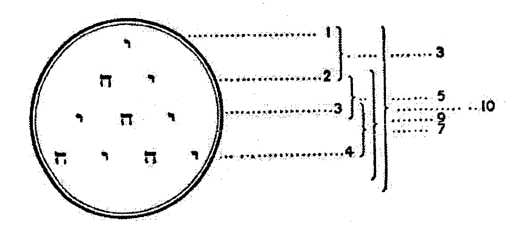
de 5; y los cuadrados de 6 y 8 dan el cuadrado de 10; y si se forma un triángulo rectángulo cuya base mida 3 ó 6 unidades y la perpendicular 4 u 8, la hipotenusa medirá 5 ó 10 unidades. Y si dibujamos un cuadrado en cada lado y los subdividimos en cuadrados de una unidad de lado, habrá tantos de estos en el cuadrado de la hipotenusa como en los otros dos juntos.

Los egipcios distribuían sus deidades en tríadas: el **Padre** o Espíritu o Principio Activo o Poder Generativo, la **Madre** o Materia o Principio Pasivo o Poder Conceptivo, y el Hijo, Generado o Producido, el Universo procedente de ambos principios. Estos eran Osiris, Isis y Horus. Igualmente, Platón nos da Pensamiento el Padre, Materia Primitiva la Madre, y Cosmos el Mundo, el Hijo, el Universo animado por un alma. Tríadas de la misma clase aparecen en la Cábala. Plutarco dice, en su libro De Isis y Osiris, «pero la naturaleza mejor y más divina consiste en tres: el que únicamente existe dentro del Intelecto, la Materia, y el que procede de estos, que los griegos denominaban Kosmos»; Platón acostumbra a llamarlo lo Inteligible, la Idea, Ejemplar y Padre; Materia, la Madre, la Nodriza y el lugar y receptáculo de generación; y el fruto de ambos, el Vástago y Génesis, el Kosmos, «una palabra significando igualmente Belleza y Orden, o el Universo mismo». No se os escapará que la Belleza está simbolizada por el Segundo Vigilante en el Sur. Plutarco continúa diciendo que los egipcios comparaban la naturaleza universal con lo que ellos llamaban el triángulo más hermoso y perfecto, como hace Platón en ese diagrama nupcial, como se le denomina, que introdujo en su comunidad. Entonces añade que el triángulo es recto y sus lados miden respectivamente 3, 4 y 5 unidades; y afirma: «Debemos suponer que la perpendicular encarna la naturaleza masculina, la base la femenina y la hipotenusa debe ser contemplada como el retoño de ambos; y por consiguiente la primera representará acertadamente a Osiris o causa primera, la

segunda a Isis o capacidad receptiva y la última a Horus o efecto común de los otros dos. Pues el 3 es el primer número compuesto de un par y un impar, y el 4 es un cuadrado cuyo lado es igual al número par 2; pero del 5, que es generado por los dos precedentes, 2 y 3, puede decirse que tiene una relación igual con ambos, como padres comunes».

* * * * * *

Las manos estrechadas son otro símbolo empleado por Pitágoras. Representaba el número 10, el número sagrado que contenía a todos los precedentes y era expresado por el misterioso tetractys, figura que tomó prestada de los sacerdotes hebreos así como de la ciencia sagrada egipcia, y que debería ser retomado entre los símbolos del Maestro Masón, grado al que pertenece por derecho propio. Los hebreos lo construían así, con las letras del nombre Divino:




*(ilustración original)*

De esta manera el tetractys nos conduce, no solo al estudio de los números según la filosofía pitagórica, sino también de la Cábala, y os ayudará en la búsqueda de la Verdadera Palabra y en la comprensión de lo que era denominado La Música de las Esferas. La ciencia moderna confirma las ideas de Pitágoras en cuanto a las

propiedades de los números y al hecho de que gobiernan el Universo. Mucho antes de su tiempo, la naturaleza había extraído sus raíces cúbicas y sus cuadrados.

* * * * * *

Todas las fuerzas a disposición del hombre o bajo su control, o sujetas a su influencia, son sus herramientas. La amistad y la simpatía que unen los corazones son una fuerza como la atracción o la cohesión, que unen las partículas de arena para formar una roca. Sin esta ley de atracción o cohesión los mundos materiales y los soles se disolverían en un instante en el vapor invisible. Si los lazos de la amistad, el afecto y el amor se anulasen, la humanidad se volvería una muchedumbre rugiente de bestias salvajes y depredadores. La arena se endurece en roca bajo la tremenda presión del océano que hay sobre ella, ayudada a veces por la irresistible energía del fuego; y cuando la presión de la calamidad y el peligro se cierne sobre una orden o una nación, es cuando los miembros o los ciudadanos deberían estar más unidos por la cohesión de la simpatía e interdependencia.

La Moralidad es una fuerza. Es la atracción magnética del corazón hacia la Verdad y la Virtud. La aguja, imbuida de su propiedad mística y apuntando sin error hacia el Norte, conduce al marinero con certidumbre sobre un océano sin caminos, a través de la tormenta y la oscuridad, hasta que sus ojos felices contemplan los destellos benefactores del faro que le dan la bienvenida al puerto seguro y hospitalario. Entonces los corazones de aquellos que le aman se alegran, y su hogar se vuelve feliz;y esta alegría y felicidad se

deben a la orientación silenciosa, humilde y cierta que ha sido guía del marinero sobre las aguas agitadas. Pero si se aventura demasiado al Norte, descubre que la aguja ya no es fiel, sino que apunta a un lugar distinto del Norte, y ¡qué sentimiento de indefensión se apodera del consternado marinero, cómo le abandonan la energía y el valor! Es como si los grandes axiomas de la moralidad estuviesen a punto de caer y dejasen de ser verdaderos, dejando al alma humana errar desamparada, sin ojos como Prometeo, a merced de las corrientes inciertas e impías de las profundidades.

El Honor y el Deber son las dos estrellas polares del masón, Cástor y Pólux, cuya observancia le permite evitar desastrosos naufragios. Palinuro contemplaba a Cástor y Pólux, pero al ser vencido por el sueño la nave quedó sin verdadera guía y fue engullida por el mar insaciable. Igualmente, el masón que pierde de vista el Honor y el Deber y no es guiado por su fuerza benéfica e impulsora, se pierde, y hundiéndose fuera de la vista de los demás, desaparece sin honor y sin ser llorado.

La fuerza de la simpatía, análoga a la de la electricidad, da instantáneamente fuerza a los nervios de las naciones por medio de grandes pensamientos o malvadas sugerencias, de las palabras de hombres de naturaleza noble o mezquina; la fuerza del crecimiento, que no es sino una forma de inmortalidad, ha permanecido latente durante tres mil años en los granos de trigo enterrados con las momias por los antiguos egipcios; las fuerzas de expansión y contracción, que se manifiestan en el terremoto y el tornado y han dado lugar a los maravillosos logros del vapor, tienen su paralelismo con el mundo moral tanto en los individuos como en las naciones. El crecimiento es tan necesario para las naciones como para los hombres, y su cese marca el comienzo de su ocaso. El crecimiento es tan misterioso en las naciones como en las plantas, y es irresistible.

Los terremotos que dejan la nación partida en dos, derrocan tronos y devoran monarquías y repúblicas han sido preparados desde largo tiempo antes, como la erupción volcánica. Las revoluciones tienen profundas raíces en el pasado, y la fuerza ejercida es directamente proporcional a la contención y compresión anteriores. El verdadero estadista debería ver en la progresión de la historia las causas que a su tiempo provocarán las revoluciones, y el que no es capaz de esto no es sino un ciego guiando a otros ciegos. Los grandes cambios en las naciones, como los cambios geológicos de la tierra, se llevan a cambio de forma lenta y constante. Las aguas, que caen del cielo como lluvia y rocío, desintegran lentamente el granito de las montañas; erosionan las llanuras dejando colinas y crestas de desnudez como sus monumentos; excavan los valles, llenan los mares, estrechan los ríos y, tras miles y miles de años, preparan el terreno de aluvión para que germine la planta, el recipiente nevado cuyas semillas serán empleadas por los telares del mundo y cuya abundancia o escasez de terminará si los tejedores de otros países tendrán empleo o perecerán de hambre.

Igualmente la Opinión Pública es una fuerza inmensa, y sus corrientes son tan inconsistentes e incomprensibles como las de la atmósfera. En cualquier caso, en los gobiernos libres, es omnipotente; y la labor del estadista es encontrar la manera de darle forma, controlarla y dirigirla. Según como eso se lleve a cabo, será beneficiosa y preservadora, o destructiva y ruinosa. La Opinión Pública del mundo civilizado es Ley Internacional, y por lo tanto es una inmensa fuerza que, aun sin tener límites fijados o ciertos, puede obligar al déspota victorioso a ser generoso, y ayudar a un pueblo oprimido en su lucha por la independencia.

La Costumbre es una gran fuerza; es una segunda naturaleza, incluso en los árboles, y es tan fuerte en las naciones como en los

hombres. Igual lo son los prejuicios, que se encuentran en los hombres y naciones, al igual que las pasiones. Como fuerzas que son resultan valiosas si son hábilmente aprovechadas o destructivas si son manejadas con torpeza.

Pero sobre todo, las fuerzas de más inmenso poder son el Amor a la Patria, el Orgullo de Estado y el Amor al Hogar. Alentadlas a todas y exigidlas en vuestros hombres públicos. La estabilidad en el hogar es necesaria para el patriotismo, pues una raza migratoria, como los árabes que acampan aquí un día y mañana en otro lugar, tendrá poco amor al país y considerará el orgullo de estado como una mera teoría y quimera.

Si posees Elocuencia, posees una fuerza poderosa. Cuida de emplearla para buenos propósitos: enseñar, exhortar y ennoblecer al pueblo, y no para descarriarlo y corromperlo. Los oradores corruptos y sobornables son los asesinos de las libertades y de la moral públicas.

La Voluntad es una fuerza cuyos límites nos son todavía desconocidos. Es en el poder de la Voluntad donde reconocemos principalmente lo espiritual y divino del hombre. Hay una aparente identidad entre la voluntad humana capaz de mover a otros hombres y la Voluntad Creadora cuya acción nos resulta tan incomprensible. Son los hombres de voluntad y acción, no los hombres de mero intelecto, los que gobiernan el mundo.

Finalmente, las tres grandes fuerzas morales son la Fe, que es la única y verdadera Sabiduría y cimiento de todo gobierno; la Esperanza, que es la Fuerza y asegura el éxito; y la Caridad, que es la Belleza, y por sí sola hace posible el esfuerzo conjunto y animado. Estas fuerzas están dentro del alcance de todos los hombres; y una

asociación de hombres movida por ellas debería ejercer un inmenso poder en el Mundo. Si la Masonería no lo ejerce, es porque ya no posee esas tres fuerzas.

La sabiduría del hombre o el estadista, del rey o el sacerdote, consiste en buena parte en la valoración de estas fuerzas; y de la infravaloración general de algunas de ellas depende a menudo el destino de las naciones. ¡Qué hecatombe de vidas depende a menudo de no sopesar suficientemente la fuerza de una idea como, por ejemplo, la reverencia por una bandera, o la enérgica fidelidad a una constitución o un gobierno! ¡Qué errores se cometen en economía política y en el arte de gobernar como consecuencia de la sobreestimación e infravaloración de valores concretos, o la desestimación de algunos de ellos! Todo, se dice, es producto del trabajo humano; pero el oro o el diamante que se encuentra accidentalmente y sin labor no lo es. ¿Cuál es el valor que el granjero concede a sus cosechas comparado con el valor del sol y la lluvia, sin los cuales su trabajo no valdría nada? El comercio llevado a cabo por el trabajo del hombre se añade al valor de los productos del campo, de la mina o del taller por el transporte a los distintos mercados. Pero ¡cuánto de este incremento se debe a los ríos por cuyas aguas estos productos flotan, y a los vientos que mueven las quillas del comercio sobre los océanos! ¿Quién puede estimar el valor de la moralidad y la virilidad en el Estado, de la valía moral y el conocimiento intelectual? Estos son los rayos de sol y la lluvia del Estado. Los vientos, con sus corrientes veleidosas y tornadizas, son una alegoría válida de los humores cambiantes del populacho, de sus pasiones, de sus impulsos heroicos y sus entusiasmos. ¡Ay de aquel estadista que no considere esto en su justa medida!

Incluso la música y las canciones resultan tener a veces un valor incalculable. Cada nación tiene alguna canción de valor probado,

valor que se cuenta por vidas humanas y no por dólares. ¿Quién sabe cuántos miles de vidas costó La Marsellesa a la Francia revolucionaria?

La Paz es también un gran elemento de prosperidad y riqueza, un valor que no puede ser medido. La comunicación social y la agrupación de hombres en órdenes benéficas tiene un valor que no puede valorarse en moneda. Los ilustres ejemplos del pasado de una nación, el recuerdo de pensamientos inmortales de sus grandes y sabios pensadores, estadistas y héroes, son el legado incalculable de ese Pasado al Presente y al Futuro. Y no solo tienen un valor de la clase más noble, excelente y sin precio, sino también un verdadero valor económico, pues es únicamente cuando los hombres cooperan o son estimulados por esos ejemplos cuando el trabajo humano crea riqueza. Estos son los principales elementos de la riqueza material, igual que son ejemplos de hombría nacional, heroísmo, gloria, prosperidad y fama inmortal.

* * * * * *

La Providencia ha asignado a estas tres grandes disciplinas, la Guerra, la Monarquía y el Sacerdocio todo lo que el Campo, el Palacio y el Templo pueden simbolizar, con el fin de llevar a las multitudes a combinar estas artes de forma inteligente y premeditada para alcanzar todos los grandes propósitos de la sociedad. A la larga, el resultado consistirá en gobiernos libres entre los hombres cuando la virtud y la inteligencia se conviertan en cualidades de las multitudes; pero por ignorancia tales gobiernos son imposibles. El hombre avanza solo gradualmente. La

eliminación de una calamidad opresora da valor para intentar eliminar los males restantes al volver a los hombres más sensibles hacia ellos, o quizá sensibles por primera vez. Siendo siervos que se retuercen de dolor ante el látigo no se inquietan por sus derechos políticos, pero una vez emancipados de su esclavitud personal se vuelven sensibles a la opresión política. Liberados del poder arbitrario y gobernados únicamente por la ley, comienzan a escrutar la misma ley y desean ser gobernados, no por la ley, sino por lo que ellos consideran la mejor ley. Y cuando el despotismo civil o temporal ha sido puesto al margen y la ley de la comunidad ha sido moldeada según los principios de una jurisprudencia ilustrada, pueden despertar y descubrir que viven bajo un despotismo sacerdotal o eclesiástico, y pueden desear llevar a cabo una reforma también en este aspecto.

Es muy cierto que el avance de la humanidad es lento, y que con frecuencia se detiene y retrocede. En los reinos sobre la Tierra no vemos a los despotismos retirándose y cediendo el terreno a comunidades que se gobiernan a sí mismas. No vemos a las iglesias y sacerdocios de la Cristiandad renunciando a su vieja tarea de gobernar a los hombres por medio de terrores imaginarios. En ninguna parte vemos al populacho emanciparse de tales gobiernos. Tampoco vemos a los grandes maestros religiosos intentando descubrir la verdad para sí mismos y para otros; pero continúan gobernando el mundo, satisfechos e impulsados, sea bajo el dogma que sea, por esta necesidad de gobernar, así como por la necesidad de ser gobernados por parte del populacho. La pobreza existe todavía en sus más deleznables formas en las grandes ciudades, y el cáncer de la miseria tiene sus raíces en el corazón de los reinos.

En las ciudades los hombres no calculan sus instintos y su capacidad de abastecimiento, sino que viven y se multiplican como bestias en

el campo, dando la apariencia de que la Providencia ha dejado de cuidar por ellos. La inteligencia nunca aparece entre ellos, o aparece como algún nuevo ingenio de villanía. La guerra no ha cesado; hay todavía batallas y asedios. Los hogares son todavía infelices, y las lágrimas, la ira y la maldad hacen infiernos donde debería haber cielos. ¡Cuánta necesidad hay de Masonería! ¡Cuán grandes los campos por trabajar! ¡Cuánta necesidad hay de que la Orden empiece a ser fiel a sí misma, a revivir de su asfixia para abandonar su apostasía y retomar su verdadero credo!

Sin duda, el trabajo, la muerte y la pasión sexual son condiciones esenciales y permanentes de la existencia humana, y hacen que sea imposible la perfección y vivir mil años sobre la Tierra. Siempre —¡así lo dispone el Destino!— la gran mayoría de los hombres deben trabajar duro para vivir, y no pueden encontrarel tiempo para cultivar la inteligencia. El hombre, al saberse mortal, no sacrificará el gozo presente por uno mayor en el futuro. El amor de mujer no puede morir; y tiene un destino terrible e incontrolado, incrementado por los refinamientos de la civilización. La mujer es la verdadera sirena o diosa de los jóvenes. Pero la sociedad puede ser mejorada, y el gobierno libre es posible en los estados, y la libertad de pensamiento y conciencia ya no es completamente utópica. Ya vemos que los emperadores prefieren ser elegidos por sufragio universal, que los Estados se convierten en Imperios a través del voto, y que los imperios son administrados con parte del espíritu de una república, siendo poco más que democracias con una sola cabeza y asentándose sobre un solo hombre, un representante, en vez de una asamblea de representantes. Y si los Sacerdocios todavía gobiernan, al menos comparecen ante los laicos para demostrar, con argumentos, que ellos deberían gobernar. Están obligados a reconocer la misma razón que ellos están decididos a suplantar.

Por consiguiente, los hombres son cada día más libres, pues la libertad del hombre se asienta en su razón. Él puede reflexionar sobre su propia conducta futura, y ser consciente de sus consecuencias; puede contemplar una amplia perspectiva de la vida humana, y adoptar reglas a seguir de forma constante. De esta forma se libera de la tiranía de los sentidos y las pasiones, y se capacita para vivir en todo momento según la luz del conocimiento que existe dentro de él, en lugar de ser conducido, como una hoja seca en las alas del viento, por cualquier impulso momentáneo. Aquí radica la libertad del hombre concebida según la necesidad impuesta por la omnipotencia y omnisciencia de Dios. A más luz, más libertad. Cuando el emperador y la iglesia apelan a la razón llega naturalmente el sufragio universal.

Es preciso que nadie desfallezca, ni crea que la labor en la causa del Progreso será un esfuerzo perdido. No se pierde nada en la Naturaleza, ni Materia, ni Fuerza, ni Actos ni Pensamientos. Un Pensamiento puede ser el resultado de una vida tanto como una Acción; y un simple pensamiento a veces produce mayores resultados que una Revolución. No debería haber separación entre el Pensamiento y la Acción. El verdadero Pensamiento es aquel que culmina toda una vida. Pero todo Pensamiento sabio y verdadero produce Acción. Es generativo, como la luz, y la luz y la profunda sombra de la nube que pasa son los dones de los profetas de la raza. El Conocimiento laboriosamente adquirido y que induce a hábitos de profundo Pensamiento —el carácter reflexivo— es necesariamente raro. La gran mayoría de jornaleros no pueden adquirirlo y la mayoría de los hombres alcanzan un nivel muy bajo al respecto, pues es incompatible con las obligaciones y exigencias de la vida. Un mundo de error así como de trabajo hacen a un hombre reflexivo. En la nación más avanzada de Europa hay más ignorantes que sabios, más pobres que ricos, más obreros que trabajan por puro

hábito que hombres reflexivos y razonables. La proporción es al menos de mil a uno, y de esta ignorancia emana la unidad de opinión, que sólo existe entre la multitud que no piensa; y es el sacerdote político o espiritual, que piensa por esa multitud, el que discurre cómo guiarlos y gobernarlos. Cuando los hombres empiezan a pensar, empiezan a discrepar. El gran problema es encontrar líderes que no pretendan convertirse en tiranos, y esto es más preciso respecto al corazón que a la cabeza. Ahora cada hombre obtiene su particular porción del producto del trabajo humano por un desorden constante, por las artimañas y el engaño. El conocimiento útil y honorablemente adquirido se usa demasiado a menudo para alcanzar un fin deshonesto y poco razonable, de forma que los estudios de la juventud son bastante más nobles que las prácticas de la madurez. El trabajo del granjero en sus campos, generosamente recompensado por la tierra, y los cielos benéficos y favorables tienden a hacerle responsable, previsor y agradecido, mientras que la educación en el mercado hace al hombre quejumbroso, astuto, envidioso y un insoportable tacaño.

La Masonería pretende ser esta guía benéfica, altruista y desinteresada; y es propio de todas las grandes estructuras que el sonido del martillo y el tintineo de la paleta se escuche siempre en alguna parte del edificio. Teniendo fe en el hombre, esperanza en el futuro de la humanidad y amable amor por nuestros hermanos, la Masonería y el masón deben siempre trabajar y enseñar. Dejemos hacer a cada cual aquello para lo que está mejor dotado. El docente es también un obrero. Tan digno de elogio como el activo piloto es aquel que mantiene el destello del faro sobre la colina y está en su puesto.

La Masonería ha ayudado a derribar algunos ídolos de sus pedestales, y a pulverizar algunas de las cadenas que mantenían las

almas de los hombres atadas. Que ha habido progreso no necesita más demostración que ver que ahora se puede razonar con los hombres y defender ante ellos, sin correr el riesgo de ser colgado o quemado, que ninguna doctrina puede ser tomada por verdad si contradice a otra u otras de las entregadas por Dios a los hombres. Mucho antes de la Reforma, un monje que había encontrado su camino a la herejía sin la ayuda de Martín Lutero, no atreviéndose a proclamar abiertamente sus doctrinas antipapales y traidoras, las escribió en un pergamino, selló el peligroso documento y lo escondió en los muros macizos de su monasterio. No había amigo o hermano a quién confiar su secreto o con quién desahogar su alma. Era un pequeño consuelo imaginar que en una era futura alguien podría encontrar el pergamino, y la semilla resultaría no haber sido sembrada en vano. ¿Qué hubiese sucedido si la verdad hubiese tenido que permanecer dormida mucho tiempo antes de germinar, como el trigo de las momias egipcias? Pronunciadla, sin embargo, una y otra vez, y ¡dejadle que tenga su oportunidad!

La rosa de Jericó crece en los desiertos de arena de Arabia y en los tejados de Siria. De apenas seis pulgadas de alto, pierde sus hojas tras la temporada de floración, y se seca formando una bola. Entonces es desraizada por los vientos y llevada, revoloteada y lanzada por el desierto y hasta el mar. Allí, al sentir el contacto con el agua, se despliega, expande las ramas y suelta las semillas de sus vainas. Estas, saturadas de agua, son llevadas por la marea y depositadas en la costa. Muchas se pierden, igual que hay muchas vidas de hombres que son inútiles. Pero muchas regresan de la costa al desierto donde, gracias al agua de mar que han absorbido, las raíces y hojas brotan y se convierten de nuevo en plantas fructíferas que, a cambio, como sus ancestros, volverán haciendo remolinos al mar. Dios no tendrá menos cuidado en proveer la germinación de las verdades que vosotros podáis proclamar atrevidamente. «Arroja

—Él ha dicho— tu pan a las aguas, y tras muchos días volverá a ti de nuevo».

La Iniciación no cambia. La encontramos una y otra vez, y siempre es igual a través delos tiempos. Los últimos discípulos de Pascalis Martínez son todavía los hijos de Orfeo; pero adoran al hacedor de la filosofía antigua, la Palabra Encarnada de los cristianos. Pitágoras, el gran divulgador de la filosofía de los números, visitó todos los santuarios del mundo. Fue a Judea, donde se circuncidó para ser admitido en los secretos de la Cábala, que los profetas Ezequiel y Daniel, no sin alguna reserva, le comunicaron. Entonces, no sin dificultad, consiguió ser aceptado en la iniciación egipcia por recomendación del Rey Amasis. El poder de su genio suplió las deficiencias de la imperfecta comunicación de los Hierofantes, y él mismo se convirtió en Maestro y Revelador.

Pitágoras define a Dios: una Verdad Viva y Absoluta vestida de Luz

Dijo que el Verbo era Número manifestado en Forma.

Hizo descender todo del Tetractys, o lo que es lo mismo, del Cuaternario.

Dios, dijo de nuevo, es la Suprema Música, cuya naturaleza es la Armonía.

Pitágoras dio a los magistrados de Crotona este gran precepto religioso, político y social: «No hay mal que no sea preferible a la Anarquía».

Pitágoras dijo: «Igual que hay tres ideas divinas y tres regiones inteligibles, así hay una palabra triple, pues el orden jerárquico siempre se manifiesta por tres elementos. Está la palabra simple, la

palabra jeroglífica, y la palabra simbólica. Dicho de otro modo: está la palabra que expresa, la palabra que oculta y la palabra que significa; toda la sabiduría hierática comprende el perfecto conocimiento de estos tres grados».

Pitágoras condensó la doctrina en símbolos, pero evitó cuidadosamente las personificaciones e imágenes que, pensó, antes o después conducirían a la idolatría. La Santa Cábala, o tradición de los hijos de Seth, fue llevada desde Caldea por Abraham, enseñada al clero egipcio por José, recuperada y purificada por Moisés, oculta bajo símbolos en la Biblia, revelada por el Salvador a San Juan y contenida en su totalidad, bajo figuras hieráticas análogas a las de la antigüedad, en el Apocalipsis de ese apóstol.

Los cabalistas consideraban a Dios como la Vida Infinita, Animada e Inteligente. Él no es, para ellos, ni un agregado de existencias, ni la existencia en abstracto, ni un ser filosóficamente definible. Él está en todo, distinto de todo y más grande que todo. Incluso su nombre es inefable, y ese nombre tan sólo expresa el ideal humano de Su divinidad. Lo que es Dios en sí mismo no le está dado al hombre comprenderlo.

Dios es el absoluto de la Fe; pero el absoluto de la Razón es el SER, יהוה. «Yo soy el que soy» es una traducción desacertada.

El Ser, la Existencia, lo es por sí mismo y porque ES. La razón de ser es el mismo ser. Podemos preguntar «¿por qué algo existe?», olo que es lo mismo, «¿por qué existe esta cosa o la otra?» Pero no podemos preguntar, sin ser absurdos, «¿por qué está existiendo?», pues eso supondría Ser antes de Ser. Si el Ser tuviese una causa, esa causa serían necesariamente Ser; es decir, la causa y el efecto serían idénticos. La Razón y la Ciencia nos demuestran que los modos de

Existencia y Ser se igualan en equilibrio según leyes armónicas y de jerarquía. Pero una jerarquía consiste en ir ascendiendo, y se convierte en más y más monárquica. Y la Razón no puede detenerse a un nivel concreto de jerarquía sin alarmarse ante el abismo que queda por encima de ese supremo monarca, y entonces guarda silencio, y cede el protagonismo a la Fe que se profese. Lo que es cierto, incluso para la ciencia y la razón, es que la idea de Dios es la más grande, la más santa y la más útil de las aspiraciones del alma; y que sobre esta convicción descansa la moralidad, con su eterno juicio. Esta creencia, pues, resulta en la humanidad el fenómeno del ser más real; y si fuese falsa, la naturaleza estaría afirmando un absurdo; la nada daría forma a la vida, y Dios sería y no sería al mismo tiempo.

Es a esta realidad filosófica e incontestable denominada La Idea de Dios a la que los cabalistas otorgan un nombre en el que se contienen todos los otros. Su clave contiene todos los números, y los jeroglíficos de sus letras expresan las leyes de todo lo existente en la naturaleza.

El SER es SER; la razón de ser está en ser, y es el comienzo del mundo y la palabra del discurso formulado lógicamente, la Razón hablada. La Palabra es en Dios, y es el Mismo Dios manifestado a la inteligencia. Aquí está lo que queda por encima de todas las filosofías, y esto debemos creer, bajo pena de no saber nunca nada verdaderamente y recaer en el absurdo escepticismo de Pirro. El Sacerdocio, custodio de la Fe, se asienta totalmente sobre esta base de conocimiento, y es en sus enseñanzas donde debemos reconocer el Divino Principio de la Palabra Eterna.

La Luz no es Espíritu, como los hierofantes indios creían, sino únicamente el instrumento del Espíritu. No es el cuerpo de los

protoplastos, como los teurgistas de la Escuela de Alejandría creían, sino la primera manifestación del impulso creativo divino. Dios la crea eternamente y el hombre, a imagen de Dios, la modifica y parece multiplicarla. La alta magia es denominada Arte Sacerdotal o Arte Real. En Egipto, Grecia y Roma no podía sino compartir las grandezas y decadencias de los sacerdotes y la realeza. Toda filosofía hostil al culto nacional y a sus misterios resultaba necesariamente hostil a los grandes poderes políticos, que se veían menoscabados en su grandeza y dejaban de ser, a ojos de las multitudes, imagen del Poder Divino. Toda corona acaba hecha añicos cuando choca contra la Tiara.

Platón, al escribir a Dionisio el Joven, respecto a la naturaleza del Primer Principio afirma: «Debo escribirte en enigmas, de forma que si mi carta fuese interceptada por tierra o mar, aquel que la leyese no pueda comprender la en ningún grado». Y añade, «Todas las cosas rodean a su Rey, a causa de Él, y sólo Él es la causa de las cosas buenas, causa segunda de las cosas segundas y causa tercera de las terceras».

Hay en estas escasas palabras un completo sumario de la Teología de Sephiroth. El Rey es Ainsoph, Ser Supremo y Absoluto. Desde este centro, que está en todas partes, se irradian todas las cosas; pero lo concebimos de tres formas y en tres esferas diferentes. En el mundo Divino (Aziluth), que es el de la Primera Causa, y donde la completa Eternidad de las Cosas existía como una Unidad en el comienzo, para posteriormente, durante toda la Eternidad, revestirse de forma y de los atributos que los constituyen en materia, el Primer Principio es Simple y Primigenio, y todavía no es la mismísima Deidad ilimitada, incomprensible e inefable, sino Él mismo en tanto se manifiesta como Pensamiento Creativo. Comparar la pequeñez con la infinitud es como comparar a Arkwright, inventor de la hiladora

de bobinas, con Arkwright el hombre en los demás aspectos y más allá de ello. Todo lo que podemos saber del mismo Dios es, comparado con su Totalidad, tan sólo una fracción infinitesimal de una pequeña parte de su Infinitud.

En el mundo de la Creación, que es el de las Segundas Causas (la palabra cabalística Briah), la Autocracia del Primer Principio se completa, pero la concebimos únicamente como la Causa de las Segundas Causas. Aquí se manifiesta por el Binario, y consiste en el Principio Creativo Pasivo. Finalmente, en el tercer mundo, Yezirah, o de Formación, se revela en la perfecta Forma, la Forma de las Formas, el Mundo, la Suprema Belleza y Excelencia, la Perfección Creada. Por lo tanto el Principio es al mismo tiempo lo Primero, lo Segundo y lo Tercero, pues es Todo en Todo y el Centro de la Causa de todo. No es el genio de Platón lo que admiramos, sino que reconocemos tan sólo el exacto conocimiento del Iniciado. El gran apóstol San Juan no tomó prestado de la filosofía platónica el comienzo de su evangelio. Por el contrario, Platón bebió de las mismas fuentes que San Juan y Filón, y Juan en sus primeros versos enuncia los primeros principios de un dogma común a muchas escuelas, pero expresado a la manera de Filón, a quien evidentemente leyó. La filosofía de Platón, el mayor de los Reveladores humanos, no podía aspirar a la Palabra hecha Hombre. Tan sólo el evangelio podía ofrecerlo al mundo.

La Duda, en presencia del Ser y sus armonías; el escepticismo ante las matemáticas eternas y las inmutables leyes de la Vida que hacen a la Divinidad presente y visible por doquier, igual que el Humano es conocido y visible por las palabras que pronuncia y por sus actos, ¿acaso no resulta la más insensata de las supersticiones, y la más inexcusable así como la más peligrosa de todas las credulidades? El pensamiento, como sabemos, no es el resultado o consecuencia de la

organización de la materia, ni de la química u otra acción o reacción de sus partículas, como la efervescencia o las explosiones gaseosas. Por el contrario, el hecho de que el Pensamiento se manifieste y perfeccione en el acto humano o divino prueba la existencia de una Entidad o Unidad capaz de pensar. Y el Universo es la Infinita Palabra de uno o un número infinito de infinitos pensamientos, que no pueden emanar sino de una Fuente Pensante Infinita. La causa siempre es igual, por lo menos, al efecto; y la materia no puede pensar, ni podría causarse a sí misma, o existir sin causa, ni nada podría producir fuerzas o cosas, pues en la nada vacía no pueden existir fuerzas. Admitid una Fuerza existente por sí misma, y su Inteligencia —o una Causa Inteligente de ella— y Dios es.

La alegoría hebrea de la Caída del Hombre, que es una variación de una leyenda universal, simboliza una de las parábolas más grandes y universales de la ciencia. El Mal Moral es Falsedad en las acciones, y la Falsedad es Crimen en palabras. La Injusticia es la esencia de la Falsedad, y toda palabra falsa es una injusticia. La Injusticia es la muerte del Ser Moral, pues es el veneno de la Inteligencia. La percepción de la Luz es el amanecer de la Vida Eterna en el Ser. La Palabra de Dios, que crea la Luz, parece ser pronunciada por cada Inteligencia que puede tener conocimiento y observar las Formas. «¡Hágase la Luz!». La Luz, de hecho, existe en su condición y esplendor tan sólo para aquellos ojos que la miran; y el Alma, devota del espectáculo de belleza del Universo, y fijando su atención en la escritura luminosa del Libro Infinito que llamamos «lo Visible», parece pronunciar, como Dios hizo al amanecer del primer día, esa primera y creativa palabra: ¡Sea! ¡Luz! No es más allá de la tumba, sino en la vida misma donde debemos buscar los misterios de la muerte.

La salvación o reprobación comienza aquí abajo, y el mundo terreno

también tiene su cielo e infierno. Siempre, incluso aquí abajo, la virtud es recompensada; siempre, incluso aquí abajo, el vicio es castigado; y lo que nos hace creer a veces en la impunidad de los malhechores es que la riqueza, instrumento del bien y el mal, parece a veces ser entregado al azar. Pero ¡ay de los hombres impíos, cuando poseen la llave del oro! Pues para ellos solo abre la puerta de la tumba y del infierno.

Todos los verdaderos iniciados han reconocido la utilidad del trabajo duro y el sufrimiento. «El sufrimiento —dice un poeta alemán— es el perro de ese pastor desconocido que guía a los rebaños de hombres». Aprender a sufrir, aprender a morir, es la disciplina de la Eternidad, el noviciado eterno. La figura alegórica de Cebes, que sirve a Dante para esbozar el tiempo de Platón en la Divina Comedia (descripción que ha sido preservada y ha inspirado a muchos pintores de la Edad Media) es un monumento filosófico y mágico al mismo tiempo. Es una completa síntesis moral, y al mismo tiempo la demostración más audaz jamás dada del Gran Arcano, de ese secreto cuya revelación revolucionaría Cielo y Tierra. ¡Que nadie espere que le demos esa explicación! El que pasa tras el velo que esconde ese misterio comprende que es inexplicable en su misma naturaleza, y que es la muerte para aquellos que lo obtienen de forma repentina, así como para aquel que lo revela.

Este secreto es la Realeza de los Sabios, la Corona del Iniciado que, en la delicada alegoría de Cebes, vemos volver a descender victorioso de la cumbre de las Pruebas. El Gran Arcano le hace maestro de oro y de la luz, que son básicamente la misma cosa. Él ha resuelto el problema de la cuadratura del círculo, dirige el movimiento perpetuo y está en posesión de la Piedra Filosofal. En esto los adeptos nos comprenderán. No hay ni interrupción en el esfuerzo de la naturaleza, ni lapso en su obra. Las Armonías del

Cielo se corresponden con las de la Tierra, y la Vida Eterna perfecciona su evolución conforme a las mismas leyes que la vida de un perro. «Dios lo ha dispuesto todo en peso, número y medida», dice la Biblia; y esta luminosa doctrina era también la de Platón.

La Humanidad no ha tenido nunca más que una religión y un culto. Esta luz universal ha tenido sus vacilantes espejismos, sus reflejos engañosos y sus sombras; pero siempre, tras la noche del Error, la vemos reaparecer, una y pura como el Sol.

Las magnificencias del culto son la vida de la religión, y si Cristo desea ministros pobres, su Soberana Divinidad no desea altares insignificantes. Algunos protestantes no han comprendido que el culto es una enseñanza, y que no debemos crear en la imaginación de la multitud un Dios perverso o miserable. Esta oratoria que parece pobremente concebida en un despacho o una taberna y aquellos meritorios ministros vestidos como notarios o ayudantes de abogado, ¿acaso no provocan que la religión sea contemplada necesariamente como una mera formalidad puritana y a Dios como una Justicia de la Paz?

Nos burlamos de los augures. Es fácil mofarse, e igualmente es difícil comprender correctamente. ¿Dejó la Deidad a todo el Mundo sin Luz durante dos siglos precisos para iluminar únicamente un pequeño rincón de Palestina y a un pueblo brutal, ignorante y desagradecido? ¿Por qué calumniar siempre a Dios y al Santuario? ¿Nunca hubo más que pillos entre los sacerdotes? ¿No podía encontrarse ningún hombre sincero y honesto entre los hierofantes de Ceres o Diana, de Dioniso o Apolo, de Hermes o Mitra? ¿Estaban estos, entonces, completamente engañados, como el resto? ¿Quién, pues, se engañó constantemente, sin traicionarse a sí mismo, durante largos siglos? ¡Pues los engaños no son inmortales! Arago

afirmó que, fuera de las puras matemáticas, el que pronuncia la palabra imposible está falto de prudencia y buen sentido.

El verdadero nombre de Satán, afirman los cabalistas, es del de Yahveh invertido; pues Satán no es un dios negro, sino la negación de Dios. El Diablo es la personificación del Ateísmo o la Idolatría. Para los iniciados, Satán no es una persona, sino una fuerza, creada para el bien pero que puede servir al mal. Es el instrumento de la Libertad y el Libre Albedrío. Ellos representan a esta fuerza que reina sobre la generación física bajo la forma mitológica y cornuda del dios Pan; de ahí proviene el macho cabrío del Sabbath, hermano de la Antigua Serpiente y portador de la Luz o Phosphor, a partir del cual los poetas han creado el falso Lucifer de la leyenda.

El oro, a los ojos de los iniciados, es Luz condensada, y denominan a los números sagrados de la Cábala Números Áureos, y a las enseñanzas morales de Pitágoras sus Versos Dorados. Por la misma razón, un misterioso libro de Apuleyo, en el que un asno aparece ampliamente, fue llamado El Asno de Oro.

Los paganos acusaron a los cristianos de adorar un asno, y este reproche no era una invención suya, sino que venía de los judíos samaritanos que, conocedores del simbolismo cabalístico en lo concerniente a símbolos egipcios de la Divinidad, también representaban la Inteligencia bajo la figura de la Estrella Mágica adorada bajo el nombre de Remphan, la Ciencia bajo el emblema de Anubis, cuyo nombre cambiaron a Nibbas, y la fe vulgar o credulidad bajo la figura de Thartac, un dios representado por un libro, una capa, y la cabeza de un asno. Según los doctores samaritanos, la Cristiandad era el reino de Thartac, la Fe ciega y la credulidad vulgar erigida en oráculo universal y preferida a la Inteligencia y la Ciencia.

Sinesio, obispo de Ptolemaida, un gran cabalista pero de dudosa ortodoxia, escribió: «El pueblo siempre se reirá de las cosas fáciles de malinterpretar; necesita falseamientos».

«Un espíritu —dijo— que ama la sabiduría y contempla la Verdad de cerca, está obligado a disfrazarla para inducir a las multitudes a aceptarla... Las ficciones son necesarias para el pueblo, y la Verdad resulta mortal para aquellos que no son lo bastante fuertes para contemplarla en todo su esplendor. Si las leyes sacerdotales permitiesen la reserva de juramentos y esta forma de expresarse, yo aceptaría la dignidad propuesta a condición de que pudiese ser un filósofo en casa, y fuera de ella un narrador de apologías y parábolas. De hecho, ¿qué puede haber en común entre la vil multitud y la sublime sabiduría? La Verdad debe ser guardada en secreto, y las masas necesitan una enseñanza proporcionada a su imperfecta razón».

Los desórdenes morales producen fealdad física, y en cierta manera justifican esos rostros espantosos que la tradición asigna a los demonios.

Los primeros druidas eran los verdaderos hijos de los Magos, y su iniciación provino de Egipto y Caldea, o lo que es lo mismo, de las fuentes puras de la primitiva Cábala. Adoraban a la Trinidad bajo los nombres de Isis o Hesus, la Suprema Armonía; de Belén o Bel, que en asirio significa Señor, nombre que se corresponde al de Adonai; y de Camul o Camael, nombre que en la Cábala personifica la Divina Justicia. Bajo este triángulo de Luz los primeros druidas suponían un reflejo divino, también compuesto de tres rayos personificados: primero, Tutatis o Teuth, el mismo que el Thoth de los egipcios, la Palabra o la Inteligencia expresada. A continuación la Fuerza y Belleza, cuyos nombres variaban según su iconografía. Finalmente,

La Masonería, como todas las religiones, todos los misterios, el Hermetismo y la Alquimia, oculta sus secretos para todos excepto para los adeptos y los sabios, o los elegidos, y emplea falsas explicaciones e interpretaciones equívocas de sus símbolos para llevar a error a aquellos que sólo merecen ser llevados a error, y para ocultar la Verdad, que es Luz, de estos, y apartarlos de ella.

La Verdad no es para aquellos que no son merecedores o capaces de recibirla, o para aquellos que la pervertirían. Igual que el mismo Dios incapacita a muchos hombres, por la ceguera del color, para distinguir colores, Él aleja a las masas de la más alta Verdad, dándoles el poder de alcanzar tan sólo lo que les es de provecho conocer. Toda época ha tenido una religión adaptada a su capacidad. Los enseñantes, incluso en el Cristianismo, son en general los más ignorantes del verdadero sentido de lo que enseñan. No hay libro del que se sepa tan poco como de la Biblia. Para la mayoría de los que lo leen resulta tan incomprensible como el Sohar.

Así la Masonería encripta sus secretos celosamente, y extravía intencionadamente a los intérpretes engreídos. No hay espectáculo sobre la Tierra más lamentable y ridículo al mismo tiempo que contemplar actitudes como las de Preston y Webb, por no hablar de los posteriores accesos de estupidez y banalidad, intentando explicar los viejos símbolos de la Masonería, añadiendo y mejorándolos, o inventando algunos nuevos.

Al círculo con un punto en el centro, y trazado de por sí entre dos líneas paralelas (una figura puramente cabalística), estas personas han añadido la Biblia situada encima, y detrás la escalera con tres o nueve vueltas, y a continuación han dado una insípida interpretacióndel conjunto, tan profundamente absurda que llega a producir admiración.

completaban el sagrado Septenario con una misteriosa imagen que representaba el progreso del dogma y sus futuras realizaciones. Consistía en una joven mujer velada, sosteniendo un niño en sus brazos, y dedicaban esta imagen a «la Virgen que se convertirá en madre», Virgini pariturae.

Hertha o Wertha, la joven Isis de la Galia, Reina del Cielo, la Virgen que iba a gestar a un niño, sostuvo el eje del Destino, relleno de lana mitad blanca y mitad negra; pues ella reina sobre todas las formas y símbolos, y trenza el tejido de las ideas. Uno de los más misteriosos pentáculos de la Cábala, contenido en el Enchiridión del Papa León, representa un triángulo equilátero invertido inscrito en un doble círculo. En el triángulo están escritas, de tal modo que forman la profética Tau, las dos palabras hebreas tan frecuentemente añadidas al Nombre Inefable, אלהם y צבאות , Alohayim, o las Potencias, y Tsabaoth, o los Ejércitos estrellados y sus espíritus guías; palabras que también simbolizan el equilibrio de las fuerzas de la Naturaleza y la Armonía de los Números. En los tres lados del triángulo figuran los tres grandes nombres אדני , יהוה y אגלא , Iahaveh, Adonai y Agla. Sobre la primera palabra está escrita en latín Formatio, sobre la segunda Reformatio, y sobre la tercera Transformatio. De esta forma la Creación se adscribe al Padre, la Redención o Reformación al Hijo, y la Santificación o Transformación al Espíritu Santo, respondiendo a las leyes matemáticas de Acción, Reacción y Equilibrio. Iahaveh es también, en efecto, la Génesis o Formación de dogma por el significado elemental de las cuatro letras del Tetragrama Sagrado; Adonai es la realización de este dogma en la Forma Humana, en el Señor Visible, que es el Hijo de Dios o el perfecto Hombre; y Agla (formada por las iniciales de las cuatro palabras Ath Gebur Laulaim Adonai) expresa la síntesis de todo el dogma y la totalidad de la ciencia cabalística, que indica claramente a través de los jeroglíficos que este admirable nombre está formado por el Triple Secreto de la Gran Obra.

# El Traductor



Nacido en Albacete (España) en 1969, Alberto Moreno Moreno es Técnico en Empresas y Actividades Turísticas y traductor.

Reside actualmente en Alfaz del Pi (Alicante), y es miembro de la R.: L.: S.: Hiram Abiff Nº 80 de la Gran Logia de España, al Oriente de Alicante.

*Este libro se terminó de componer en las colecciones de MASONICA.ES*

el 20 de marzo de 2009,

cuando la noche es

*igual al día.*

